

3° parte
de UNA
PROPUESTA CASI
INDECENTE

MIA DEL VALLE

Un acuerdo
con el

Diablo

Un acuerdo con el Diablo

Mia del Valle

© 2016 Mía Del Valle

Diseño de portada: Kramer Heinrich.

Esta es una obra de ficción, producto de la imaginación de la autora.

Los lugares y los personajes son ficticios.

Cualquier similitud con la realidad es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o medio, sin permiso previo y por escrito de la titular del copyright. La infracción de las condiciones descritas puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

“A brillar mi amor”

Para los dueños de mi corazón.

Los reyes de mi alma, quienes cambiaron mi vida para siempre.

¡Mami los ama peques!

Sinopsis.

De los siete pecados capitales, seis rigen mi vida... la avaricia, la gula, la codicia, la envidia, ira y el peor de todos... el orgullo.

Tengo 29 años y poseo todo lo que podría hacer feliz a un hombre de mi edad: dinero, mujeres, autos y en nueve años viajé más de lo que muchos pueden.

Pero estoy peleado con la vida. No le dirijo la palabra a Dios desde hace un tiempo, y pocas cosas me roban una sonrisa genuina.

Soy un descreído. No confío en las personas y creo que todo tiene un precio.

En este momento de mi existencia la conocí a ella... errante, sin ataduras, mundana... yo le llamo gitana, pero ella se llama a sí misma "alma libre". Aunque ya no más... porque bien sé, que no la dejaré partir jamás... pero si así fuera, una parte suya será mía para siempre.

Permítanme que me presente... soy Juan Ignacio Cortés López... y para ella soy el Diablo.

Capítulo 1

Hago retumbar toda mi oficina, y un cuadro cae al suelo del puñetazo que doy contra la pared.

No puedo controlar mi mal humor, mi estado de ánimo se encuentra gris y espeso. Es como si algo tirara de mí para abajo, y no me dejara subir a la superficie para inhalar una bocanada de aire limpio y fresco.

Mis nudillos sangran nuevamente.

Muerdo la uña de mi dedo pulgar. Fijo mi vista en la nada y respiro hondo.

Perdón... no me presenté.

Soy Juan Ignacio Cortés López, hijo de Manuel Cortés y de Ana López.

...Y soy el gerente de operaciones en Betner y Asociados.

Conocer a mi padre a los 18 años, no significó un trauma. Todo lo contrario, mi viejo supo plasmar su amor y seguridad apenas se enteró de mi existencia.

Luego que nos mudáramos desde Colonia del Sacramento a la capital, mi vida cambió 180 grados. Claro que cambió para bien. En este lugar encontramos la familia que nos faltaba... antes éramos mamá y yo... más nadie. Pero al encontrar a mi padre, junto a él se agregó un grupo de amigos y familiares extraordinarios... está Sofía su esposa, una joven y simpática mujer que puso el mundo de mi padre patas para arribas y en parte el mío también. Está Leopoldo... mi abuelo, un personaje digno de ganarse mi cariño y respeto al instante, gran compañero de charlas y excelente consejero. Junto a ellos se unieron más personas que me adoptaron desde el lado del cariño... Diana y Nicolás «los padres de Sofía», mis tíos Federico y Victoria, Mario que es el tío de Victoria, Lechuga y Lola «sus perros», en fin... un grupo de seres que me envolvió en su calidez y nos hicieron sentir en casa desde el vamos.

Pero desde la muerte de mamá nada me hace feliz.

Desde ese momento el vacío inundó mi vida.

Sé que tengo a mi familia y amigos. Pero me falta ella... mi madre.

La mujer que me dio la vida... que me cobijó en su pecho, la que secó mis lágrimas, limpió las raspaduras de mis rodillas y llenó con besos la falta de otras tantas cosas que no teníamos.

—¡Dios! ¿Por qué me la arrebataste tan pronto?

No me dejaste cumplirle su mayor sueño... verme felizmente casado y darle un nieto.

Aún revivo ese fatídico día una y otra vez. Creo que fue en ese momento cuando ocurrió un quiebre en mi vida y desde entonces me encuentro enojado con el mundo, con la vida y sobre todo con Dios.

—Juan tenés que venir pronto... es mamá.

—¿Qué pasó con ella?... ¿está bien?

—Sí, pero vení a casa rápido hijo, la estamos por trasladar a la clínica nuevamente.

—Ya salgo para ahí papá.

Tomo mi saco y las llaves de mi coche.

—Serena... me tengo que ir ya. Mi vieja se descompuso otra vez. Apagá mi computador y cancelá toda la agenda del día de hoy y de mañana.

Hay veces en que no sé qué haría sin Serena, mi asistente, mejor amiga y pilar fundamental en mi vida desde que me mudé a la capital.

Mi amiga me toma por las mejillas, besa mi frente y susurra...

—Todo va a estar bien.

—No sé qué hacer nena... estoy agotado. Es tan doloroso, que hay veces que creo que me desgarró por dentro.

—Ahora andá tranquilo —susurra Serena —que tu madre te necesita... y mañana si querés y podés... nos tomamos unos tragos a la salida. ¿Te parece?

—¿Noche de mojitos un martes?... ¿segura? —reímos.

—¡Claro que me parece amigo! Recuerda que los mojitos son terapéuticos y antibacterianos... ideales para combatir tristezas, problemas del corazón y dolores de garganta —. Guiña su ojo, me ayuda a colocar el saco y me despide de nuestra oficina.

Subo al ascensor, si bien son cuatro pisos nada más, hoy no estoy de ánimo para cumplir con mi actitud deportista de ir siempre por las escaleras.

«¡A la mierda el deporte»

Salgo a la calle con la familiar sensación de opresión en el pecho. Las lágrimas se niegan a salir, provocando un efecto de falta de aire.

García me acompaña como de costumbre hasta la puerta, y palmea mi espalda antes de continuar con su tarea... «Leer el periódico»

Camino tres cuadras hasta el estacionamiento, en el cual mi coche espera las horas que me encuentro en la oficina.

La cabeza me va a mil. Pienso que tengo que hablar con el médico personalmente. ¡Me niego a creer que no se pueda hacer nada más!

«Idiota»

Subo a mi coche, enciendo algo de música y salgo a la claridad del día. Ésta me ciega por un instante. Veo que el mundo continúa girando, las personas viviendo, y me siento más solo que nunca, con más furia y ajeno a todo.

Sé que no es normal que tenga ese rencor con el mundo. Pero no lo puedo evitar. No dejo de pensar que entre tantos seres despreciables que habitan el planeta tierra, Dios eligiera a mi madre. ¡Justo a ella!, el ser con más corazón que jamás vi en mi vida, magnánima y amorosa. Solo su olor... «Olor a madre» es un bálsamo de paz para mí.

—¡Mierda! —grito y golpeo el volante.

Necesito un psicólogo. Pero no caeré en manos de Sofí, sé que en cada charla con ella y con mi padre, soy analizado, pero me niego a terapia de diván. No lo haré.

Jamás.

Tres... cuatro, cinco semáforos en rojo. Estoy que reviento de bronca.

No puede ser... cuando estoy apurado, ¡la gente se mueve extremadamente lento!

Inútiles de mierda.

Cambio la melodía que suena en el mp3 y comienza una del grupo “Las pastillas del abuelo” pienso en lo peculiar de ese nombre, y comienza una suave melodía, la que provoca que, preste atención a su letra y calmar a mis demonios por al menos un instante.

Sabes que no sueño con vos al dormir,

No es bueno soñar con los ángeles de hoy.

Sabes que miento siempre que hay una buena ocasión.

También sabes que un consejero me dijo “hecho el amor, hecha la trampa” y al pie de la letra sigo ese consejo cruel.

“El que no arriesga no gana” dijiste, “el que arriesga puede morir por amor” te dije, y comprendiste que no iba a ser yo.

El que cubra tu cuerpo en noches de frío.

El que te regale rosas sin espinas,

El que aparte de ser sexo sea un amigo,

El que derroche... amor en cada esquina.

Me gusta... pienso.

Dulce y ácida, creo que aplica en mi vida. Desde mi última relación seria, me prometí que ya no más. Las mujeres de hoy, solo quieren comodidad, un respaldo, y ser tratadas como princesitas... ¡un sponsor! Definitivamente no soy el príncipe azul de los cuentos infantiles, si me tuviera que identificar con alguno de los integrantes de los cuentos... creo que podría ser el ogro Shrek o el lobo feroz de Caperucita. No el príncipe.

¡Nunca el príncipe!

Finalmente llego al edificio donde vive mi madre, y en el departamento superior mi padre con Sofía y mi hermanita Sol. Con la enfermedad de mamá debilitando día a día su salud, Sofía en un admirable y noble gesto, indicó que la quería cerca. Ellas se hicieron muy buenas

amigas en cuanto se conocieron, y cuando nació Solcito, Sofi encontró en mi madre una consejera y fiel amiga. Ellas dos junto a Victoria se hicieron inseparables, muchos no entendían esa relación tan extraña entre la ex y la actual mujer de mi padre, pero para ellos era algo muy normal y poco les importó el qué dirán.

Mudaron sus pertenencias al departamento que se encontraba libre, un piso por debajo al de ellos. Mi pequeña hermana Sol saltaba de alegría por tener a su titi cerca. Sol es el fruto del amor entre mi padre y Sofía, y es la luz de mi madre. Una chispa de alegría y amor en este difícil momento.

La pequeña diablilla de dos años y medio, adora pasar horas con ella. —Tía Anita... me “leyes” un cuento —. Acostumbra decir.

—Leer —la corrige mamá, y ambas ríen cuando la pequeña imita su tono de voz... “Leeeer”

Subo hasta su piso, y nuevamente me falta el aire.

¡Sensación de mierda!

Siempre lo mismo. Contener las ganas de arrodillarme y depositar mi cara en su regazo para llorar. Sé que no puedo. Sé que soy un hombre de 29 años que debe tragar sus lágrimas para no preocupar más a su madre.

Pero me cuesta.

Es como subir una pendiente al rayo del sol. Se me seca la boca, mi frente transpira, mi corazón late a mil por horas y mis ganas de resignarme al agotamiento son fuertes.

Tomo aire y entro en el departamento.

El olor que hay de antisépticos y alcohol no se irá más de mi memoria. Es nauseabundo y triste.

¿Hay olores tristes?... sí, este lo es claramente. No hay olor a hogar... nada de aroma a pan recién horneado ni a lavanda, como lo había

antes.

No. Solamente olor a hospital y muerte. Penumbras y silencio.

Sofía sale a mi encuentro con una cara que no me gusta nada. Ella siempre tiene una sonrisa para mí, y palabras positivas. Pero esta vez su cara muestra algo que no me gusta nada... en ella denoto ¿compasión?

—¿Dónde está Sofi?

—En su dormitorio Juani. No se encuentra bien. El doctor no sabe si trasladarla o no. Ya no quiere hacerla sufrir más. En este momento le está pasando un calmante.

«“Ya no quiere hacerla sufrir más”»

Esas palabras ¡no!... ¡esas putas palabras no por Dios!, las cuales deseé no escuchar nunca, estaban sonando.

¡Mi mamá!... ¡mi viejita linda!

—¡Nooooo! —grito con furia.

Sofía con cara de preocupación toma mi mano entre las suyas. Y habla con firmeza.

—Juan... tu madre nos necesita. Ella necesita saber que estás y estarás bien. En este momento tenemos que ser fuerte. Y estar más unidos que nunca.

—No puedo Sofía. ¡Te juro que no puedo con esto! —Mis palabras son una súplica... como las de un niño que necesita protección y que le digan que todo estará bien.

Mi padre... sale del dormitorio de mi madre, con un rictus similar al de su esposa. Camina hasta donde me encuentro y me estrecha en un apretado y reconfortante abrazo.

—Anita te quiere ver. Quiere hablar contigo, antes que el analgésico le haga efecto.

—Papá... yo...

—Shh, tranquilo —apoya ambas manos sobre mis hombros dándome respaldo y seguridad... me observa con sus verdes y penetrantes ojos, —ella quiere verte. Andá a darle un beso y si podes te quedas un rato a hacerle compañía.

Mi padre aprieta mi hombro con su gran mano, y me regala una pequeña sonrisa. Tiene su camisa arremangada dejando ver alguno de sus tatuajes. Observo que tiene uno nuevo. Sonrío y le comento —¡No me esperaste! Dijimos que cuando volviera de Punta del Este iríamos juntos.

—Ya sé, pero justo me encontré con el Chirola, y recordando viejos tiempos, lo acompañé y bueno... ya me conocés, me tentó hacerme el nombre de la enana —. La palabra Sol aún se encontraba un tanto rojiza junto a mi nombre.

Nos damos un nuevo abrazo y salgo a ver a mamá.

Camino por el pasillo. El olor a alcohol y la penumbra, hacen que mi frente comience a transpirar.

Tengo que ser fuerte... tengo que ser fuerte, me repito una y otra vez... pero imposible soportar el nudo de emociones que tengo atragantado. Mis ojos pican.

Abro la puerta de su recámara y entro, para ver a la frágil mujer que me dio la vida.

La misma que jugaba a las escondidas conmigo en nuestra casa. La que corría y se escondía detrás de la cortina del baño, para que yo la encontrara fácil.

«¡Que vida de mierda!» pienso y el odio crece dentro de mí.

—Hola amore —comenta en un susurro.

Me arrodillo a su lado y tomo su delicada mano entre las mías. Está fría. Me duele ver las marcas moradas que han dejado los pinchazos.

Deposito mis labios sobre ellos, uno a uno los beso y descanso mi mejilla sobre ella.

—Te amo mami, ahhh viejita linda... no te hacés idea de cuánto te extraño.

Automáticamente me doy cuenta del tono que estoy usando, e intento ser más esperanzador y positivo. Retomo.

—Cuando te pongas bien, nos vamos a ir a pasear a Buenos Aires... ¿sabés? tengo la idea de ir en el auto y podemos llevar con nosotros a Solcito.

Pero ella deposita un dedo sobre mis labios, indicándome que le permita hablar.

—Hijo... este momento no es fácil para ninguno de los dos. Pero sé, que más difícil será para ti mi niño... porque así somos los seres humanos, nos aferramos a lo físico y al arraigo de nuestros seres queridos.

—Mami no digas eso, que vos no te vas a morir.

—No. Claro que yo no voy a morir... yo voy a transmutar. No me gusta usar el término “muerte” prefiero que digas que me voy de gira —sonríe tristemente.

Mis lágrimas comienzan a arremolinarse en mis ojos al ver que ella se está despidiendo de mí. Y es en ese preciso momento, en ese instante... en que caigo en la cuenta que ésta será nuestra última charla, y la última vez que la veré con vida.

Beso su frente y cierro los ojos para sentirla al máximo. Está agitada, cansada, pero con una sonrisa en los labios y en calma.

—Prométeme algo hijito...

—Qué mamá?

—Que dejarás cuidarte por todos los que te quieren. Y que dejarás amarte algún día por una buena mujer, la que te robe el corazón y sonrisas. Y que tendrás un montón de niñitos hermosos al igual que tú, para poder llenar tu alma de ese amor infinito que solo un hijo sabe dar—. Deja su vista perdida en la nada y suspira con pesar. Algo la resigna.

—Eso es lo único que me queda en el debe... ser abuela, mi amor. Verte convertido en papá.

—Viejita linda, te prometo que tendré muchos hijitos, pero tenés que ser fuerte y luchar contra esta perra enfermedad.

—Shh... deja que la enfermedad gane esta partida. Yo de todas formas te estaré acompañando siempre... ¿sabés? Por las noches, seguiré viniendo a darte un beso en la frente para que tengas los más hermosos sueños... ¡como lo hice siempre! Y cada vez que pase una mariposa blanca volando... esa seré yo velando por ti.

Y de esa forma... y con esa paz, mi madre partió de este mundo.

Con la promesa de cuidar mis sueños y llevándose con ella el anhelo de conocer a un nieto.

No quisimos velorio.

Su último pedido fue que la cremáramos, y que sus cenizas las esparciéramos en un bonito jardín.

Eso hicimos.

Nos reunimos en la casa de campo de tío Federico y junto a la familia, le dimos alas a su alma, para que finalmente fuera libre de su enfermedad y su amor infinito flotase en las sierras del lugar que tanto amó.

Capítulo 2

Dos meses más tarde.

Manuel Cortés y Federico Betner disfrutan de una copa de vino, en el restaurante donde acostumbran almorzar desde que son socios. Mientras saborean un exquisito plato, organizan la expansión de Betner & Asociados por nuevos mercados.

Federico checa su móvil y comenta:

—Hermano, uno de los dos va a tener que ir a la reunión de inversores en Estados Unidos... es muy importante estar presentes con pie de plomo y plantear nuestra propuesta hasta que la acepten. Me gustaría ir... pero Victoria se encuentra ya con las clases de pre parto y me corta las bolas si no voy con ella.

—Tenemos que mandar a Juan Ignacio a ese viaje. Este muchacho cada día está peor.

—Lo sé Manuel... tu nene se encuentra con un carácter de los mil demonios con sus compañeros. ¿Tú crees que le haga bien pasar tanto tiempo solo en Nueva York? Porque es importante que enfoque su atención en la negociación.

—¡Él ama Nueva York!, y desde que murió Anita, está desbordado de emociones que no se permite dejar salir. Creo que es un buen momento para reencontrarse consigo mismo y llorar de una buena vez la pérdida. Tengo fe que mi hijo traerá grandes logros para la empresa. No sé a quién salió, pero el muchacho es un hueso duro de roer... ¡joder que tiene carácter y determinación!

—¡Ja! Es que el muchacho salió al tío Fede... es un macho alfa. Porque el papi nació románticón y pollerudo.

«Risas»

—¡Pero mirá quién habla!... “*si no voy a las clases de pre parto, Vicky me corta las pelotas*” ¡estamos viejos Betner...! viejos y falderos de

nuestras mujeres.

Brindan y continúan con su tradicional almuerzo.



—¡Nenaaaa! No puedes tomar en el avión... ¡ya te lo hemos dicho un sinfín de veces Letitia!... ¡El champagne es para el pasaje!

—Ya sé... ¡perdón! —Comento molesta al comisario de abordó, mientras doy un saltito para bajar del taburete que hay en la cocina.

—Hay que pasar a buscar las bandejas. La mayoría ya terminó de cenar, ¡y tú aquí perdiendo el tiempo!

Voltea y sale murmurando palabras, las que por suerte no escucho.

¡Idiota!

Tomo mi bolso y rebusco hasta dar con una goma de mascar... mi adicción inconfesable, necesito siempre tener alguna a mano para controlar mi ansiedad. Aplico algo de mi perfume para tapar el olor que pudo dejar el alcohol y marcho carrito en mano a buscar las bandejas.

Este trabajo me tiene cansada. Y no es que no me guste viajar... ¡porque adoro conocer diferentes culturas! Pero no dejo de sentirme una esclava, “señorita me trae un jugo”... “señorita le podría entibiar el biberón a mi bebé”... “¡señorita me rascaría el trasero!”

Camino por el pasillo de primera clase recogiendo todas las bandejas, y los vasos vacíos que dejaron los insufribles pasajeros. Cuando un susurro en mi nuca me detiene.

—Tiene una carrera en su media, señorita.

¡Pero quién...!

Giro y...

«Mierda»

Mi boca se seca repentinamente y el calor asalta mis mejillas.

Los ojos más azules que jamás haya visto están clavados en mí. Un hoyuelo pícaro invita a mirar su boca... su sensual, tentadora y fascinante boca.

Alto, con un perfecto traje negro y un perfume putamente afrodisíaco, el hombre permanece a escasos 20 centímetros de mí.

Sin mediar palabra, bajo la mirada hasta mi pierna derecha, donde en la parte trasera, efectivamente un enganche sube desde la mitad de mi muslo hasta perderse debajo de mi falda, permitiendo ver el color real de mi pálida piel.

Los ojos del adonis de cabello castaño, recorren el camino conmigo.

En una fracción de segundos, el sujeto se agacha, dejando su cara a la altura de mi trasero. ¿Pero qué hace?

Lo observo aterrada, pero una fuerza interna impide moverme.

«Calor»

El elegante señor de traje de diseñador, eleva sus ojos hasta los míos y con una descarada mueca de lado se pone de pie, rozando intencionalmente mi trasero con su abultada entrepierna.

— Disculpe —responde con un tono de voz de lo más caliente... al tiempo que deposita una servilleta que por torpe dejé caer. Sin más... rodea mi carrito y vuelve a su lugar.

Es raro en mí, pero no me enoja su desfachatez. En cierto modo lo encuentro simpático... como una ráfaga de aire fresco a mi mal humor.

Silvana mi mejor amiga pasa por mi lado y con su característico humor susurra... —Titia por favor, podrías despegar la cara del pasajero de tu trasero —pronuncia imitando el tono de voz de nuestro comisario, algo lento y con un dejo británico.

Reímos mientras volvemos con las bandejas vacías.



Amo volar.

Por momentos pienso que tendría que haber sido piloto en vez de arquitecto.

Pasar todo el tiempo conociendo diferentes lugares, distintas culturas... y tirándome a todas las bellas azafatas.

Si... coger a las azafatas.

¡Basta Juan Ignacio! Que ya se te está poniendo dura. Y esa auxiliar con la media enganchada, no hizo más que alimentar a mis ratones. ¡Lo peor fue su perfume!... se metió por mis fosas nasales y se impregnó en mi subconsciente, el exquisito perfume anunció su presencia antes de que pudiera verla. Es diferente a los que ya conozco.

Dulce... delicado, con presencia y sensualidad.

«¡No jodas Juan Ignacio!» Pienso.

La verdad es... que solo la vi por una fracción de segundos mientras ella distraídamente juntaba las bandejas de la cena, por primera clase.

Pero ese corto tiempo me dejó con ganas de volver a verla... de cruzármela por casualidad en algún pasillo y como un crío, molestarla para captar su atención.

Una hermosa mujer... ¡en verdad muy, muy... pero muy linda! Cabello claro, grandes ojos celestes, buena figura, culito redondo y respingón... pero sin duda, lo que me cautivó por completo fueron sus labios. Labios anchos y fruncidos... como si acabase de comer una naranja y el ácido de ella se los dejara al rojo vivo... o como si éstos estuvieran succionando mi miembro con fuerza y desesperación.

Me la imagino de rodillas frente a mí. Yo abriendo mi bragueta y con una mano en su nuca guiándola a que introduzca mi pene en su boca.

Luego enroscar su cola de caballo en mi palma, y con determinación coordinar su movimiento subiendo y bajando una y otra vez... cada vez más deprisa hasta no poder contenerme por más tiempo y eyacular dentro de ella. Salpicando su linda trompita con semen.

La imagino saboreando mi néctar... y con su dedo índice limpiar la última gota que quedó en la comisura de sus labios y chuparlo.

—¿Una manta señor?

Infraganti me sacan de mi sueño caliente. Acomodo disimuladamente mi entrepierna, y giro para responder la pregunta, cuando...

«Mierda»

—Hola... —respondo embobado por su belleza. Porque por muy boludo que suene, encontrar la cara de esta mujer a escasos centímetros de la mía me perturba. También su perfume y que a través de los botones de su blusa vea su sujetador blanco... ¡no ayuda en nada!

—Mis ojos están más arriba caballero —escupe secamente con una perfecta ceja en alto y prosigue... —pregunté... ¿si quiere una manta?

«Atrapado con las manos en la masa» o mejor dicho, con los ojos en sus tetas.

Pongo mi estudiada mirada de hombre de negocios, formal y un tanto intimidante... para luego responder un “no” a secas.

Después de todo, ¡me molesta que me rete! impidiendo de esa forma echar un vistazo a semejante hembra.

Ella no emite comentario y prosigue entregando mantas al resto de los pasajeros.

Me inclino un poco hacia la derecha, casi cayendo al pasillo para poder verla de espaldas mientras marcha meneando su hermoso culito. Pero nuevamente soy pescado, cuando gira y con descaro me fulmina con su mirada.

Vuelvo a ocupar de forma correcta mi lugar y aflojo mi corbata. Me decido a mirar una película.

Junto a mí, un hombre cano y con unos cuantos kilos de más ronca como un perro San Bernardo... y a medida que pasan los minutos cada vez se encuentra más desparramado sobre mi lado. Hoy será una larga noche «pienso»

¡Lo que faltaba!... no poder dormir... el mal humor vuelve a mí.

—Señorita... —llamo a otra de las guapas azafatas que pasa junto a mí en ese momento.

—Señor —responde ella gentilmente.

—Ese sonido —índico señalando con mi mano a la boca del sujeto —está perforando mis tímpanos... o le colocan unas pinzas de ropa a la nariz del caballero o me busca otro lugar. De lo contrario presentaré una queja ni bien arribemos. ¡Para algo pago primera clase!... joder, porque para tener esta orquesta sinfónica al lado, pediría viajar en turista como cualquier hijo de vecina.

—Déjeme ver qué puedo hacer por usted caballero.

Pienso que seguramente vaya a escupir mi café por molesto... «Yo lo haría sin dudas»

Transcurren 30 minutos y nada.

La joven azafata no se digna a brindarme una respuesta. Y paso de estar molesto a estar furioso. Sobre todo, en el momento en que “gordo roncador” apoya su gran mano en mi rodilla.

«¡Que mierda!»

De un salto me pongo de pie, y salgo disparado al baño.

—¡Es increíble que me pase esto a mí!... ¡a mí!, ¡al rey de los impacientes! Al señor “ahora” ... a quién más que una charla le gusta un

resumen del hecho.

Estoy harto de la gente inepta. Camino por el pasillo, y antes de llegar un regordete bebé que se encuentra en brazos de su madre me observa con expresión seria.

Lo quedo mirando, y no puedo resistirme a sus encantos... recuerdo con nostalgia lo que a mi madre le gustaban los niños. Su anhelo por ser abuela se fue al cielo junto a su alma.

«Vida perra»

El pequeño niño sonrío, lo que provoca que su chupete caiga al suelo. La madre ajena a nuestro intercambio de miradas, no se entera que me inclino levantando el chupón que se encuentra lleno de pelusa de la moquete. Toco el hombro de la mujer y se lo entrego.

La joven y atractiva madre, en un cotidiano gesto que me deja estupefacto, lo toma, me agradece, y en un rápido movimiento lo introduce en su boca para limpiar la pelusa con sus labios. El niño lo acepta gustoso y luego introduce su cabecita en el cuello de su madre.

Me pregunto, ¿qué olor tendrá la mujer en su cuello?

Respiro hondo.

No sé qué me está pasando. Claramente tendría que ver a un psicólogo... ni yo mismo me soporto por momentos.

Retomo mi camino al baño, pero cuando estoy a punto de entrar a los servicios la veo a ella.

Un movimiento de cortina hace que vea a la chica de la media rota. O a trompita chupa pollas como la bauticé mentalmente.

Se encuentra sentada sobre un pequeño taburete, charlando con la otra chica... con esa que NO solucionó mi problema.

Ignorando la distracción, entro al baño y miro lo que el espejo me devuelve... veo a un hombre alto, de cabello castaño, ojos claros y

espalda ancha... «Nada mal» pienso. Pero también veo una persona sin brillo en su mirada, con un aura gris y espesa... sin alegría y sumergido en una melancolía y malhumor crónicos. Aprieto mi abultada entrepierna. Últimamente lo único que me saca de mis amargos pensamientos son mi pequeña hermana Sol y algún que otro revolcón esporádico con cualquiera de mis amigas de turno. Cero novias. Pilar me quemó con leche en ese aspecto. Nunca había querido tener una novia. Mi padre ríe, insinuando que mi modus operandi, se debe a la estrecha relación que mantenemos con tío Fede. Según papá... y textuales palabras tuyas... *“Betner siempre fue un mujeriego empedernido hasta que conoció a Victoria... antes sus amiguitas eran pasajeras y en ocasiones no recordaba ni su nombre... ¡y tú eres igual hijo!”*

Bajo la bragueta de mi pantalón y me dispongo a orinar. Apoyo una mano en la pared contraria al retrete, y con la otra, sujeto mi miembro. Dejo caer la cabeza hacia atrás y cierro los ojos. Pero un golpe en mi espalda ¡mierda! provoca: uno... que acabara meando el piso del lavabo y mi ropa, y dos que al girar furioso para ver quién tuvo el atrevimiento, la osadía, la audacia de entrar sin preguntar... una impertinente y apuesta azafata viera descaradamente mi pene.

—Disculpe caballero —remata la joven, pero su delicado y fino rostro revela una incipiente mueca de gracia.

Atrevidamente giro hasta quedar con mi desnuda hombría por completo frente a ella. Para mi asombro... no se sonroja, ni se pone nerviosa.

«Nada»

Con calma reordeno mi ropa, cubriendo con mi bóxer mi pene, el que lentamente comenzaba a despertar.

«Tranquilo pequeño... solo fue falsa alarma»

Introduzco la camisa dentro y prendo mi pantalón y cinto. La trompita chupa pollas con cara de gitana, sigue minuto a minuto mis movimientos. Y con una calma sorprendente sale con actitud victoriosa cerrando la puerta tras de sí.

*Puedes tener la certeza... que el chiste te va a costar caro gitana...
¡muy caro!*

Ya es tarde y los pasajeros comienzan a dormirse. Mi vecino continúa roncando, y en la pequeña cocina de primera clase se me informa que queda una guardia por si deseo algo de beber o un bocadillo.

La verdad es que el tronar que escapa por la nariz peluda del sujeto me tiene fuera de mí.

Nuevamente me pongo de pie y voy por un trago. A falta de somníferos y tapones para mis oídos, me inclino por tomar algo e intentar no sé si conciliar el sueño, pero al menos relajarme.

Muevo la cortinita y asomo mi cabeza lentamente en la cocina. Lo que veo me encanta.

No solo me encanta... sino que me regodeo por adelantado en las infinitas posibilidades que me da, encontrar a la bella azafata de la media rota, infraganti.

La joven tiene una copa en la mano, al parecer de champagne... se encuentra sin zapatos, mientras descansa sus pies en medio de uno de los carritos de servicio.

Carraspeo para que se dé cuenta de mi presencia. Ella de un salto, deja la copa a un lado y con premura intenta ponerse rápidamente sus altísimos zapatos.

Me dispongo a atormentarla un poco... tan solo un poco y hacer de mi viaje un tiempo más ameno.

—Buenas noches señorita. Disculpe la interrumpa... ¿le podría pedir una copa de champagne? —. Comento mientras observo con una ceja en alto la copa recientemente abandonada por la joven. Ella se sonroja.

—Por supuesto caballero. Ya mismo se la llevo a su lugar. ¿Desea algo más?

—Mmm —pienso sujetando mi barbilla — como desear... deseo muchas cosas, pero no creo que pueda pedir todas. O debería decir... no estoy seguro que todas sean “políticamente correctas”

Se ahoga y comienza a toser.

Su piel eleva los matices rojizos en varios tonos.

Inclino mi cabeza a modo de saludo, y vuelvo a mi lugar.

Minutos más tardes, en la penumbra que me rodea, llega la gitana con una pequeña bandeja y sobre ella mi copa.

—¿Desea algo más caballero?

—Eso es todo —respondo secamente.

Da la vuelta y se marcha. No sin antes entregarme una gélida mirada de “¡no te duermas porque cortaré tus bolas!”



¡Pero que se cree ese estúpido petulante!

¿Que soy su esclava?

Vuelvo a la cocina y deposito con más fuerza de la necesaria la bandeja sobre mi carro.

¡Imbécil!

Nuevamente retiro mis zapatos. Es tarde y los pies me están matando. Adoro los tacones altos, pero mis tobillos me pasan factura inflamándose.

Odio hacer guardia en primera clase, los pasajeros de esta área son especialmente impertinentes. Rebusco en mi gran bolso hasta dar con mi revista de moda Vogue... ¡amo la moda!, me encanta la ropa cara y los zapatos de diseñador. ¿Me lo puedo permitir? ¡No! ¡Claro que no! Tengo un trabajo donde el sueldo es medianamente bueno... un sueldo base más las comisiones por volar, que son la mitad de mis ingresos mensuales. Admito que no me puedo quejar... tengo 25 años, he recorrido prácticamente el mundo entero, hablo tres idiomas y mi aspecto físico no está mal. Lo malo... es que soy huérfana de familia... exactamente, recorro la vida sola. En mi haber solamente cuento con tres mejores amigas... una tía abuela de 60 años que vive en Argentina... y como van las cosas es probable que la generación termine en mí. Sola, sin una madre o padre que me auxilie económicamente cuando no llego a fin de mes, hace que medite un poco más que cualquier mujer de mi edad, el darme un gusto. Vivo en el departamento de mi mejor amiga Silvana. Ella es todo para mí... amiga, compañera de vuelo y número uno dando consejos prácticos, pero no siempre acertados.

El lugar es pequeño pero muy bien ubicado, ¡amo este lugar!, Malvín es un barrio lleno de vida y movimiento. De esa forma compartimos nuestro tiempo... tanto dentro como fuera del trabajo. La pequeña renta que pago a mi amiga "la reina", como la proclamamos recientemente en el aeropuerto, por su estilo y gran cantidad de brillos, ¡no existe!... permitiéndome de esta forma subsistir sola en este gran mundo.

Humedezco mi dedo y comienzo a pasar las hojas... publicidad del último perfume de Versace... tendencia europea sobre monturas de anteojos, mitos sobre el café y la salud, en fin... la misma basura de siempre.

La cierro y busco mi abandonada copa. De un solo trago desaparece. Recuesto mi cabeza en la pared y cierro los ojos.

Estoy agotada.

Solo descansaré los ojos, un momento.

Muy agotada. Lentamente comienzo a dormirme... el letargo me invade y me sumerjo en un denso sueño.

—¿No sabía que permitieran dormir a la guardia?

Me sobresalto y del susto caigo de trasero al suelo.

«¡Auch!»

Intento ubicar en donde me encuentro y enfocar la vista en dirección a la voz que me despertó. Pero unas fuertes manos en mis axilas me levantan en un ágil y rápido movimiento.

Mi corazón se desboca y mi respiración se vuelve entrecortada. Su aroma llega antes que su imponente presencia. Un impertinente, guapo, intenso y soberbio hombre me tiene entre sus brazos, con su cara de pocos amigos a centímetros de la mía.

—Gra... gra... ¡Gracias! —finalmente logro articular.

Observa mi boca. Sus manos sujetan firmemente mi cuerpo, indicando seguridad y masculinidad.

Estoy un poco dormida aún, con dolor en el trasero y a centímetros de un adonis que huele de maravillas.

«¿Qué perfume usará?»

—¿Te lastimaste? —pregunta molesto.

Pienso... «Analizando control de daños...» escaneo mi cuerpo mentalmente, pero lamentablemente estoy bien. Solamente un futuro cardenal morado en una nalga y más nada. ¡Qué bien vendría un esguince! ... o alguna torcedura de tobillo, para que el hermoso hombre que me molestó toda la noche, tuviera que masajear de rodillas mi pie.

—¡Pregunté... si se encuentra bien!

«Impertinente»

Pone impaciente sus ojos en blanco. Es raro generar esto en el sexo opuesto. Porque habitualmente, los hombres se muestran simpáticos y serviciales conmigo... ¿de dónde saliste Diablo?

—Sí. Bien —. Manifiesto y me zafo de sus fuertes brazos.

Comienzo a alisar las arrugas imaginarias de mi falda, a medida que voy tomando distancia del sujeto.

—Mejor así —responde con dulzura. Pero esa actitud dura poco tiempo... cuando retoma —¡hace 20 minutos que intento pedir otra copa y nadie responde a mi llamado!

Desordena su cabello con su gran mano y noto unas pequeñas ojeras formarse debajo de sus claros y penetrantes ojos.

Por un momento siento pena.

Pero esa sensación solo dura un suspiro... cuando vuelve abrir su maldita bocota, tengo ganas de estamparlo contra la pared, darle un beso en su insolente boca y proporcionar un buen rodillazo en sus bolas... y todo ¡al mismo tiempo!

—El tipo que se encuentra a mi lado, no ha parado de roncar en toda la noche. ¡Juro por Dios que lo mataré si no hace nada para remediarlo!

Mordisquea algo tenso la punta de su dedo pulgar.

No pierdo de vista ese simple acto. Se podría decir que mi cerebro se ausenta por una fracción de segundos, cuando percibo su lengua humedecer sus labios y con una sonrisa lobuna en su rostro me observa de arriba abajo.

—¿Rose o Demi sec? —respondo tartamudeando para salir del vergonzoso momento. Y como una autómatas, evitando que note mis colores por la vergüenza de ser pescada infraganti, giro, tomo una copa y busco en la hielera una botella de champagne Chandon rose, mis manos se encuentran transpiradas y lograr abrir la botella es todo un desafío.

El sujeto cruza sus brazos y se recuesta contra la pared, aguardando termine mi tarea. Generalmente descorchar una botella no significa gran dificultad... pero me resulta increíblemente perturbador tener a este hombre con su mirada clavada en mi nuca, o en mi trasero (vaya uno a saber) y hace que no logre quitar el corcho hasta recién el cuarto intento.

Mierda... ¡al fin!

Con esmero sirvo una perfecta copa... cantidad justa de líquido y de espuma. El rosado y burbujeante elixir escarcha la copa momentáneamente.

Con actitud triunfante giro y finalmente se la ofrezco.

Sus ojos están clavados en mi boca. Su sonrisa se ensancha y yo estoy que me meo... literalmente me derrito por este sujeto.

Mantiene sus brazos cruzados y no se digna a coger la copa, la que como una boluda sostengo sobre una pequeña y delicada servilleta.

—Señor... sírvase la bebida que solicitó.

«Sonríe»

—Chandon Demi sec
por favor.

«¿Qué?»

No puedo creer lo que mis oídos están escuchando.

—¿Disculpe? —respondo.

Necesito escuchar al bastardo decirlo con sus propias palabras. Y así, de una vez por todas odiarlo hasta el infinito y más allá.

—Dije... —ya arrancamos mal con el “dije” «arrogante de mierda» pienso —que quiero Chandon Demi sec... lamento que su ansiedad no le permitiera esperar a que tomara mi decisión. No se tarde por favor.

Gira sobre sus talones y se marcha.

Lo maldigo en tantos idiomas como puedo.

Pero me las va a pagar... aunque me suspendan, me despidan, o vaya a prisión... *¡Juro por Dios que esto no va a quedar así Diablo!*

Pasan cinco minutos y su copa de champagne y mi venganza están prontas.

Camino por el pasillo de primera clase, con una helada copa mitad Chandon Demi sec «como el señor lo indicó» y mitad laxante de rápida acción.

“*Vendetta*” susurra una diablita que se encuentra sentada sobre mi hombro, con las piernas cruzadas, mientras se aplica máscara en las pestañas. La miro y ella levanta su pulgar en aprobación a mi venganza.



Capítulo 3

Es linda... lo admito.

Pero me cae mal.

Fue insolente y prepotente durante la tarde, y ese comportamiento no me gusta. Mucho menos en una dama.

Oh gitana... creo que te gusta lo que ves.

Soy “bonito” sí... se puede decir que llamo para bien la atención de las mujeres. Pero no soy el novio con plata que mujeres como tú deben buscar. Rubia de trompita chupa pollas.

¿Por qué estoy enojado con ella?

Está amaneciendo y continúo sin poder pegar un ojo.

En el silencio escucho pasos.

Sonido de tacones sobre la mullida alfombra.

Cuando llega junto a mí tiene una sonrisa de zorra estampada en el rostro. Y mi instinto de supervivencia se pone alerta. Me siento inseguro frente a esta mujer... dudo que le haya puesto alguna sustancia a mi bebida... ¡veneno tal vez! Después de todo... me dediqué a molestarla bastante tiempo del que llevamos a bordo.

Por ningún motivo beberé esa copa... «Y que el juego continúe»

—Chandon Demi sec señor... tal como usted solicitó.

Se encuentra inclinada... con una mano sostiene una servilleta de papel y la copa con mi bebida sobre ella, y mantiene su otro brazo tras su espalda. Su actitud es elegante y ceremoniosa. Lo que solo hace que desconfíe aún más.

Tomo la copa, la observo y ciertamente noto alguna sustancia turbia mezclada con el cristalino líquido. Sonrío y niego con la cabeza en

silencio. Luego busco sus ojos con los míos, «es muy bella», la gitana permanece de pie aguardando que dé el primer trago... *Ahh gitana, ¿quieres presenciar la venganza en vivo y directo?*

—¿Desea algo más caballero? —comenta dándose cuenta de mi comportamiento dubitativo.

—En realidad sí... —sin que espere mi reacción, tomo su delicada y pequeña mano y la sitúo rodeando la copa. Coloco la mía, envolviendo la suya y a la vez la copa. «Atrapada» pienso. Ella jadea ante la sorpresa.

—¿Le parece que la temperatura es la adecuada? —interrogo.

—Creo se encuentra con la temperatura ideal señor —se apresura en responder.

—Pruébela por favor —. Y su cara lo dice todo.

«¡*Touché perra!*»

—No gracias —. Responde rápidamente.

—Insisto —. Mi mirada es gélida... la estoy fulminando. Su rojo y arrugado labio tiembla.

Finalmente, y en un acto de misericordia, opto por terminar mi pequeña “tortura” y acoto... —No me gusta que jodan conmigo. Y mucho menos, que una nena tontita como tú me tome por pelotudo. ¿Entendiste?

Mi mano rodea la suya con tanta fuerza, que cuando ella intenta zafarse el líquido cae sobre mi entrepierna, empapándome por completo.

Intento no enojarme más. Simplemente tomo su otra mano, «la que está libre de la copa» y tomándola por sorpresa, la apoyo en mi ya abultado miembro... no sé si fueron las burbujas, el frescor del champagne o el enojo que causa esta chica, que mi amigo se despertó al instante.

Abre grande los ojos y la boca.

Y creo que no grita para no causar revuelo con los demás pasajeros.

El resto de lo acontecido es lamentable y pasa en cámara lenta.

Sentado, con mi mano izquierda continúo sujetando su pequeña mano y en medio de ellas se encuentra la copa de cristal. Mientras mi mano derecha presiona su mano izquierda sobre mi pene. La sincronía es perfecta, y su cara de pánico de lo más apetecible. Una lágrima de furia comienza a deslizarse por su mejilla y con demasiada fuerza... jala de la mano que tiene la copa en medio.

Escucho el crujido del cristal romperse, en el instante que veo un fino hilo de sangre colarse de la unión de ellas.

Aflojo mi agarre automáticamente.

«La lastimé»

El cristal roto manchado de sangre cae a un lado.

Y ella sale corriendo.

De un salto me pongo de pie y voy tras ella.

La sigo.

Entra al toilette y cuando está a punto de cerrar, introduzco mi pie impidiéndoselo. Entro tras ella y cierro con el pasador tranca.

La veo de pie frente al espejo.

Ambas manos apoyadas en la pileta y la cabeza inclinada hacia adelante.

La mancha de sangre va creciendo rápidamente, temo haberle hecho más daño del que creo.

«¡Estúpido!» me grita mi subconsciente y siento un terrible gusto a bilis subir por mi garganta. Odio la violencia de género... la aborrezco por completo. Y en esta ocasión no puedo dejar de sentirme como una mierda, un imbécil que ultrajó la perfecta piel de esta hermosa mujer.

Si nota o no mi presencia, no lo sé. Continúa sin moverse y veo que comienza a temblar.

Está muy pálida... mucho y eso me asusta. Por un momento creo que se desmayará en cualquier minuto.

Camino los dos pasos que nos separan y la tomo desde la muñeca. Levanto su mano e inspecciono el corte... No es profundo, pero no para de sangrar. —¿Te sientes bien? —pregunto con preocupación, pero no responde. —¿Pregunté si te sientes bien?

Una alarma suena en mi cabeza de que algo anda mal.

Bajo la tapa del inodoro, sujeto sus hombros e insto a que tome asiento en él.

Me inclino de cuclillas quedando con una de mis piernas a cada lado de las suyas.

Inspecciono en busca de fragmento de cristales sobre la herida... al no encontrar ninguno, tomo papel higiénico y lo coloco sobre el corte, intentando contener el sangrado.

Su mirada está pérdida y las lágrimas que no paran de caer me vuelven loco.

—¿Qué te hice gitana?... por favor perdóname. No fue mi intención —. Digo más para mí que para ella.

Me toma varios tramos de papel el detener el sangrado.

Aliviado levanto la vista para encontrarme con unos tristes ojos claros clavados en mí.

—¿Cómo me llamaste?

—¿Qué cómo te llamé?

—¿Me llamaste gitana?

Ahí caigo en la cuenta a lo que se refiere... luego que casi me mata de susto, solo le llama la atención la forma en que me expresé. ¡Mujeres!

—¿Duele?

—No.

De un rápido movimiento se pone de pie e intenta rodearme.

Impido su salida apoyando mi brazo extendido contra la puerta.

—Creo que te debo una disculpa.

—No es necesario... me lo merecía. Pese a que eres de los típicos pasajeros bonitos pero molestos... sé que me comporté como una perra contigo.

«Me gusta que me tutee» pero más me gusta verla enojada y mortificada con algunos de mis comentarios.

—Es verdad... ¡lo fuiste!

—¿Fui qué? —comenta desorientada.

Observo sus labios. Mi vista se encuentra fija en ellos.

—Una perra —respondo antes de sujetar con cuidado su brazo... besar sus carnosos labios, y mandar mi poca cordura a la mierda.

Tomo su nuca inmovilizándola... venciendo con fuerza su poca resistencia y atrayéndola hacia mí. Se mueve furiosa, aunque intuyo que no lo hace a conciencia, ya que lentamente relaja su boca y permite que mi lengua ingrese en ella.

Su gusto es exquisito... menta y champagne. Y su perfume embriaga por completo... es un sutil aroma, fresco, pero con personalidad. Entre mi falta de sueño y las curvas que tengo entre manos, mi razón se pierde. Quiero más... quiero todo.

Continúo inmovilizando su mano herida a la altura de la muñeca... no quiero causar más daño del ya producido. Lentamente apoyo su mano sujeta por la mía por sobre su cabeza.

—¡Soltame ya! —deja escapar entre dientes. Lo que solo hace que me caliente más... libero su mano y nuca. Aunque ahora mi mano viaja hasta su trasero... es redondo y turgente, su ajustada falda gris impide que mis dedos lo recorran a la perfección, por lo que lentamente voy bajando por su muslo hasta donde se encuentra el final de la tela, y lentamente... sin apartar mi boca de la suya, comienzo a subirla, dejando al descubierto su glorioso culo.

«Lástima que estoy de frente»

Intenta empujarme, pero no puede y un quejido de dolor sale en medio de nuestro beso.

Bajo la vista hasta donde se encuentra su mano apoyada en mi pecho. Ahora la mancha roja forma parte de mi immaculada camisa color blanca Gucci.

Ambos nos miramos con expresión de asombro. La mía de pánico por su herida, y la de ella de desconcierto. Nuevamente su rostro pierde el color.

Golpean la puerta del baño y la voz de un hombre nos sorprende.

—¿Letitia estás ahí?

Doy un paso atrás, dándole espacio. Me mira a los ojos asustada. Observa la mancha en mi camisa y su mano. Sus ojos se llenan de lágrimas.

Apoyo mi dedo índice en sus labios indicando silencio. Beso el dorso de su mano herida y la aparto para abrir la puerta.

—¿Qué está pasando acá? —un sujeto de unos treinta y pico de años, alto y bien parecido me observa con el ceño fruncido.

—Usted es ¿...? —respondo con descaro.

—Soy el comandante Fraga. —Al ver la mancha de sangre en mi camisa y la mano de la chica envuelta en papel higiénico su expresión cambia. Su rostro denota claramente lo que puede estar pasando por su mente.

Ingresa al diminuto cubículo.

—Titia... ¿estás bien? —pregunta sin apartar sus ojos de los míos. Inclino mi cuerpo contra el lavado e introduzco las manos en los bolsillos de mi pantalón.

—Si... eh... bueno, quiero decir... que el caballero...

No permito que continúe hablando, o seguro meterá la pata y yo iré a prisión.

—Soy el doctor Cortés López —tiendo mi mano con educación y firmeza... saludo al cara seria del comandante y retomo mi mentira —esta joven —señalo a la trompita chupa pollas —torpemente se ha cortado con los cristales de la copa que solicité. No solo se le cayó a mi lado... salpicando de esa forma el pantalón de mi traje, sino que cuando intentó recoger los cristales desmañadamente se cortó. Y ahora mi camisa parece salida de un thriller de acción. Pero bueno... no en vano hice mi

juramento hipocrático.

No estoy seguro si el comandante me cree o no... lo cierto es que mira con reprobación a la chica, para luego tenderme nuevamente su mano y obsequiarme un sincero...

—Gracias doctor.

Sonrío de lado y miro como un padre a la gitana.

—Por favor... solo cumplo con mi deber. Si me permite, quiero examinar si el sangrado se detuvo para volver a mi lugar y descansar el resto del trayecto. Mañana tengo un día muy complicado... seré el orador en el congreso de cuidados paliativos en cirugías del mal de "*Elefantitis artrópoda aguda*" —. Invento.

—Adelante —¿se lo creyó?, y éste se disculpa, pero antes de marcharse, un instante antes, le da un pequeño y casto beso en la mejilla a mi gitana... mejor dicho... a la gitana, para luego salir y cerrar la puerta tras de sí.

«Mierda»

Nuevamente tranco la puerta. Y suelto la frase que nos unirá en un futuro mediato.

—*Esta no será la última vez que nos veamos gitana.*



¡Gracias a Dios! No lo vi más por el resto del viaje.

¡Que resultó molesto el tipo!

Llegamos a Nueva York, y como de costumbre subimos a la camioneta que nos espera y vamos al hotel en el cual la tripulación se hospeda durante los días que estamos parados.

Por suerte mi mano dejó de sangrar. Solo fue un corte superficial, pero mi pánico a ver sangre, hace que me baje la presión y me maree al instante. No es algo que me guste... pero desde aquel triste día no soporto la sangre ni su color, ni olor ¡nada! Sumado a mi bajo umbral del dolor, soy lo que se podría decir una mega, archi, híper... ¡maricona!

Llego a mi recámara, la que como de costumbre, comparto con la reina «Silvana mi mejor amiga» y en tres rápidos movimientos me pongo cómoda. Uno... fuera tacones, dos... falda y chaqueta y tres encender la tv y tirarme en el lado derecho de mi gran cama usando solo camisa y braga. La reina es más elegante y prolija que yo, dobla cuidadosamente su uniforme, lo coloca en el ropero, toma crema desmaquillante de su bolso, una muda de ropa y va directo a la ducha.

Enciendo la TV para ver una serie que amo... ¡Friends! Ya vi más de una vez cada episodio, pero el escuchar la cortina musical ya me pone de buen humor. Rachel, Monica, Chandler, Ross, Joey y Phebe ¡son lo más! Creo que, en el fondo me identifico un poco con ellos. Son un grupo de amigos, que la mayoría no tienen familia, viven uno frente al otro y sus vidas transcurren en un sinfín de ocurrentes momentos. En casa es algo por el estilo, el departamento que compartimos con la reina, es el centro de operaciones de nuestro grupo de amigos. Frente a nosotros viven Majo y Toté dos locas y díscolas amigas, a quienes definimos como “todo terreno” ... y pegado a ellas, German... el hermano de Majo con dos compañeros de facultad. Como de costumbre en el edificio nadie tranca su puerta, y entrar y salir al departamento del otro es moneda corriente. Al igual que saquear el bar y la heladera.

Golpean la puerta de la habitación.

¡No puedo creer que ya empiecen a molestar! Son las 9 y 30 de la

mañana y algún rompe pelotas osa golpear mi puerta, seguro que para ir a desayunar.

—¡Sil! —grito. No tengo ganas de levantarme. Mi serie de tv está primero.

La reina sale del baño, envuelta en un albornoz blanco, toalla en la cabeza y con algodón en la mano, seguramente estaría quitándose el maquillaje, ya que un ojo está perfectamente delineado y el otro parece la mancha de un mapache.

—¡Pero nena...! ¿No podías abrir tú?

—Sí podía... pero no pienso levantar mi lindo culito de esta cama. Si no querés, no abras, seguro es el resto de la tripulación para ir a desayunar.

Silvana me mira horrorizada...

—Nena ¿Qué te paso en tu lindo culito? tenés un moretón enorme —. Tomo asiento en la cama, muevo mi camisa a un lado y veo el precioso regalo que tengo en la nalga... recuerdo de mi caída de culo.

Mi amiga abre la puerta, y veo que la entrecierra un poco. ¿Quién será?

No llego a escuchar lo que habla, pero para mí espanto, la puerta se abre nuevamente dejando entrar a...

«¿Qué hace el aquí?»

—Titia... te buscan —. Comenta mi futura ex mejor amiga toda socarrona.

—Salto hasta quedar de pie, como si eso no fuera peor que haberme quedado en la cama y tapado con el cubre.

Frente a mí se encuentra el Diablo, el hombre que me atormentó durante el viaje, quien me hostigó, hirió y besó en un lapso de pocas horas.

Instantáneamente mi cerebro piensa varias preguntas y formula hipótesis a cada una de ellas.

La primera y más importante de todas... ¿Qué mierda hace aquí? La segunda... ¿que hace el aquí? Y la tercera... es una nota mental «¡Matar a ex mejor amiga!»

Como si nada... Sil gira sobre sus talones soltando un...

—Titia te dejo con el médico, me voy a vestir, y se marcha.

—Buenos días, quería saber cómo se encuentra la herida de su mano... aunque creo que hubo daños *colaterales* también.

Entiendo a la perfección el jueguito de palabras que usa... “*colaterales*”

«¡Imbécil!»

Como una autómata, una reblandecida y estúpida autómata respondo...

—Bien.

Sigo de pie. Luzco solamente la camisa de mi uniforme y una tanga negra. La cama matrimonial en la que me encontraba acostada nos separa. El alto y elegante sujeto mantiene las manos en los bolsillos de su pantalón. Se ha quitado la corbata y los dos primeros botones de su camisa se encuentran desprendidos. Su cara no tiene expresión alguna. Por una extraña razón, no logro identificar lo que está pasando por su mente.

—Me alegro que hayamos coincidido en el mismo hotel — comenta.

—No podría decir lo mismo —respondo algo molesta por la irrupción.

Carraspea y lentamente rodea mi cama.

Instintivamente doy un paso atrás. Camina decidido hasta situarse

delante de mí. Toma mi mano (la que corté con los cristales) y la observa.

Parece muy detallista en su inspección, cuando parece satisfecho con la revisión, suelta la bomba...

Levanta la cabeza y fija sus claros y penetrantes ojos en mí.

—No soy médico. Por lo que agradeceré que veas a uno. Quizás necesites antibióticos y alguna curación especial.

¿Qué?

¿Qué... que?

—¿No eres médico? —suelto furiosa. Furiosa no, lo siguiente a furiosa... rabiosa, encabronada nivel extremo con lo que acaba de informarme.

—Soy arquitecto. Y solo intenté no meternos en líos... por esa razón me presenté como tal.

Es en ese instante, que caigo en la cuenta que estoy semi desnuda... «No es que antes me gustara más estarlo» ¡no... qué va! pero al creer que el adonis era “médico” me hacía sentir que yo no era nada que no hubiera visto antes.

—Fuera de mi dormitorio degenerado —susurro rabiosa, evitando que mi amiga escuche.

Ignorando mi pedido y sometiéndose a mi furia, desliza sus dedos por el cuello de mi blusa y comenta...

—Sí. Eres bastante linda gitana.

«¿Bastante linda?»

Tuve tanta mala suerte, que el cachetazo lo propiné con la mano herida.

«¡Auch!»

Y nuevamente mi lastimadura comienza a sangrar.

—Fuera de mi habitación ¡ya! —grito furiosa —y para tu información... esta mujer “*bastante linda*” ¡jamás se fijaría en un bobo, mal educado, desgarbado y posiblemente impotente como tú!

Gracias a Dios Silvana sale del baño, en el momento en que el individuo se me venía encima y no sé con qué intenciones. Lo que sé, es que sus ojos claros se estaban tornando rojizos y la furia lo carcomía.

—Señoritas —respondió como saludo, antes de abandonar mi recámara, con la promesa de venganza grabada a fuego en sus ojos.

—Titia... ¿Qué pasó nena?

—No era médico.

—¿Quién no era medico? ¿El semental que acaba de salir?

—Sí, ese mismo. Es solo un degenerado inmundo, que se hizo pasar por tal.

Las lágrimas se arremolinan en mis ojos, me molestan las mentiras. Y el recordar nuestro salvaje beso en el baño del avión, haciéndose pasar por lo que no es, me enferma.

—Tomaré una ducha nena... luego me uno a ustedes en el Starbucks de siempre.

—Titia... ¿estás bien?

Guiño mi ojo y levanto mi camisa mostrando mi trasero con el cardenal morado en él.

Sonríe y acota... —¡Eres tan putarraca! que aun no entiendo ¡cómo te quiero tanto? —mueve la cabeza con resignación y con una sonrisa en el rostro se marcha.



Capítulo 4

Cinco chinos, un indio, dos argentinos, otro uruguayo y yo, somos los extranjeros que nos encontramos en el anfiteatro del hotel para la junta. Mi compatriota se encuentra a mi lado y bosteza... da la casualidad que venía en el mismo vuelo que yo y tampoco pudo pegar un ojo en toda la noche. Llevo 36 horas sin dormir... el agotamiento y el mal humor me están ganando.

En el primer coffee break tomo un café negro y como un par de bollos. Una rubia hermosa se acerca a darme conversación, prácticamente no puedo mirarla a la cara... sé que es hermosa, obvio que me percaté de ello... pero sus enormes tetas, y cuando digo enormes me refiero al tamaño de dos melones, captan mi atención por completo.

No puedo evitar pensar en nosotros dos juntos en mi cama... ella tendida de espaldas y yo sobre su abdomen, haciéndome una rusa entre sus pechos.

No habla una palabra en español. Me entero que es secretaria de una multinacional y se encuentra allí para asistir a su jefe millonario. Un pez gordo de cachetes rojizos y cara de pajero.

En el segundo coffee break ya le había propuesto dormir una siesta juntos, tras el almuerzo... ella sonrío encantada, pero propone cena. Calculo que el gordo de su jefe necesita su mamada de las cinco de la tarde, cual inglés con su té. Para cuando finalizó el congreso ya habíamos echado un salvaje polvo en el baño de servicio y hecho planes en mi hotel para cenar juntos. Está muy interesada en saber a qué empresa represento, si soy casado o no... y si tengo departamento en Punta del Este, al parecer vio en la televisión que nuestro balneario, es muy elegido por ricachones. Resumiendo...: la chica es una come braguetas, hará cualquier cosa para conseguir un marido con plata, para que la mantenga, la llene de joyas y ropa cara.

«Odio a las mujeres» finalmente voy a pensar que son todas iguales... unas interesadas»

Automáticamente pienso en Pilar, mi última novia... una nena rica del barrio de Carrasco, con la que salí un año. Nos conocimos en facultad, era muy bella y femenina. Me gustó al instante en que la vi, y como siempre aconseja mi viejo... *“vos andá y marcá la cancha”*.

Era de esas mujeres que hablan con la “G” ... como si tuvieran una papa atragantada en la garganta. Sus padres... “mis suegros” dos veteranos estirados, que solo les interesaba hablar de plata... no estuvieron afines a nuestra relación, cuando se enteraron que fui bastardo de padre hasta los 18 años. Y que mi madre era mucama en un hotel de Colonia del Sacramento, en su esfera social, esas cosas se esconden bajo el tapete.

En mi caso no. En mi caso forjó mi carácter y según Sofí, mi historia con mi padre es de puro amor.

Recuerdo que cada vez que Pilar venía a casa de mi madre, ésta siempre se desvivía para hacerla sentir bien, agasajándola como se hace en mi casa... es decir, ¡comiendo! Le servía algún trozo de pastel para acompañar el té que tomaba. Porque la nena bien de Pilarcita, no tomaba mate, ni café con leche... ¡No! ¡Nada de eso! únicamente té English Breakfast marca Twinings.... El cual mi vieja procuraba tener, pensando especialmente en ella. Y ésta siempre despreciaba todo lo que mamá le ofrecía, porque ella ¡siempre se encontraba a dieta!

«Siempre»

El día que encuentre a una mujer que coma más que yo, que juegue a la Play y ame la sencillez de la vida... ¡me casaré con ella!

«Lo juro»

En verdad no creo que la rubia valga más que un rapidito de parados en el baño.

Cancelo mis planes en el momento, fingiendo una llamada y posible reunión a la noche.

—*“Ohh my love... you do not want us to play tonight?”* —responde

con voz de nena, era un quejido de gatita mimosa pidiendo conga... y cuando me refiero a “conga” ... o a “ese huevo quiere sal” eran los términos con que mis amigos de Colonia y yo, referíamos a las mujeres que querían sexo.

«No rubia... no vales la pena»

En mi perfecto y crudo castellano suelto... —No rubia tetona, ya me saqué la calentura con vos. Pero gracias... cogerte de espaldas en el baño de damas fue muy entretenido.

Culo perfecto, piernas largas y *sí* fácil.

«Excelente» susurra el pequeño diablito que vive en mi hombro derecho.

Para mi asombro y sorpresa, ella me deja un buen cachetazo en el rostro... «Segundo del día por cierto» Y me insulta en un perfecto español.

—¡Imbécil! De todas formas, fue un sexo mediocre para mí... sudaca.

¿Sudaca?

—Que te den rubia tarada —. Fue mi último comentario, antes de tomar mi notebook, maletín y salir del gran edificio.

«¡Jo-der con las mujeres!»

Agotado, llego al hotel donde me hospedo y mi calenturienta cabeza piensa en la gitana. En la torpe azafata que lastimé con el cristal. Me preocupa la herida causada por el corte. De camino a la recepción con una mano retiro mi corbata y desprendo los dos primeros botones de mi camisa.

En el lobby, mientras aguardo mi pase, el ascensor se abre y un grupo de “piernas” largas, bien formadas y enfundadas con cortas... «muy cortas» falditas, salen de él.

Al instante recibo una gélida mirada, la que me quita las ganas de seguir contemplándolas. Mi gitana... perdón “la gitana” me observa de arriba abajo, mueve reprobatoriamente, negando con su cabeza y continúa caminando con elegancia, sobre sus altísimos zapatos, meneando su trasero hasta salir del hotel. Una de las mujeres que caminaba a su lado se aproxima y se detiene a mi lado, entrega la tarjeta de ingreso al gerente que se encuentra detrás del mostrador y suelta un descarado...

—“Doctor” ... que tenga buenas noches —. Es la ironía hecha persona.

Me deja mudo.

—¡Señorita! —suelto sin reflexionar —me gustaría poder explicarle, qué fue lo que causó el mal entendido.

—Se lo agradezco... de veras, pero en este momento tenemos prisa.

—¡Reina! Ya paramos un taxi, ¡apúrate niña! —grita la gitana asomando su cabeza por la gran puerta del hotel.

—Ha sido un placer caballero. Pero como verá... mis amigas y la noche neoyorquina esperan por mí —. Guiña uno de sus profundos y elegantes ojos y se marcha.

Rebusco en mi cartera hasta dar con un par de billetes de cien dólares. Inclino mi torso sobre el mostrador, hasta donde el gerente

escucha atento nuestra corta charla y...

—Necesito información, caballero.



Llegamos hasta Webster Hall en la 125 East y el sonido del hip hop nos envuelve al instante. Pedro, Alexis y Carol ya se encuentran en el lugar, ahora el desafío es encontrarlos entre la multitud. Con la reina nos miramos y ambas sabemos lo que piensa la otra... ¡salsa!

Caminamos meneando el trasero y disfrutando la noche libre. Si bien el cansancio pesa, adoro Nueva York y bien sé, que debo aprovechar cada minuto en tierra.

Hacemos parada en una de las barras para pedir unos tragos, el mío es de un rabioso color azul chillón... ya sé que no me caen de maravillas estas mezclas exóticas... pero hoy bien lo vale... ¡noche de fiesta yeaaah!

A medida que avanzamos a la pista de salsa en el piso superior, comienzo a escuchar una sensual melodía del grupo Orishas, entramos y los cuerpos son un manojito de manos y movimientos calientes. Las parejas se mueven cuasi como si estuvieran teniendo sexo y nosotras más solas que ¡el uno!

Encontramos al resto del grupo de la tripulación. Bueno, mejor dicho... a parte del grupo... Pedro Fraga nuestro comandante se encuentra en la barra comiéndonos con la mirada «baboso», Alexis se come con la mirada a Pedro, y Carol... bueno, ella está con la lengua de un moreno clavada en su garganta. El hombre se encuentra sentado en un banco alto, mientras ella de pie entre sus piernas rodea su nuca y se refriega al son de la música.

Pongo en blanco mis ojos y la reina ríe.

—Fondo blanco grito, intentando hacerme oír por sobre el estridente sonido.

—Salud —grita Sil y ambas terminamos nuestros coloridos tragos de una vez.

Pedro nuestro comandante camina hacia nosotras con dos bebidas rojizas, las cuales sirven en tubos de ensayo... nos las entrega y para mi

bien saca a bailar a Sil.

«¡Uff por poco!»

Pedro es conocido en el avión, por contar con un harén de aeromozas a sus pies. El tipo lleva casado cinco años, con una pequeña Barbie 10 años menor que él, que posee el don de no pensar... buen cuerpo, sexo asegurado, linda para presentar en eventos y la frutilla de la torta... ¡sin cerebro! Pero el tipo es un don Juan que no deja títere con cabeza. En fin, mientras Silvana lucha con las movedizas manos del comandante, yo me muevo y disfruto de mi tubo de ensayo... «Mierda que es fuerte este trago» pienso.

Alexis me saca a bailar y juntos reímos y disfrutamos de sus excentricidades en la pista. Usa un ajustado jean blanco y una camiseta con luces led, gira y me hace mover las caderas. Es un excelente bailarín, y prácticamente los que nos rodean se ponen en círculo para mirar nuestros pasos.

—Una vez leí en una novela... que un hombre que baila bien, seguro es bueno en la cama —. Grito y él sonrío con su perfecta dentadura blanca “Colgate”. Y tras hacerme girar sobre mi misma unas tres veces, responde: —*Eso nunca lo sabrás chiquita* —ambos reímos, me da un guiño y seguimos inmersos en el baile.

Ya pasaron dos canciones de Orishas, alguna de Marc Anthony y otras tantas, cuando me veo en la necesidad de ir al baño. Odio ir en estos lugares, generalmente se encuentran repleto de chicas poniéndose maquillaje y cuchicheando frente al espejo. ¿Qué le verán a los baños?... realmente no lo sé. En mi caso... entro, orino, lavo mis manos y ¡fuera!

Pero me sorprende que en esta oportunidad se encuentre tan vacío. Solamente una señora con un trapeador, repasa el piso y sale en el instante que yo ingreso.

¡Genial!

Vacío y con opción de elegir el más limpio de los cubículos. Opto por el último de la izquierda... al encontrarse alejado del resto, está

impecable. Entro subo mi pequeña faldita, bajo mi tanga y me dispongo a orinar de pie, para evitar tocar el retrete con mi piel. Finalizada la tarea, y cuando estoy a punto de subir mi ropa interior, la puerta del pequeño cubículo se abre, empujándome y haciendo que quede sentada en el inodoro con los calzones por los tobillos.

¡Auch mi trasero!

Lo peor...

Lo más aterrador del mundo sucede en ese momento.

El rostro del Diablo se asoma por la abertura de la puerta. Observa mis pies, donde mi diminuta tanga negra cuelga en medio y con una media sonrisa en el rostro, deja escapar un...

—*Disculpe señorita*—. Da un guiño y sale.

—¡Imbécil! —grito. Y trato de acomodar mi ropa lo más rápido que puedo para darle una paliza al imbécil.

Cuando salgo con más fuerza de la necesaria, choco de frente contra el impresionante y hermoso hombre que me volvió loca las últimas horas, y que intuyo lo seguirá haciendo por otro largo rato.

—¿Tú estás loco? —grito, furiosa.

Pero nada...

El solo se limita a observarme.

Mantiene sus brazos cruzados y me mira a los ojos.

Me perturba no poder leer lo que está pensando.

¿Le gusto?... ¿Cómo supo que yo estaba aquí?... ¿me encontró de casualidad o siguió el taxi? Las preguntas son muchas, pero las respuestas son... Cero.

No hay respuesta.

En un momento, cuando menos lo esperaba, levanta su cabeza... mira el techo, cierra los ojos y niega para sí mismo. De un movimiento me atrapa por la cintura y soy introducida a la fuerza al cubículo del baño que acabo de abandonar.

Cierra la puerta.

—Eres hermosa gitana —. Susurra entre dientes, como si mantuviera una lucha interna y estuviera a punto de hacer algo que no quisiese... o de lo cual se fuese arrepentir.

—¿Qué?... ¡suéltame porque te juro que...!

No puedo terminar mi frase. Atrapa mi boca con la suya y muerde mi labio para que yo abra la mía.

Su respiración es entrecortada, está agitado y yo no estoy mucho mejor... porque a pesar de odiarlo, mi cuerpo se niega a reconocerlo y el calor, aroma, y porte de este hombre me enloquecen.

Rodeo su cuello con mis brazos y él en un veloz movimiento me sube la falda hasta la cintura. Toma mi trasero y me levanta, dejándome con la espalda apoyada en la pared.

Rodeo su cadera con mis piernas, y sé... intuyo... vislumbro, distingo a lo lejos que estoy perdida.

«Game Over» grita mi cerebro.

Lo sé cerebro... fin del juego amigo.



No pude.

No puedo.

Lo intenté, pero no.

«¡Joder!»

Intenté bajar las revoluciones una vez que entré a mi habitación.

Intenté tomar una ducha pensando sobre los posibles negocios que se abrieron en la junta de inversores.

Intenté mirar treinta segundos de la Juventus vs. Barcelona de la Champions League en la televisión.

Lo intenté... ¡pero no!

Como un perro en celo, salí tras la dirección de la disco que me pasó el gerente del hotel.

Como el perro de Pavlov, el solo pensar en su perfume me pone duro. Me hace querer tener ese cuello en mi rostro, esas tetas en mi boca... y ese culo entre manos.

Y aquí estoy. Perdido totalmente. Dentro del baño de damas, poniendo en juego mi reputación y a punto de tener sexo con una mujer de la que no sé siquiera el nombre.

La rubia de la tarde fue el entremés... y la gitana será la frutilla sobre la crema.

Tengo mis manos apretando fuertemente su trasero. La levanto y ella envuelve sus largas piernas en mi cintura. Hundo mi cara en su cuello y aspiro su aroma.

Es perturbadoramente familiar... me hace sentir sensaciones nuevas, siento una extraña sensación de paz en esos brazos. Aunque sé que la dejaré partir... como a otras... como a tantas. Las que no dejan de ser un momento de distracción en lo gris de mi vida.

Escuchamos el sonido de la música cuando alguien entra al baño y cierra la puerta tras de sí.

—Shh... —susurro en su oído.

Y noto como contrae su cuerpo y deja de respirar.

Su cara me fascina... tiene sus labios a milímetros de los míos, sus

ojos claros me desafían y la melena rubia salvaje que solo me inspira sujetar para cogerla con más fuerza.

Lentamente retiro una mano de su trasero, con un poco de dificultad desprendo mi cinto y bajo la cremallera de mi pantalón. Saco mi miembro y sin mucho preámbulo muevo su pequeña tanga a un lado.

Cuando me encuentro a punto caramelo... a segundos de penetrarla, cuando la cabeza húmeda de mi pene rozaba la entrada de su sexo, me percató que no tengo un condón.

«Mierda»

Jamás tuve sexo ocasional sin protección. Sé que es una idiotez hacerlo... que los riesgos superan cualquier instante de placer.

Lo pienso... pero lo hago de todas formas.

La penetro.

De una sola estocada la penetro hasta el fondo. Ella emite un sonido, el cual solo me calienta más. Retiro parte de mi longitud, para arremeter nuevamente con más fuerza que la anterior.

Fuera del cubículo se hace silencio.

Calculo que todas ya se dieron cuenta de lo que está pasando dentro, porque el silencio que nos rodea es de ultratumba.

Por una fracción de segundo intento recapacitar si conviene frenar esta locura y hacer lo correcto. Es decir, salir de la disco, tomar un taxi, e ir a nuestro hotel para coger en mi recámara como Dios manda.

Pero no hago nada para cambiar la situación.

Solo presiono más fuerte su cuerpo contra la fina pared, chupo su cuello y muerdo su hombro. Mis embestidas sacuden toda la madera divisoria del pequeño habitáculo donde nos encontramos.

—¿Voy? —pregunto.

—¡Sí! —responde con un quejido.

Y no hay mucho para agregar, entré y salí una y otra vez con fuerza, lubricando y saboreando el placer de lo prohibido... de estar escondiéndonos como niños y disfrutando de un cuerpo que al instante de verlo supe que quería poseer.

Nos vinimos con tanta fuerza, que tuve que teparle la boca para mitigar sus gemidos.

Por un instante permanecemos en silencio, descanso mi cabeza en su cuello.

—¿Estás bien? —consulto antes de bajar sus piernas al piso. Ella mantiene su cara enterrada en mi cuello, pero asiente. Beso su frente antes de depositar uno de sus pies en el suelo y luego el otro.

Ordeno mi ropa y comienzo a buscar papel higiénico para limpiar el pegajoso desastre que deje sobre sus piernas.

Ya estoy arrepentido.

Si bien no tiene aspecto de “rapidita”, no conozco a la chica... no sé su nombre, apellido o costumbres, y perfectamente me pudo haber contagiado una enfermedad venérea.

«Eres un estúpido Juan Ignacio» susurra el Diablo de mi hombro... ese que me alienta a hacer estupideces, en ocasiones también me reprende.

«¡Silencio! Joder que eres tú quien me mete en estos líos»

Golpean fuertemente la puerta, y a la voz de “*salgan ya mismo de ahí*” un enorme y forzado pelado que parecía La Roca nos sacó de la disco prácticamente a rastras...

Una vez en la calle, lo fresco de la noche despeja nuestras cabezas... en mi caso “ambas cabezas” con la que debería pensar... y con la que pienso y me convierto en un boludo metedor de pata.

Tiendo mi mano. Ella me observa... aún mantiene un tono rojizo post orgásmico en el rostro, y su melena desaliñada. Me encanta ser el creador de ese desprolijo estado.

Finalmente, y tras dudar un poco, me entrega su fría y pequeña mano.

—Soy Juan Ignacio, un placer —saludo a modo presentación.

—Letitia.

—¿Leticia?

—¿Eres sordo?... dije Le-ti-tia —responde groseramente.

—Ahh, un placer Le-ti-tia —repito burlón imitando su tono. Pero para mi sorpresa, en vez de enojarse deja escapar una linda sonrisita.

«Es bonita» pienso.

Frota sus ojos intentando aclarar sus ideas. Y con elegancia, camina sobre sus altísimos zapatos hasta el borde de la acera, extiende un brazo, y un taxi frena en el instante.

«Increíble lo que logran un par de buenas piernas» ¡Esto es Nueva York señores! Conseguir un taxi es como ganarse la lotería.

—Fue un placer conocerte Juan Ignacio —emite antes de abrir la puerta trasera del coche y subir en él.

¿Se va?

El taximetrista, un moreno idéntico al cantante Chayanne que perfectamente podría ser modelo, la come con la mirada y guiña uno de sus ojos cuando pregunta el destino.

Se encuentra a punto de cerrar la puerta, cuando la detengo. Después de todo... ¡vamos al mismo hotel!

—Letitia... dejame lugar, compartiremos el taxi —. Abre grande sus ojos y cuando intenta objetar mi orden, indico —Hotel The Roosevelt, avenida Madison por favor —al joven que me mira con cara de pocos amigos. Murmura algo y luego pone al vehículo en marcha.

Letitia deja escapar el aire de sus pulmones resignándose a mi presencia. Apoya la cabeza sobre el respaldo y luego suelta un sonoro...

—¡Mierda!

Toma su cabeza con ambas manos, y continúa con otro y otro...

—Mierda... mierda... ¡mierda!

—¿Qué sucede? —pregunto.

—Dejé mi bolso, con mi identificación, dinero y teléfono en la disco... ¡Mierda!

—¿Podés dejar de repetir la palabra “mierda” por favor?... toma, aquí tenés mi teléfono... llamá a tu amiga para que recoja tu bolso y te lo traiga al hotel.

—Pero... ¿y mi dinero? ¿Cómo voy a pagar el viaje?

—Yo lo pagaré. No te preocupes por eso... luego veremos alguna forma de saldar tu deuda —. Elevo una de mis cejas, pensando en las mil y una oportunidades que me da esta situación.

—¡No venderé mi alma por un simple viaje!

—¿La venderías por más? —respondo mientras extiendo mi teléfono celular con una ceja en alto y los peores pensamientos cruzan mi mente.

—Estúpido —responde ella mientras lo toma y se dispone a escribir un mensaje.

—Me gustan las mujeres así —susurro.

—¿Así? —pregunta.

—Así, con mal carácter, enojonas y habladoras... ¡como tú! para poderles callar su boquita a besos.

Jadea y se sonroja. No separo mi mirada de la suya, sus ojos no me dejan ver qué es lo que piensa, encuentro eso perturbador y sensual a la vez. Finalmente, interrumpe el contacto y comienza a escribir un mensaje de texto para enviar a su amiga.

Leo de costado lo que escribe, mejor dicho... lo que intenta escribir, porque gracias a eso, puedo notar que ha bebido más de la cuenta dada la falta de coherencia en el texto que envía.

**** “Reinaaa med tuve que marchar,*

Xq el tipo que me encontró en

el baño estaba mucy grandote.

El hij sde puta nosa co a la fuerza.

*Voy al hotel en un taxi con el Diablo. Bss” ****

Me devuelve el móvil, y comienza a mirar por la ventanilla hacia afuera.

El trayecto no dura mucho. Una vez que llegamos al hotel, y como era obvio sucedería... tras otros doscientos dólares, logré que no le entregaran la tarjeta de acceso a su habitación.

Su furia no se hizo esperar, la pequeña gitana mostro uñas y dientes a la hora de pelear. Pero no le valieron de mucho... “*solo hasta que llegue mi amiga, ni un minuto más ni uno menos*” ... fue la última frase que pudo pronunciar tras cruzar el umbral de mi enorme recamara.

«*Estas en mi cancha y jugaremos mi juego*» pienso.

Una vez que estamos los dos adentro, cierro y descanso mi peso en la puerta... pensando, saboreando, regocijándome sobre las muchas posibilidades que se presentan en mi mente al tener semejante tentación frente a mí.

Gira y al verme, su expresión cambia. Una ráfaga de temor cruza sus ojos.

«¡Me encanta!»

Camino lentamente en su dirección mirando desde sus sexy zapatos de tacón negros con una pequeña pulsera en el tobillo, y desprendo un botón de mi camisa... ella recula dos pasos. Desprendo otro botón y mis ojos viajan hasta el largo de sus torneadas y turgentes piernas. Retiro mi immaculada camisa blanca por sobre mi cabeza. Su boca cae abierta y su mirada se clava en mis abdominales. Continúa alejándose lentamente.

«Haces bien en tener miedo gatita» es un buen instinto el temor... sobre todo cuando te tengo encerrada en mi habitación, y planeo no liberarte en toda la noche.

No hablamos. Al menos no lo hacemos de la forma tradicional, porque puedo saber con exactitud todo lo que pasa por su mente, me desea, le gusto y tiene miedo.

Aflojo mi cinturón y de un solo movimiento lo retiro de mi jean. Sonrío de lado... comienzo a enrollarlo y lo dejo sobre la mesa.

—Creo que esto no es buena idea —finalmente comenta.

—Estoy de acuerdo... creo que no fue buena idea —acepto.

—¿Qué cosa? —susurra alejándose cada vez más, hasta quedar con su espalda apoyada sobre el gran ventanal. Detrás de ella, la ciudad permanece en silencio y solo se escuchan sirenas y algún sonido de bocina.

—No fue buena idea que aceptaras caer en mis manos —jadea y ahoga un sollozo con sus manos —porque pienso cobrarme con tu cuerpo, el viaje en taxi.

Y fin de la charla, porque con dos grandes zancadas quedo junto a ella, envuelvo su cintura con mis brazos y devoro esa boca, adoro el gusto que tiene en ella... es perturbadoramente sensual y es automática la dolorosa erección que se forma en mis pantalones en cuanto la huelo.

Giro con ella en brazos, sin sutileza y de un rápido movimiento la dejo caer en la cama. Sin delicadeza ni romanticismo... solo sexo, solo placer «mi placer» y solo una noche.



Capítulo 5

Reconozco que la excitación le gana al miedo.

Bebí de más... bebí mucho más de la cuenta, acabo de tener sexo con un hombre que no conozco en el baño de una disco, fuimos sacados a la fuerza y seguramente jamás pueda volver a entrar allí.

Y ahora me encuentro en su habitación de hotel, cual prostituta por hora, con una calentura que vuelo y mi instinto de supervivencia en alerta máxima, gritándome al oído que salga de allí cuanto antes.

Se quita su camisa mientras camina peligrosamente hacia donde me encuentro. Su mirada recorre todo mi cuerpo, y mientras con parsimonia se desviste, no detiene su acecho. Su porte intimida, su andar denota seguridad y todo su ser grita *“yo soy el jefe”*

«Estoy en el horno»

Un paso, otro paso... otro y otro, hasta que mi culo choca contra el ventanal de cristal.

Y lo veo venir... solo le toma dos pasos encontrarse pegado a mi cuerpo... su aliento a milímetros de mí, y su mirada clavada en mis ojos dicen *“eres mía”*

Jamás pidió permiso, solo tomó mi boca con la suya. Primero lento, deslizando su lengua en mi labio inferior, y luego con fuerza, exigiendo... reclamando todo como propio.

Soy lanzada en medio de la gran cama. Caigo en ella y el Diablo se desliza sobre mi... con cautela y seguridad, como un gran felino sobre su asustada presa, primero una rodilla a un lado de mi pierna derecha, y luego la otra en medio de mis piernas.

Tiene su cuerpo marcado a la perfección, hombros delineados y abdominales cual tableta de chocolate, uno de sus brazos posee varios tatuajes con diseños maoríes. El botón de su jean desprendido permite asomar el elástico de su bóxer color blanco Hugo Boss.

Y así... de rodillas como se encuentra, sin miramientos a mi pudor, o algún tipo de reparo en mantener alguna práctica de higiene... eleva una de mis piernas por sobre su hombro... mi zapato de tacón queda rodeando su nuca.

—Tengo que probarte —susurra mientras veo su cara desaparecer entre mis muslos y por sobre mi arrollada minifalda negra.

—Pero... pero yo no... —intento alegar, cuando con sus dedos desliza mi tanga a un lado y su lengua comienza a saborearme.

A pesar de la exquisita sensación, no puedo evitar pensar que hace un minuto, él mismo arremetió contra esa zona, que su semen se desbordó en ella y ni siquiera pude tomar una ducha.

Pero parece no importarle, succiona mi clítoris de tal forma que me coloca al borde del precipicio nuevamente. Con su mano sujeta contra el colchón a mi inquieta pierna que por todos los medios intenta cerrarse. Me encuentro a su merced, expuesta a su boca y a toda su voluntad. No puedo más... solo puedo sujetar el cubre que se encuentra debajo de mí y disfrutar.

Sé que solo será un momento, solo sexo carnal y ocasional, algo a lo que estoy acostumbrada, pero que prometí no hacer más... pero bien vale la pena disfrutar de este adonis al menos una vez.

Un fuerte orgasmo arremete contra mí, me sacude y no puedo mantenerme quieta, por lo que aprieta con más fuerza la pierna que cruza su hombro, impidiendo que pueda salirme. Mi espalda se arquea, y por un momento pierdo la noción de dónde y con quién me encuentro.

Todo es pasión, y sensaciones prohibidas. Pero no puedo terminar de recuperarme de ese fuerte cosquilleo cuando lo siento caer sobre mí.

Está totalmente desnudo. No sé cuándo sucedió, pero lo seguro es que ahora tengo toda su hombría sobre mí... a punto de penetrarme. Aproxima su cara a la mía, deja un pequeño y casto beso en mis labios y susurra...

—Deliciosa.

Se pone de rodillas, una de mis piernas a cada lado de su cadera. Aun me encuentro vestida, por lo que arremanga aún más mi falda, toma el elástico de mi tanga con ambas manos y lo rompe. Sin nada que se interponga, lo veo tomar un condón, abrirlo con los dientes y colocarlo sobre su gran longitud. Levanta mi trasero con sus manos, una en cada una de mis nalgas, me eleva del colchón y de una fuerte estocada me penetra.

Grito.

Grito por la sorpresa y por el dolor... llega al fondo de mi cuerpo, y lentamente sale, para arremeter con fuerza y lujuria hasta el fondo nuevamente. No da tregua... es despiadado en sus movimientos, una tras otras sus embestidas aumentan de intensidad hasta que con descaros y sin previo aviso acaba.

Es decir, termina sin consideración de mí.

«Hijo de puta» pienso.

—¿De veras?... de veras eres tan cabrón de terminar de esta forma.

—Estuvo genial, gracias —responde, poniéndose de pie y quitándose el condón.

—¿Gracias?... ¡gracias!

Gira y entra al baño. Casi al instante escucho el sonido del agua de la ducha correr.

Estoy tan furiosa, que veo la opción de entrar al baño, encender el secador de cabellos y tirarlo dentro de la regadera. Pero como por el momento la prisión no me sienta bien. Solamente abro la puerta, y con ímpetu me mando puertas adentro... el descarado se encuentra debajo del agua... la mampara de la regadera es de cristal y apenas se encuentra empañada, por lo que puedo admirar toda su masculinidad en su máxima potencia.

—¡Sos un hijo de puta! —grito, al tiempo que el puto Diablo cierra la regadera y sale envolviendo su cintura con una pequeña toalla.

Estoy indignada, me siento usada, soy una estúpida ingenua.

—La pasamos bien —comenta.

Me rodea, sale del baño y camina hasta la puerta de entrada. Y aguardando con ella abierta, da la estocada final... —en verdad estoy muy cansado. Te llamaré. Gracias por todo Letitia.

«¿Gracias por todo?»

Antes que las lágrimas comiencen a salir, y quedar como una niña llorona, ajusto mi falda y sin tanga como me encuentro, salgo del infierno en el cual por voluntad propia entré.

Permanece en el umbral de la puerta. Con una mano sujeta el nudo de la toalla y con la otra la puerta. Mientras camino al ascensor noto que me observa, por tal motivo aprovecho a “despedirme” sé bien que uno es preso de sus palabras... y que en ocasiones estas duelen más que una bofetada.

—Espero de corazón jamás volver a verte... y deseo que algún día la vida te regale una hija, para que un estúpido como tú le falte el respeto como lo acabas de hacer conmigo y sufras en carne propia tu mierda Diablo.

El ascensor se abrió y me juré no derramar una lagrima por él, dejando el mal paso que acabo de dar, enterrado en la parte de mi cerebro a la que llamo el baúl de las estupideces.



Capítulo 6

Cuarenta y dos días más tarde...

—Yo te llamo amor. Adiós.

Cuelgo y dejo el celular sobre mi escritorio. Miro para afuera, pese a que estamos en setiembre y hoy comienza la primavera, el día se encuentra gris y lluvioso. La Ciudad Vieja se sumerge en una espesa y triste melancolía. Al ser un lugar histórico, con edificios de cientos de años es un tanto tristón.

Estos días me hacen extrañar a mi vieja más que nunca. Era un clásico que nos viéramos a la tarde para tomar el café con leche con medias lunas caseras de mamá... la vieja cocinaba como los reyes... eso ya ni se ve en las mujeres de ahora. Con suerte logro que Sofía meta una carne al horno con papas o desde que fue madre, aprendiera a preparar pastas y puré de zapallo.

¿Dónde quedaron las mujeres de antes? Vicky es la excepción a la regla... ¡cocina de maravillas! Tanto ella como el tío Mario son personas dignas de mi admiración, en un rato y con lo que tengan en el refrigerador, son capaces de preparar un platillo con “olor a hogar”.

«Suertudo el tío Federico de haber conocido a Victoria» Creo que, si él no lo hubiese hecho, yo me habría casado con ella.

—¿Pilar otra vez? —pregunta la sanguijuela de mi abogado.

—Otra vez... ¿puedes creer?, desde que me vio en el diario, se volvió a enamorarse de mí...

—Zorra —comenta Pablo, mi mejor amigo desde la infancia. Fue una suerte encontrarnos en la capital cuando nos mudamos para aquí. Hijo de unos famosos productores de vinos del departamento de Colonia, jamás hizo hincapié en su dinero ni posición social. Le gustaba jugar a las canicas con nosotros en la acera y de noche armar un partido de fútbol en medio de la calle, descalzos y con la pelota deshilachada. Su familia

tenía cientos de hectáreas con plantaciones de viñas y cientos de empleados que se encargaban de ellas, pues así y todo Pablito... como lo llamábamos de niños, andaba a caballo, sin camiseta y con gorro de gaucho trabajando al rayo del sol... «Personaje “el Pablo”»

—Sí, es terrible Pilarcita... no sabe lavar los platos, ¡pero coge tan bien! —reímos y chocamos nuestras tazas de café a modo de brindis.

Golpean y abren la puerta todo a la vez. Como no podía ser de otra forma, entra Serena... mi mejor amiga y asistente.

—Juani... si no necesitás nada más me voy a casa. Estoy cansada y Adrián está con dolor de cabeza, quiere que de pasada le compre calmantes y agua tónica.

—Tu novio es un manipulador de mierda —suelta Pablo, sin siquiera levantar la mirada de su notebook.

—Que te den idiota —responde Serena.

—¡Chicos! Por favor... —intento mediar, pero de poco sirve mi intervención.

Pablo se pone de pie y camina hasta donde se encuentra Serena. Y de un manotón mueve el cuello de la blusa de ella a un lado. Salto de mi silla para interceder, ¿este hombre se volvió loco?

—¡Pablo! —grito. Pero lo que veo me deja mudo. Un gélido recuerdo recorre mi columna, y el peso del pasado presiona mi pecho.

—¿Qué son esas marcas Serena? —interroga mi amigo. Ella de forma brusca retira su mano y reacomoda la prenda de vestir.

—Nada que te interese a vos Pablo —responde groseramente — Juan, si no me necesitás, me marchó.

Su tono de voz comienza a flaquear y la palidez de su rostro da miedo. Gira sobre sus talones y cuando se dispone a cruzar el umbral...

—¡Serena detente! —esa es la voz de mi padre, que seguramente...

al encontrarse en la oficina contigua a la mía, con una puerta divisoria, ha escuchado nuestra discusión.

—Manuel... eh, Manuel yo...

Mi viejo camina hasta situarse frente a ella. Mantiene gran cariño por esta mujer con la que compartió años de trabajo. Su porte sigue intimidando a quien se lo proponga, su espalda ancha y su altura hacen ver a Serena aún más pequeña e indefensa de lo que ya la veo.

—Me tengo que ir —responde ella finalmente y a punto de largar el llanto.

—Que descanses —. Responde mi padre para la sorpresa de todos. Ella me regala una pequeña sonrisa y se marcha ignorando por completo a Pablo.

Vuelvo a tomar asiento detrás de mi escritorio, furioso conmigo mismo, por ser tan idiota y no darme cuenta de todas las señales... el día que supuestamente se hizo un retoque en una ceja y le causó un gran moretón, el sinfín de cardenales en sus brazos, los que justificaba por su torpeza, y el terror a que su celular sonase y ella no escucharlo.

—Tenemos que estar atentos —comenta mi padre —y buscar toda la información sobre el banana éste.

—Yo me encargo —se ofrece mi amigo.

Mi viejo ríe.

—Siempre supe que de algo serías útil —Pablo abre las palmas de sus manos y eleva sus hombros con resignación, y luego acota...

—Siempre es bueno un abogado sanguijuela en la familia Manolete.

—¿Manolete? —repite mi padre —hace años que nadie me llama de esa forma... el finado turquito Habib lo hacia todo el tiempo.

—Que Dios lo tenga en la gloria —comentamos los tres al mismo

tiempo, y pese a lo emotivo del tema, no podemos evitar reír por la casualidad.

Mi celular suena y veo un número desconocido en la pantalla. Dudo si atender o no. No me gustan las sorpresas, y si no lo tengo agendado, seguramente poco me importe hablar con quien carajo sea que llame.

Pero creo que el tema de Serena me dejó con las defensas bajas, por lo que atiendo la llamada.

—Diga.

Una voz de mujer saluda al otro lado de la línea, presentándose como Silvana, una de las aeromozas de mi viaje a Nueva York del mes pasado.

No ubico quién es exactamente, solo sé... que no es la gitana con la que mantuvimos nuestro “touch and go” porque de ella recuerdo perfectamente su nombre... «Letitia» también su cuerpo y su furia cuando le pedí que se retirara de mi habitación.

Aún no sé por qué lo hice.

Era hermosa, sexy, con carácter y lo estábamos pasando bien... ¡muy bien!

Pero igual la saqué de raíz de mi vida. Como una vendita, sacarla rápido para que duela menos... ¿Miedo al amor? ¿Será eso?

Aunque ese encuentro, lejos está de llamarse “amor” ... puede que tenga miedo a un compromiso, seguramente para evitar sufrir, pienso.

—Dos cosas señorita... eh hh Silvana...

—Silvana —me corrige.

—Silvana —ratifico —la primera, no entiendo cómo consiguió mi número telefónico, y la segunda, no entiendo el motivo de su llamada... sepa usted que soy un hombre sumamente ocupado, por lo que agradeceré

sea breve y concisa en su moción.

—Entiendo que sea un hombre sumamente ocupado caballero, y lo bueno es que puedo comprobar lo que Letitia me ha dicho sobre usted... que es un imbécil y que el mundo estará mucho mejor sin su descendencia. Anote esta dirección por favor, y si desea preséntese cuanto antes, pasada una hora ya será tarde.

Antes que pueda decir nada, cuelga la llamada.

Mi padre y mi amigo me observan.

Creo que estoy un poco pálido porque mi viejo me pregunta si estoy bien.

La llamada me dejó un tanto perdido... tengo en la mano un trozo de papel con una dirección, que se encuentra a pocas cuadras de mi oficina y una sensación en el pecho que podría llamarse angustia.

«¿Pero qué mierda?»

—Estoy bien viejo... era “una amiga”, ¿tú me entiendes?

Mi padre sonrío, y tras palmear mi espalda sale de la oficina.

—¡Nos vemos mañana hijo! Y tú que descanses ¡sanguijuela!

—Chau Manolete —. Grita Pablo con un sonoro tono amanerado.

Miro mi reloj y veo que son las cuatro de la tarde. —¡Vamos! — ordeno a mi amigo y este automáticamente se pone de pie.

Algo me dice que tengo que ir... ¡y pronto!

Caminamos un par de cuadras hasta el estacionamiento y lo que veo me congela la sangre, derriba mis defensas y hace que un sinfín de hipótesis invadan mi mente.

Sobre el parabrisas de mi coche, una mariposa blanca abre y cierra sus alas.

«¿Viejita sos vos?»

¿Qué me querés decir mamá?... en eso la frágil mariposa eleva vuelo y pasando sobre nosotros se aleja.

Las probabilidades de que, en un estacionamiento subterráneo, un día de lluvia, aparezca una mariposa blanca son pocas. Por lo que algo me dice que no es una simple casualidad.

«Date prisa hijo» La voz de mi madre aparece en mi cabeza.

¿Prisa de qué? no entiendo que está pasando.

Pablo nota mi desconcierto... y como buen amigo que es, solo acompaña... no hace preguntas ni cuestiona mi extraño comportamiento. Solamente abre su boca en una ocasión...

—¡Manejo yo! —ordena... y yo obedezco, no me encuentro con la energía para discutir. Extiendo la llave del auto y subo del lado del acompañante.



Llevo llorando desde hace una semana.

No entiendo cómo me pudo haber pasado esto.

Estoy segura que es lo mejor que puedo hacer. No tengo muchas alternativas... sé que es injusto decidir arbitrariamente sobre él o ella, pero dada la vida que llevo, apenas puedo hacerme cargo de mí.

«Perdón bebé... de veras te pido perdón pequeño. Pero no estabas en los planes»

Pronto pasará... pronto pasará, repito una y otra vez. El vacío es enorme, mi cuerpo fértil y mi alma árida como un desierto. Silvana mi amiga se encuentra furiosa conmigo, no puede creer que vaya a cometer semejante boicot a mis propios ideales... “*sos grande Letitia... si hiciste una locura, hacete cargo de ella amiga*” fue lo último que me dijo, antes de salir a la calle por un café.

Soy la siguiente para ser atendida. No puedo parar de llorar, y de imaginar la cara que tendría mi madre si me viera ejecutar este acto.

«¡Perdón mami!»

—¿Letitia Closter? —escucho mi nombre y me pongo de pie lentamente. Pronto todo acabará y solo quedará el mal recuerdo. Es lo mejor que puedo hacer.

Una amigable enfermera me hace pasar a un consultorio donde una joven ginecóloga me recibe. Tras un pequeño cuestionario, sobre mi edad, grupo sanguíneo, enfermedades como la diabetes o problemas de coagulación, me pregunta, si en verdad estoy decidida.

Mi respuesta no se hizo esperar...

—No. Pero no tengo alternativas.

Ingresamos a una antesala, me coloco la pequeña túnica, unos zapatones y la cofia que me entrega la enfermera, luego paso a la sala.

Siento escalofríos, solo de ver la camilla con los estribos. Subo, me recuesto en ella y sitúo cada una de mis piernas en ellos. En uno de mis brazos un aparato mide mi presión arterial en un monitor, y un dispositivo en mi dedo índice marca mis pulsaciones.

La ginecóloga ingresa con vestimenta apropiada de quirófano y tras cepillarse por unos minutos sus manos con algún jabón antiséptico, le colocan guantes y camina hasta ubicarse en medio de mis piernas.

Un hombre sentado en la cabecera, se presenta como anestesista y me informa que lentamente cuente del número 10 para atrás...

—¿Lista? —pregunta —contemos, 10... 9... 8... —comienza a repetir conmigo, pero antes que me duerma, un fuerte sonido capta la atención de todo el equipo médico... la puerta vaivén se abre de golpe y el Diablo entra dando grandes zancadas, detrás suyo otro caballero vistiendo también traje ingresa y finalmente Morfeo me lleva... sumergiéndome en un profundo sueño.

Escucho voces, pero mi cuerpo no obedece.

—¡Repito... si usted no es el esposo, no tiene la autoridad para ello!

—¡Yo le repito a usted!, tanto mi abogado como yo, seremos implacables con esta clínica si no hace lo que le ordeno.

—Ella firmó los consentimientos.

—¡Una mierda los consentimientos!... si algo le sucede a mi bebé, usted será la responsable y llegaré hasta las últimas consecuencias.

—Lo que mi cliente quiere decir estimada doctora, es que, si le realizan el aborto a su prometida, averiguaremos, preguntaremos, hurgaremos... hasta dar con algo turbio, lo cual no nos llevará más de un día encontrar, entonces ahí... cerraremos esta mierda de clínica y la meteremos a usted a prisión. ¿Entendió?

—En cuanto despierte, podrá llevarla a casa. No creo que el efecto de la anestesia dure mucho tiempo más. Y en nombre de nuestra clínica le pedimos disculpas señor.

—¿Y la criatura?... ¿qué efecto puede haber causado la anestesia en el bebé?

—Eso lo tendrá que hablar con un neonatólogo, como verá... ese terreno es desconocido para nosotros.

Percibo todo, pero no puedo moverme. Quiero gritar y decir que estoy aquí... quiero, pero no lo logro. Nuevamente entro en la nebulosa y dejo de escuchar cualesquiera de los sonidos que me rodean.



Capítulo 7

Miro el espejo retrovisor otra vez, y veo a la pequeña mujer dormir en el asiento trasero de mi coche.

Son poco más de las cinco de la tarde, y vamos rumbo a mi casa. La lluvia no cesa y los limpiaparabrisas producen el único sonido que se escucha dentro del coche.

La presión de mi pecho ha disminuido, pero ahora ésta se cambió a preocupación... a preguntas sin respuestas e incertidumbres sobre el futuro.

Pablo se mantiene en silencio, conoce mis demonios y sabe que es mejor mantenerse a un paso de distancia cuando ellos despiertan.

Por lo que pude hablar con la tal Silvana, que fue quién me alertó sobre esta locura, Letitia tenía un retraso de veinte días cuando se hizo el test de embarazo y este dio positivo. Al ser yo... la única persona con la que mantuvo relaciones sexuales, supo al instante que el niño era mío. Solo que se adjudicó el derecho divino de decidir por los dos.

Sé que solamente nos vimos dos veces, y que ninguna de las dos fue en los mejores términos, pero el niño es tan mío como suyo. Y no acepto... me niego a pensar en que le quitara su pequeña vida de esta forma.

Llegamos a mi departamento, que se encuentra edificio por medio del de mi padre. Estaciono en el subsuelo, apago el motor y cierro los ojos mientras pienso. Necesito una mujer, necesito a Sofía... ella sabrá que hacer. Si bien su amiga viene conduciendo su propio coche tras de mí... preciso a alguien de mi lado, para que me oriente en este complicado momento.

Abro la puerta trasera en el instante que ella comienza abrir pesadamente sus ojos, se la ve desorientada. Con el apuro por sacarla de la clínica, solamente le coloqué el saco de mi traje y envolví sus piernas en una manta.

Nadie se atrevió a decirme nada. Todos se mantuvieron a un lado cuando la cargué en brazos hasta mi coche, incluso la propia directora de la institución fue quien me ayudó a ubicar cómodamente a Letitia en el asiento trasero.

—Hola —saludo lentamente observando sus ojos. Se la ve desorientada. Retiro un fino mechón de cabello que cae por delante de su rostro y lo que veo me aterroriza por completo.

«Es hermosa»



Abro los ojos y no sé dónde estoy.

Me encuentro acostada en una enorme, desconocida y cómoda cama con sábanas de seda color gris. Mi estómago sigue revuelto. Lentamente comienzo a incorporarme y me recuesto en unos almohadones, intentando controlar el malestar. A mi lado... en la elegante mesita de noche, encuentro un vaso de agua con cubos de hielo, estiro mi mano, lo tomo y doy un largo trago. El frío neutraliza la sensación de náuseas, por esa misma razón lo término de una sola vez.

—Pequeños sorbos, dijo el anestesista —escucho proveniente de un extremo de la habitación.

La voz de hombre que me habló me es familiar.

«Muy familiar»

—¿Dónde estoy? —pregunto.

—En mi casa.

—¿Por qué?

—Porque sí.

—Eso no es una respuesta —expreso, sorprendiéndome a mí misma por mi coraje.

En ese momento el sujeto se pone de pie. Entre las sombras del dormitorio solo puedo distinguir su altura y gran porte.

Camina lentamente con ambas manos dentro de los bolsillos de su pantalón, tiene tres botones de su camisa desprendidos y una expresión en el rostro que denota cansancio. A medida que se acerca, a la luz del velador puedo ver su hermosa fisonomía en detalle.

—¡Eres tú! —susurro.

—Sí, soy yo.

Llega hasta donde me encuentro y me asusta cuando se inclina, quedando en cuclillas a mi lado. Tomo la sábana y la estiro sobre mi pecho, tapándome, intentando formar un escudo a las palabras que estoy por recibir.

—Tenemos que hablar —ordena finalmente.



Se pone nerviosa cuando me aproximo. ¿Tiene miedo... o será culpa?

Aún se encuentra desorientada a causa de la anestesia, pero por lo que pude indagar con el esposo del tío de Victoria, debe beber pequeños sorbos de agua y a medida que el organismo vaya eliminando el fármaco, ya quedará fuera de su cuerpo y por ende del de mi hijo.

Aún me cuesta pensar en mí como padre, porque seamos sinceros... ¡amo la independencia! Soy hogareño, un tipo muy unido a mi familia, siempre soñé con casarme y tener unos cuantos niños, pero no ahora... y no de esta forma.

De raíz Juan Ignacio, como siempre te enseñaron de chiquito... los problemas hay que afrontarlos de raíz y luego ver las posibles soluciones.

En este caso lo primero es confirmar mi paternidad, lo segundo asegurar su negativa a tener la criatura y la tercer y peor parte de todas...

«Mi propuesta»

Me encuentro en cuclillas a un lado de la cama. Su rostro es perfecto, y puedo imaginar que el bebé que tendremos será hermoso. Tiene un pequeño lunar en el mentón que distrae mi atención por completo. Intento ajustar mis pensamientos, ya que la idea no es fijarme en la belleza de su rostro.

Me pongo de pie, y aproximo un pequeño sillón de cuero negro que hay a un lado de la cama, tomo asiento en él y cruzo mi pie derecho, por sobre mi rodilla izquierda. Inclino mi peso sobre el apoya brazos y rasco mi barbilla.

—¿De qué quieres hablar? —finalmente responde en un apenas audible susurro.

—Quiero hablar del pequeño niño a quien casi le arrebataste la vida.

—No puedes llamarle niño aún... mide lo que un garbanzo y si no hubieras interrumpido mi voluntad, en este momento estaríamos con un

problema menos.

—¿Problema? —el crujido que produce el cuero bajo mis manos la hace palidecer. Clavo mi ira al sillón, sujetándome con fuerzas para no romper todo lo que me rodea —¿tu voluntad?... ¿no crees que eso debe ir de la mano de la mía? ¿O acaso eres una maldita y estúpida hermafrodita, que se puede auto reproducir a su antojo? —gruño entre dientes, con mis ojos clavados en los suyos al tiempo que golpeo con fuerza la mesa de noche. Ella suelta un pequeño grito y comienza a llorar.

«Mereces llorar... mereces eso y mucho más, basura»

Acto seguido, baja sus piernas de la cama y para mi asombro se pone de pie.

—Me voy —informa.

Igualo su gesto poniéndome de pie también.

Con mi altura, debe mirar arriba para ver mi rostro. Tomo sin delicadeza su mentón y susurro letalmente mi dictamen:

—Nadie va a ir a ningún lado... de ahora en adelante seré YO quién te diga que tan alto saltar —extiendo mi brazo y entrego una bolsa con dos test caseros de embarazo —ese es el baño —señalo con mi dedo... —deja la puerta abierta mientras los realizas, y quiero ser yo quien lea el resultado... ¿entendido?

—Pero...

—¡Pero nada mujer! —Grito —al baño ¡ya!

Da un salto atrás impulsada por mi alarido. Duda, pero accede.

«Eres buena aprendiz gitana» es bueno saber cuándo tirar la toalla en el ring.

Con la cara bañada en lágrimas, toma la pequeña bolsa de papel e ingresa al baño.

La sigo de cerca. No confío en ella. Entra y cuando intenta cerrar la puerta, con mi mano lo impido...

—Dije... con la puerta abierta —informo nuevamente con voz firme y pausada.

—No puedo orinar si “alguien” está escuchando. Necesito privacidad.

Sonrío de lado... «Ridícula»

—Me resulta extraño... ¡que no sintieras pudor cuando te dejaste coger por este “alguien” en un baño público... y de la noche a la mañana te conviertas en una dulce damita!... ¿No crees?

—¡Grosero! —responde.

Cruzo mis brazos y aguardo de pie. Escucho el sonido cuando abre los envoltorios, y de cuando orina.

Pasan unos cuantos minutos los que se me hacen eternos, hasta que finalmente susurra.

—Puedes entrar.

Ingreso.

La encuentro sentada sobre la tapa del retrete, con la cara escondida debajo de sus manos.

Me hubiera gustado sentir ternura o algún tipo de efecto, pero no puedo sentir otra cosa que rechazo, aversión y asco por ella. Camino hasta la mesada, donde se encuentra el lavamanos y junto a éste los dos test.

«Ojalá fueran negativos y que esto solo fuese un mal sueño» ... ¡pero no!

Los observo.

Primero uno y luego al otro. Hasta que finalmente suelto...

—Positivo Letitia, estás embarazada. Hablemos de una buena vez.

—¡No puedo tener a este bebé!... ¡Y tú no puedes obligarme! — comenta entre lágrimas — soy azafata, mi vida es en el aire, apenas me hago cargo de mí y bastante dejo que desear con esa tarea. Un niño no está en mis planes, ni ahora ni nunca.

—No tendrás que ocuparte de él, yo lo quiero. Una vez que nazca, redactaremos un documento donde dejarás en claro, tu voluntad para pasar de la patria potestad. No tendrás que responder por él o ella ni personal ni económicamente.

—¡No quiero pasar por esto! No quiero estar embarazada... ¡quiero mi vida de antes! —pronuncia entre sollozos.

—Es tarde para eso.

—Si la aerolínea para la que trabajo se entera de mi embarazo no me dejará volar hasta finalizado el mismo. Y la mitad de mi sueldo consta de comisiones por volar. Lo vea por donde lo vea, esto no puede ser Juan Ignacio.

—Me gusta cómo suena mi nombre pronunciado por ti.

—Ok —. Responde suavemente descolocada por lo bipolar de mi comportamiento.

—Puedo prometerte, que no te faltará nada mientras estés embarazada. Me haré cargo de todos tus gastos hasta el momento del parto. ¿Tienes hambre? ¿Puedo prepararte algo?

—No gracias. No tengo hambre. ¿Silvana?... ¿mi amiga dónde está?

—Se acaba de marchar —. Me pongo de pie para marcharme del lugar —te dejaré para que descanses.

Un segundo antes de abandonar la habitación, siento que tengo que asegurarme de algo.

—Letitia.

—¿Si?

—¿Puedo confiar en ti? — ella deja caer su cabeza delante, y su rubio cabello cae delante de su cara, y libera el aire de sus pulmones. Parece mantener una lucha interna, hasta que finalmente responde...

—Sí. Puedes confiar en mí.

—Que descanses —pronuncio antes de salir de la habitación... «De mi habitación»

Cuarto de invitados, ¡allá voy!



Ya se distingue la claridad de la mañana, cuando un pequeño sonido me despierta.

Nuevamente me cuesta saber dónde estoy, pero prácticamente al instante recuerdo todo...: la noche de pasión en Nueva York, la intervención del Diablo en la clínica, su inesperada revelación sobre querer criar al niño solo.

Mi cabeza está hecha un manojo de emociones. No tengo nada claro, y no estoy segura de qué es lo que quiero hacer. Solo hay algo seguro y eso es... que la vida sigue. Tengo que llegar a mi casa, tomar una ducha, cambiarme de ropa e ir a trabajar.

Camino lentamente hasta el baño con mis conocidas náuseas matutinas... deseo que estos síntomas me abandonen cuanto antes. Odio vomitar y esta molestia es verdaderamente pesada.

En un acto reflejo apoyo la mano sobre mi pequeña tripita y por primera vez en estos veinte y tantos de días que llevo embarazada, le hablo al bebé... ¿Quién está ahí dentro? Pregunto mirando la zona y casi me caigo del susto, cuando la voz de Juan Ignacio sale desde dentro del baño.

—¿Me hablas a mí? —grita para hacerse oír.

—Ehhh... sí, quería entrar al baño y preferí preguntar —. Pero... ¿por qué miento?

La puerta se abre, y una oleada de vapor con olor a hombre sale junto a él.

Juan Ignacio abandona el lugar, duchado, recién afeitado y con una toalla amarrada sobre la cintura.

«¡Comestible!» grita mi cerebro. Se encuentra de lo más apetecible, muero de ganas de meter mi cara en su cuello para saber a qué huele, tal vez deslizar mi lengua por su clavícula y lamer el sin fin de gotitas que dejó sin secar de la reciente ducha, quizás también morder el lóbulo de su oreja... en fin, toda una clase de anatomía para mis ratones.

Lástima que lo odio... y que dudo algún día pueda sentir alguna emoción diferente por este hombre. Es arbitrario, es dominante, hosco y egoísta, cualidades que nunca... ¡nunca! estarán en mi lista de deseos en el carácter de un futuro novio.

Como una idiota, solamente quedo muda, este hombre es... ¡admirable! Tiene el rostro más perfecto que jamás vi, su altura y espalda ancha hacen que me vea pequeña a su lado.

Con pesar, pienso que el niño que llevo en mis entrañas será un precioso bebé, sin dudas y un vacío en el pecho me quita el aire.

Pero en ese instante, caigo en la cuenta de lo que estoy vistiendo... no sé ni dónde, ni cuándo, ni de qué modo me vistieron, con un pequeño camisolín de seda color coral. Es corto y de lo más sensual, apenas puede cubrir mis pechos, los que ya han aumentado de tamaño considerablemente, y ni hablemos de mi trasero y el escaso largo del mismo.

Instintivamente cubro disimuladamente mis tetas con mis manos, y susurro...

—¿Tú me vestiste con esta ropa?

El bastardo sonrío de lado, cruza sus brazos y descaradamente mira todo mi cuerpo.

—No. Fue mi madrastra quien te colocó ese camisolín —para finalmente rematar con un — ¡por desgracia!

—¿Por desgracia? —repito. ¿Qué por desgracia no fue el quien me desvistió? No entiendo a qué se refiere... y comienzo a tener temor de encontrarme en esta casa. ¿Su madrastra me colocó un diminuto baby doll de lencería sexy? Que yo sepa las viejas no tienen este tipo de atuendo... y seguramente, si la madrastra fuera una mujer respetable ahora estaría vistiendo un largo camisón de franela, con mangas largas, decorado con florcitas y puntilla en el cuello.

¿Tendrán una red de trata de blancas? ¿El Diablo llevará a casa con

frecuencia a mujeres en condiciones críticas y la esposa de su padre se las servirá en bandeja?

«Tengo que salir ya mismo de este lugar»

—Necesito mi ropa ahora —. Solicito.

—Tú necesitas desayunar —. Responde autoritariamente, ignorando mi pedido y rozando mi brazo con el suyo, claramente de forma intencional al salir del baño.

Camina hasta la gran cama... la que ocupé hasta hace unos minutos, y descaradamente de espaldas a mí, retira la pequeña toalla que se encontraba sujeta a su cintura.

El culo que veo es maravilloso... es de lo mejor que he visto en la vida, tanto real o por cualquier medio de prensa. Sus perfectos glúteos y espalda en V quedan delante de mis ojos, sin ningún tipo de miramientos a mi pobre corazón.

Claramente se vislumbran horas de trabajo en el gimnasio... porque seamos sinceros... ¡un cuerpo así solo se consigue de esa forma!

Sabe perfectamente el efecto devastador que está causando en mí... y le importa una mierda. Con soltura camina hasta una gran cómoda, busca un bóxer color negro... se lo coloca y con parsimonia ingresa en lo que parece un vestidor.

Aprovecho esos divinos segundos de tregua para entrar al baño. Pongo el pasador y descanso mi peso en la puerta. Por extraño que suene, mi corazón late desbocado y un fuerte calor inunda mi entrepierna...

«¡Calentona de mierda!» me grito a mí misma.

Pensemos Letitia... pensemos. Uno, necesito mi bolso, en el tengo mi celular, documentos y dinero. Dos tengo que vestirme, miro a mi alrededor intentando dar con algo que pueda usar... pero no logro ver nada, solamente una bata de tela de toalla negra, unos cuantos talles más grandes.

«Peor es nada» pienso mientras la anudo fuertemente a mi cuerpo.

Salgo decidida a exigir mi ropa y un taxi. Me iré de este lugar sea como sea... no me inspira confianza y comienzo a temer por mi vida.

Abro la canilla de la piletta para producir sonido de que alguien se encuentra dentro... y salgo sigilosamente.

El Diablo aún continúa en el vestidor.

Abro la puerta del dormitorio, rezando no encontrarme con la malvada madrastra, a quien imagino como una vieja ricachona, estirada, con largas uñas pintadas de carmín y varias cirugías plásticas encima...

¡O peor!... quizás me tope con un mayordomo, que conoce a la perfección los negocios sucios de su “amo” e intentará retenerme.

Llego hasta la sala con el corazón a mil... creo que Dios escuchó mi rezo, porque al instante distingo mi abrigo Burberry colgado de un gancho y mi gran bolso rojo Prune, junto a él. Fuera bata y me coloco el mismo, de esta forma no se distingue lo que hay debajo de él... sea camisón o vestido, el largo de mi abrigo lo cubre... solo un pequeño inconveniente... ¡no tengo zapatos!

Lentamente, abro una de las puertas de un placard de pared que hay en el pasillo que lleva a lo que parece la puerta principal, éste tiene varias puertas de color blanco, las que se camuflan con el color de las paredes.

Abro la primera y dentro veo paraguas, sobretodos de hombre y algunos artículos de ejercicio, como mancuernas y elásticos... ¡claramente ese cuerpito no nació así! Continúo abriendo una y otra puerta hasta que en una de ellas... ¡bingo! El cuartito de la limpieza y en una percha cuelga pulcramente una túnica... seguramente de la señora de la limpieza y debajo unas zapatillas Crocs color blanco... las miro y ellas me miran, sé que no combinan para nada, pero son de mi talla y la única opción... así que no molestes Letitia y ponéte las ¡ya! Grita mi cerebro.

Lo hago, luego tomo mi bolso... y para mi sorpresa la llave de entrada cuelga de la cerradura de la puerta. Abro, salgo al pasillo y luego

cierro con tranca... supongo que eso me dará más tiempo para poder escapar y alejarme.

En la entrada del edificio un guardia de seguridad observa un sinfín de cámaras de seguridad. Camino con decisión evitando que note mi nerviosismo, paso a su lado y le doy los buenos días, él me responde cordialmente y continúa con su vigilancia.

Pero cuando estoy abriendo la puerta de cristal, que finalmente me llevará a la libertad, el teléfono de la recepción suena, el sujeto responde y mi corazón se paraliza cuando escucho.

“En este momento está saliendo del edificio jefe”

¿Jefe?

Listo... ¡a correr!

Eso es lo que necesitaba para ponerme a correr, por suerte el universo se encuentra de mi lado y en la puerta del edificio un taxi está a punto de quedar libre. Una viejecita intenta bajar del mismo con dificultad... la ayudo, extendiendo mi mano con una sonrisa evitando mostrar mi pánico.

En ese momento el guardia de seguridad abre la puerta, sale y me llama...

—Señorita, ¡deténgase por favor!

Por suerte logro tomar asiento en el coche justo cuando el hombre de mis pesadillas sale corriendo del gran edificio. Y a la voz de —Por favor arranque y dese prisa, necesito su ayuda—. Pude alejarme de ese lugar, cuando un gran alarido del Diablo retumbaba...

—¡Letitia!

—¿Estás bien? —pregunta el conductor del taxi.

—La verdad es que... no —logro balbucear antes de ponerme a llorar.

—¿Decime dónde te llevo?... no te preocupes, no te va a pasar nada mientras estés conmigo —. Comenta mirándome por el espejo retrovisor. Es joven, tiene ojos café y su cara me inspira confianza.

Asiento con la cabeza, mientras no puedo parar de llorar, las palabras no me salen. Mi cabeza son todas preguntas y ninguna respuesta, no sé qué va a pasar conmigo o con el bebé, temo por nosotros, le temo al hombre con el que creamos a este niño y la culpa me carcome desde lo más profundo de mí ser.

Una vez en mi departamento, tomo una ducha, voy a la cocina por un café, pero cuando estoy frente a la máquina cambio de opinión.

Abro la heladera y busco un yogurt, tomo una caja de granola, mezclo una porción de cada uno y lo como con ganas.

Uniforme, tacones y perfume me dan la sensación de cotidianidad que necesito. Son las 12 del mediodía y si no me apuro llegaré tarde, hoy mi vuelo sale a las 13.30 con destino a San Francisco, re-acomodo algunas cosas de mi maleta y marcho al aeropuerto.

Al llegar marco mi ingreso y soy detenida por Gladys, una de las administrativas de personal. —Closter... en cuanto pueda pase por personal por favor.

Me resulta extraño que tenga que pasar por personal, justo antes de embarcar, pero bueno... tengo que cumplir y ver qué cuernos es lo que sucede.

«¡Ojalá sea un aumento de sueldo!... ojalá sea un aumento... un aumento»

Golpeo y aguardo fuera.

—Adelante —responde la extraña jefa de personal, quien nos hace acordar a la vieja monstruita de la película animada Monsters Inc.

—Permiso — pronuncio tímidamente al ingresar en la oficina y tomar asiento escritorio por medio frente a ella... —tú dirás jefa, ¿me has llamado por algo en particular?

—Efectivamente Closter... antes que nada, quiero felicitarte por tu embarazo, siempre es una bendición la llegada de un bebé, pero como sabrás... las políticas de la empresa son muy estrictas en ese sentido, una azafata embarazada no puede volar, hasta finalizado el mismo.

Hoy el director llamó personalmente para informar tu situación. Por lo que hemos decidido pasarte a tierra. De ahora en adelante estarás asistiendo en sala vip... y felicidades también por la boda querida.

«¿Boda?»

Atención a todas las neuronas... tenemos una emergencia, ¡esto no es un simulacro!... repito, no-es-un-simulacro.

«¿Boda? ¡Boda!... ¡hijo de puta!»

No respondo.

Simplemente me pongo de pie y salgo con una fingida sonrisa de la oficina de Cruela.

«Vaya papi que te tocó bebé»

Pasan dos días en los que no tengo noticias de él.

Silvana mi amiga intenta tranquilizarme, que económicamente estaremos bien... ella con sus comisiones más mi magro sueldo de asistente en el vip, nos dará el suficiente dinero para subsistir.

Por pedido mío nadie nombra al pequeño ser que está creciendo dentro de mí.

Nuestros amigos ignoran mi estado, por tal motivo Tote y Majo no

paran de hablar sobre mi cumpleaños y la pequeña reunión que planean hacer para celebrarlo. No tengo ni pizca de ganas de tener una fiesta en casa, pero como dije... la vida sigue, y soy de la idea de festejar cada año, sobre todo cuando Dios me regaló una segunda oportunidad aquel fortuito día.

—Yo preparo la torta —comenta Toté.

—¡No! —contestamos a coro la reina, Majo, German y yo... nuestra amiga es un sol de persona, estudia medicina y ama las plantas y el bricolaje, y ¡pero la cocina no es lo suyo!

—La torta la compro yo —declara Sil para nuestro alivio. El último pastel de cumpleaños que preparó Toté, poseía trozos de cascara de huevos y se olvidó de colocar el polvo de hornear, por lo que el bizcocho era compacto, seco y difícil de comer.

—Perfecto, cumpleañera te toca el plato principal... —declara German — yo prepararé mis tragos locos y tu sorpréndenos con alguno de tus deliciosos inventos —. Sonríó... generalmente mis preparaciones no tienen receta ni cantidades exactas, pero lo cierto es ¡que cocino bien!

—Ok... pensaré en algo chicos... ahora me voy, este cuerpito tiene hora para hacerse electrodos y masajes —guiño mi ojo, tomo mi bolso y salgo.

Afuera el calor de octubre comienza a pesar, es primavera, pero la mañana se encuentra sumamente húmeda.

Dejo atrás a mis amigos organizando la cena de mañana y camino un par de cuadras hasta el centro estético donde tengo paga una cuponera de masajes, ondas rusas y electrodos. ¡Adoro este lugar! Adoro relajarme en la camilla con un buen masaje, o leer mientras me enchufan los electrodos en las nalgas.

Llego poco más de las diez de la mañana y soy dirigida a un box donde por cuarenta y cinco minutos me derrito en las manos de esta chica con un masaje remodelador. Luego de eso, permanezco de ropa interior mientras me conectan los electrodos, donde el impulso eléctrico contrae y

afloja mis glúteos. Resultado: cola perfecta y apta para afrontar el verano en la playa, donde todos los años pasamos un tiempo con nuestra barra de amigos.

Luego de colocados los electrodos, la chica sale, dejándome sola ojeando las noticias con mi celular. Cuando de pronto un gran bullicio llega desde la recepción del lugar. La puerta de mi cubículo se abre y entra la joven que acaba de atenderme, seguida por Juan Ignacio, estoy boca abajo en la camilla y no me puedo sentarme hasta que no apaguen el equipo... por lo que mi intercambio de palabras «pelea» tiene que ser culo para arriba.

Antes de poder decir nada, recibo un incriminatorio...

—¿Qué cuernos estás haciendo Letitia? ¡Pensé que podía confiar en ti! —suelta con un alarido, lo que solo causa que la terapeuta se asuste y demore más en desconectarme del aparato.

—Disculpe señora... realmente no sabía que usted se encontraba embarazada, de lo contrario le hubiéramos alertado las contraindicaciones —. Susurra aterrada.

—¡Los voy a demandar a todos! —grita el Diablo, marcando su soberanía absoluta sea donde sea.

«¿Qué te crees?»

Libre de los cables a los que me hallaba conectada, me pongo de pie y lo enfrento.

—Con que derecho te presentas TÚ en mi vida —clavo mi dedo índice en su pecho —y me ordenas de esta forma ¡imbécil! —la chica sale disparada y cierra la puerta tras de sí.

Su mirada se gelifica.

Doy un paso atrás y luego otro, sin apartar mi mirada de la suya... parece no tener emociones, lentamente comienza a caminar en mi dirección. El lugar es pequeño y no le lleva tiempo encontrarse pegado a mi cuerpo.

A mi espalda la camilla bloquea mi huida. El Diablo lentamente sitúa sus manos en mis nalgas y con fuerza me levanta y sienta sobre ella. Cuando abro la boca para protestar, me silencia con un salvaje beso. Su lengua ingresa sin permiso en mi boca y la sensación de cosquilleo que siento es poderosa. Sujeta firme mi cabeza con una de sus manos y con la otra desprende mi sujetador. Mis pechos caen exuberantes ante su supremacía, tengo una mezcla de sensaciones... una, me siento sexy, deseada y excitada... y dos muero de vergüenza tener a un hombre tan imponente con los ojos clavados en mi desnudez.

Interrumpe el beso y aleja su cara para observarme...

—Eres hermosa Gitana... tu cuerpo está floreciendo —comenta al tiempo que contempla mis grandes pechos. Para mi sorpresa se coloca de rodillas, pienso cualquier cosa... mi mente viaja a los lugares más perversos de mi subconsciente... pero me equivoco.

Apoya su rostro sobre mi pequeño abdomen, primero su frente y luego sus labios, depositando un tierno beso sobre mi ombligo.

La puerta se abre y una de las encargadas asoma su cabeza, y al observar tan íntimo momento, rápidamente abandona el lugar.

Permanece en esa posición por un momento. Yo prácticamente ni respiro, jamás pensé que esto podría dañar al niño, sé que estoy obrando mal... no intencionalmente, sino por omisión que quizás sea peor que lo otro.

Pasado unos minutos parece salir del trance que se encuentra y se pone de pie. Acomoda su traje y tiende una mano ayudándome a bajar de la camilla.

—Vístete, nos vamos —ordena... y yo cumpla.

Sin hacer comentarios y bajo la atenta mirada de él, comienzo a colocarme la ropa... pantalón de yoga blanco, camiseta de bretel negra y zapatillas de ejercicio. Antes de salir me pilla tomando mi mano con la suya.

«¿Jamás dejarás de sorprenderme Diablo?»



Prácticamente corre para seguirme el paso.

Caminamos fuera de la clínica hasta mi auto, suelto su mano solamente para abrir la puerta del acompañante, y sin mediar palabras entiende a la perfección que tiene que subir.

Me gusta su tacto... piel suave y mano delicada, pero lo peor de todo es el olor que tiene... no solo el del perfume que usa, el cual me provoca una erección inmediata y me hace babear como perro faldero. ¡No! Hablo del olor a su piel... desprende algún tipo de feromona, que me deja loco de calentura, queriendo tenerla a mi lado siempre y desatando un instinto de macho controlador que desconocía tener.

«Mierda»

Ocupo mi lugar en el lado del conductor y antes de arrancar, descanso mi cabeza en el respaldo. Cierro los ojos... ¡me agota esta mujer! Siento que tengo que envolverla en plástico burbujita para que no cometa una cagada con nuestro bebé. ¡Joder! no puede ser tan tonta de no prever que la electricidad no le debe hacer bien al niño.

Sé que no lo quería y me deja bien en claro que sigue sin quererlo, pero no puedo estar como un poseso siguiéndola a todos lados, evitando que cometa cualquier tipo de negligencia. Por suerte el programa de rastreo que active en su celular mientras dormía funciona de maravillas y no solo me da las calles donde se encuentra, sino que en este caso... tenía hasta el nombre exacto del lugar.

Giro mi cabeza buscando su mirada con la mía. Me observa y veo culpa en su rostro.

¡Perfecto! Así debe ser... según Pablo tendríamos que hacerle firmar algún tipo de documento en el que asume su embarazo y se compromete a cuidar del mismo el tiempo que dure.

Pero no estoy de acuerdo con eso. Soy de la idea que se cazan más moscas con miel, que con vinagre.

—Letitia, esto no está funcionando.

La gitana abre grande sus ojos. Me distrae su lunar, y por un momento pierdo el hilo de lo que tengo planeado decir.

—¿Qué es lo que no está funcionando? —responde ella tímidamente.

—Necesito tenerte controlada, necesito saber que te alimentas bien, que cuidas de tu cuerpo, para poder estar tranquilo que mi hijo se desarrollará sin inconvenientes.

—¿Tu hijo?

—Sí. Mi hijo... si mal no recuerdo, fui yo quien te detuvo para que no lo quitaras de este mundo.

Se le llenan los ojos de lágrimas, pero no responde a mi crítica, solamente asiente en silencio con carita de niña que fue rezongada por uno de sus padres. Y yo... y yo soy tan boludo que muero de ganas de abrazarla, consolarla y decirle que todo va a estar bien.

¡Pero no! La verdad es que no merece misericordia, ni tampoco le mentiré diciendo que todo va a estar bien. La realidad es que una vez que nazca el bebé la quitaré de nuestras vidas.

Pongo el auto en marcha y me dispongo a llevarla a su departamento, no para que se relaje... ¡no! Solo para que recoja sus posesiones.

Ya está decidido... se va conmigo.

Capítulo 8

En su casa la cosa no es sencilla, se enoja y ¡mucho!

—¡Esta es mi casa! y por ningún motivo me iré a vivir con usted —
expone en medio de gritos.

—No fue una consulta, ni una invitación... ¡es una puta orden
mujer! ¡Toma tus malditas pertenencias que nos vamos! —grito bajo la
atenta mirada de Silvana, su mejor amiga y compañera de piso. Poco me
importa quedar como un loco, si del cuidado del niño se trata.

Finalmente, con parsimonia y sabiduría Silvana intercede.

—Chicos... tranquilidad por favor. Sabemos que la situación entre
ustedes es tensa, pero Juan Ignacio sinceramente, no creo que ésta sea la
mejor forma de “invitar” a una dama a vivir contigo.

—Yo no la estoy invitando a vivir conmigo “reina” ... —soy el
sarcasmo hecho hombre —solamente estoy tomando recaudos en cuanto
al bienestar de mi hijo.

—Entiendo —responde ella con calma y la elegancia digna de una
reina, sentada con una delicada taza de té y su perfecta melena carré, sujeta
su mentón y piensa...

—Se me ocurre que quizás... puedan esperar a mañana —comenta
finalmente —ya que mañana es el cumpleaños de Letitia y tenemos
planeada una cena... si quieren no alborotar a nuestros amigos y que los
llenen de preguntas. Yo que ustedes espero... y pasado ese día me sentaría
a hablar con calma sobre la mudanza o estadía temporaria si prefieren
llamarlo de esa forma —argumenta.

«¿Su cumpleaños?... ¿mañana?»

Mientras tanto Letitia se desplaza de un lado a otro por la pequeña
sala de su departamento como una leona enjaulada.

Yo camino lentamente hasta un sillón, quito mi saco y tomo asiento

en el.

Recibo al instante una furiosa mirada de la madre de mi niño al tiempo que se toma la cabeza con ambas manos, y mirándome a los ojos grita...

—¡Esto no me puede estar pasando! ¡Tiene que ser una broma de mal gusto!... —repasa mientras continúa caminando —fue una noche... ¡una puta noche!... ¡no! Ni eso... solo fue un rapidito de parados en el baño de una disco.

—Demasiada información —comenta Silvana dando un pequeño sorbo a su té.

—Porque bien recuerdo que me sacaste de tu habitación como a una prostituta ¡hijo de puta!... me juré jamás volverte a ver, ¿y ahora resulta que tendremos un hijo?

«Llanto»

Deja caer sus brazos, mira el suelo mientras un fuerte y acongojado llanto la invade.

—Esto no estaba en mis planes Juan Ignacio —responde finalmente agotada de discutir —¿fuiste tú quién dio aviso de mi estado a la compañía para la que trabajo?

—Sí —respondo con un dejo de culpa.

Queda pensativa. No dice nada más... solamente gira y entra en la cocina. Su amiga me mira con expresión de desconcierto y yo estoy peor que ella, porque la realidad es... ¡que no conozco a esta mujer! No conozco su humor, ni sus costumbres, no sé cuál es su signo del zodiaco, su color preferido, gusto de helado o mucho peor que todo lo otro junto... su estado civil.

«Chan»

Escuchamos sonidos de cubiertos y asaderas golpeando contra el mesón de la cocina. Al parecer Letitia se ha puesto a cocinar, yo no me muevo de mi lugar y su amiga en un ameno gesto me invita a almorzar.

—Acepto —respondo sonriente, pensando en la cara que pondrá la gitana cuando se entere.

El departamento es pequeño pero ameno, muy luminoso y colorido, en el sillón hay un sinfín de almohadones con frases en inglés, una gran alfombra peluda de color crema contiene en las esquinas otros tantos cojines de los mismos. En medio una mesita de café posee varios libros y adornos retro, seguramente recuerdos de sus viajes por el mundo.

En la biblioteca veo muchos portarretratos, en uno de ellos las dos amigas juntas frente a la Torre Eiffel, en otro, un grupo de seis jóvenes entre los cuales también están las dueñas de casa, todos sacan la lengua a la cámara y se hacen cuernitos con los dedos de las manos, otra fotografía es de su amiga con unos ancianos... posiblemente abuelos, pero hay dos fotos que captan mi atención... en una de ellas veo un matrimonio de unos cuarenta y tantos de años, el hombre luce uniforme de piloto, la bella mujer abraza desde atrás a Letitia... una Letitia más joven, con el cabello muy largo y ortodoncia en su dientes, fresca y relajada. Logro ver mucho amor entre ellos tres. Es un tierno momento, el cual quedó plasmado por la lente de la cámara. Pero otra de las fotografías no me causa la misma empatía... veo a la hermosa y loca mujer con la que tendré un niño, con unos años más que en el anterior marco, posando como modelo... la imagen es en blanco y negro, ella se encuentra sentada en el suelo sujetando sus piernas, mientras descansa su triste rostro sobre sus rodillas. Se la ve realmente triste... pienso que si fue modelo seguramente lo haría de maravillas... su expresión no parece fingida.

—Esa es Titia cuando modelaba.

Me sobresalto al ser pescado husmeando en la intimidad de este hogar.

—Mmm... ¿modelaba? —intento restar al máximo, el interés que tengo en averiguar cosas de ella... aunque tan solo lo intento, al segundo

Silvana me regala una sonrisa condescendiente, que me deja en claro que soy patético ocultando mis sentimientos y estados de ánimo.

—Verás Juan Ignacio... la vida de Titia no fue color de rosas, ella ha sufrido mucho... y no lo merecía para nada. ¡Ojo!... no lo digo por ser su amiga, pero en realidad ella es muy buena persona, solidaria, generosa y tierna. Pero hay veces en que la vida es injusta... solo espero que esto sea premiado algún día y que Dios se acuerde de compensar tanto dolor.

Me deja con un sabor agridulce en la boca... “*que Dios se acuerde de compensar tanto dolor*” medito.

—Lamentablemente Dios no existe... —respondo —somos nosotros quienes armamos nuestros destinos.

Sonríe de lado con suspicacia. Lee entre líneas. Su amiga es astuta y frontal.

«Me gusta ese tipo de personas»

—¿Cuándo dejaste de creer en Dios Juan Ignacio? —pregunta.

—Nunca creí en el —miento.

—No sé por qué... pero no te creo.

Por suerte una voz interrumpe nuestro pequeño debate teológico.

—Ehhh sorditos, ¡los estoy llamando! Grita Letitia con medio cuerpo asomando de la cocina, usa un delantal de color rojo con pequeños lunares blancos. Pienso que se parece a la ratona Minnie Mouse y al instante tengo una erección.

«¡Pero qué cuernos te pasa Juan Ignacio?... con Minnie Mouse ¿de veras?»

Nos ponemos de pie a la vez, y antes de caminar a la cocina, Silvana susurra... —Algún día ella misma te contará más de su vida.

Lo dudo, luego de tener al niño conmigo, espero no verla más.

Pero no respondo nada, guardo mis pensamientos para mí.

Cuando entramos descubro para mi sorpresa y la de su propia amiga que ella puso la mesa para tres.

«¿Fui incluido voluntariamente?»

Soy invitado a tomar asiento, mientras Silvana trae a la mesa una botella de vino. La descorcha con una gracia admirable y para mi sorpresa y horror sirve tres copas de vino.

Gracias a Dios Letitia rechaza la suya, optando por un vaso de agua sin gas.

“*Gracias a Dios*” ... ¿de veras ese fui yo? «Jo-der»

Resultado: la maldita gitana cocina de maravillas, luego de repetir una deliciosa porción de algo que denominó como “pechugas criski” con guarnición de calabaza al horno, nos deleitó con una porción de helado de vainilla y brownies.

Todo venía de mal en peor... ¡amo la comida! y como siempre digo... la gula es el peor de todos los pecados capitales que cometo. Y si a eso le sumamos la palabra “pechuga criski” me hace pensar automáticamente en las tetas de Letitia (otro pecado más) pienso en la lujuria, en sus tetas untadas con helado de vainilla y mi lengua devorándolo sobre ellas... gula, lujuria ¡joder!

Digamos que la erección se podía manejar bastante bien debajo de la mesa. Pero al terminar de almorzar, obviamente teníamos que juntar los platos para colocarlos en el lavavajillas y yo no podía ser menos... ¡tenía que ayudar! Por tal razón apile los platos y camine hasta colocarme a un lado de la gitana, quien seguía comiendo helado del pote. El mesón ocultaba mi entrepierna, y eso era justo lo que necesitaba, si tenía que lavar los platos a mano para evitar pasar vergüenza... ¡lo haría!

—No sigas comiendo helado—comento risueño —llevar un embarazo con obesidad es de riesgo —escupo sin pensar... por lo que soy recompensado con un hermoso y poco femenino gesto de su dedo medio

en alto.

Levanto mis manos en señal de rendición, cuando me da la estocada final y creo... pienso... siento que mi mundo, eso que tenía construido con cimientos de acero se hizo añicos debajo de mí.

Su propuesta produjo la peor sensación de mi vida... me dio ganas de más.

Siempre dije que el día que conociera a una mujer que coma como cosaco, cocine bien, le guste el boxeo y juegue al FIFA... ¡me casaría con ella sin dudar!... ¡Sin olvidar el buen sexo! Obviamente.

Pues ese día llegó antes de lo planeado.

—¿Te crees gracioso Diablo?

—¿Diablo?

—Supongo que eres de esos “galanes” que hacen dieta todo el tiempo, se matan haciendo ejercicio y usan cremita anti age para dormir... te apuesto un partido en la X-box a que ni sabes jugar bien al futbol.

—¿Me apostás vos a mí?... —mmm interesante, pienso mientras rasco mi mentón — ¿y qué apostaríamos? —sugiero.

—Decime vos... —comenta altanera, muy segura de sí misma. Y eso ¡me encanta!

—Ok. Si gano yo... te mudás hoy mismo para mi departamento.

—¿Y si gano yo? —inquire entrecerrando sus hermosos ojos.

—Y si ganas vos... me mudo yo aquí... quiero tenerte controlada —sonrió a la espera de su protesta. Solo que no las hay... simplemente tiende su mano y segura de sí, sellamos el trato con un apretón de palmas.

«Me estás volviendo loco, gitana»

—¡Pero mañana es mi cumpleaños! No me puedo mudar ¡justo hoy! —apelaba luego de la paliza que recibió de mi parte.

—Eso lo tendrías que haber pensado, antes de apostarme un juego de FIFA —respondo mientras abro su maleta sobre la gran cama del cuarto de invitados de mi departamento.

—Mañana que vengan todos a mi casa y festejan aquí, hay bebida de sobra y si querés le pedimos a María que prepare algo.

—¿María?

—Mi asistente... viene todos los días a ordenar y dejarme comida en el frízer.

—¡Nenito rico! —responde con desagrado.

—Quejosa y ovárica —suelto mientras termino de organizar las pocas prendas de vestir que accedió traer.

Igual no me molesta, dentro de poco ninguna le quedará y tendremos que comprar ropa maternal. Ella se mantiene de pie, mirando por el gran ventanal con vista al mar.

Es tarde, poco más de las diez de la noche, luego de pasar una amena tarde en su casa, en donde conocí a sus vecinos y amigos del frente... y tras ganarle varios partidos en el X-box a todos y ausentarme todo el santísimo día de mi oficina, vinimos a mi dominio.

Yo no juego de visitante, yo soy locatario... «¡Siempre!»

Camino hasta la puerta alertando... —Te dejo un juego de llaves sobre la mesa —pero antes de salir, me arrepiento y vuelvo lentamente hasta su lado... ella me observa seria y yo observo su lunar, ese que se encuentra en su mentón y logra que mis ratones den vueltas en el aire.

Cuando estoy prácticamente encima de ella, susurro...

—Solamente te voy a pedir una cosa Letitia... —aproximo mi boca

a escasos milímetros de la suya —quiero que luego de tu trabajo vuelvas aquí... no quiero tener que salir a buscarte. Porque bien sabés que te encontraré... te escondas donde te escondas te encontraré y entonces mi ira caerá sobre ti —Dicho esto no puedo más, mi autocontrol se ha resquebrajado por completo, y elimino los milímetros que separaban nuestras bocas con un tierno beso. Poso mis labios sobre los suyos y mis manos parecen tener vida propia cuando viajan automáticamente hasta debajo de su falda de jean.

El beso es tierno y dulce, el silencio y la intimidad de mi departamento me están volviendo loco.

—A mi cama... ¡ya! —inquiero levantándola cuidadosamente en brazos.

—Pero... pero yo...

—Shhh... pero nada mi amor.

La soledad del departamento crea una atmosfera íntima que solo consigue aumentar aún más mi deseo por ella.

Deseo a esta mujer... ¡y mucho! pero de forma diferente, tanto en el avión, la disco y el hotel fue la lujuria la que comandó mi cuerpo. Ahora me siento diferente... una desconocida ternura me invade desde lo más profundo. Me asusta esa emoción. Pero la realidad es que esta noche la quiero conmigo.

Solo hoy... solo ahora.



Me levanta en brazos con una delicadeza que desconocía en él.

Sin mediar palabras camina por el pasillo que une nuestros dormitorios y llega a la puerta final. Lamentablemente conozco ese dormitorio también y el recuerdo de dormir en él me deja un terrible sabor a bilis en la boca. La tarde en que casi le arrebató la vida al pequeño e indefenso ser que crece dentro de mí. El pequeño ser que lentamente he comenzado a querer y del cual me encariño minuto a minuto. Si él no hubiera intervenido, la situación sería otra muy distinta y yo un cuerpo sin vida.

Entramos y me baja lentamente.

Su respiración es agitada, casi como si hubiera corrido una maratón. Descansa su frente en la mía, respira hondo hasta que finalmente suelta...

—No puedo.

—¿Qué?

—Perdoná —responde alejándose de mi lado y pasando repetidamente las manos por sobre su cabello —pero no puedo. Disculpame si te di falsas expectativas con mi proceder. Te agradezco vuelvas a tu dormitorio para que descanses.

El dolor que siento por el rechazo es enorme, peor que si me hubiera dado un puñetazo, peor que si me hubiera partido una uña hasta la raíz... o se me rompiera un frasco de perfume lleno. Nada puede describir el estrago que causó ese... “no puedo”

Sé bien lo que pasa... mantiene una lucha interna. Me desea, pero no perdona lo que hice, o mejor dicho... lo que casi hago.

Solo puedo asentir moviendo la cabeza. Tengo un nudo en la garganta y las palabras no me salen. Intento fingir una pequeña sonrisa.

Rápidamente giro para salir y que no presencie mi llanto.

Camino apresuradamente por el pasillo, cuando a mi espalda escucho...

—¡Letitia, espera! —...pero lo ignoro. Acelero el paso e ingreso en mi habitación.

Por un momento... tan solo por un instante, una ínfima fracción de segundos pensé... que esto podía tener chances de funcionar.

Me acuesto y en medio de llantos me duermo.

Tras una agitada noche, un rayo de sol que se cuela por la ventana me despierta.

Escucho sonido de voces. Miro la hora en mi celular y veo que es 09.30, también encuentro varios saludos de cumpleaños, audios y tarjetas con imágenes de pasteles.

A las doce debo estar en el aeropuerto, por lo que rápidamente me levanto, y corro al baño. Al llegar me atacan nauseas. «Mierda... mierda y mierda con las náuseas»

Me arrodillo frente al retrete y dejo en él, lo poco que me queda de la cena en el estómago. El mareo pasa bastante rápido, por lo que entro a la ducha y tras veinte minutos estoy vistiendo mi uniforme, maquillada y perfumada.

Tomo mi bolso y salgo tímidamente prestando atención a las risas que provienen de la sala.

¿Risas de mujer?

¡Efectivamente!... eran malditas y putas risitas de mujer.

Encontrar al Diablo sentado en el sillón junto a una hermosa y bronceada rubia provoca nuevamente que mi estómago se revuelva.

Él mantiene su brazo derecho por el respaldo en donde ella está reclinada y ambos giran al escuchar mis tacones. Juan Ignacio se pone de pie, y sale sonriente a mi encuentro.

—Ella es Letitia amor, la chica de la que te hablé.

«¿Amor?» ¡Que alguien me dispare un dardo tranquilizante ya! ¡Esto es peor de lo que yo pensaba!... el pedazo de hijo de puta es... ¡casado! Quizás la rubia sea estéril, o no quiera estropear su cuerpo con un embarazo, y le haya perdonado la aventura que tuvo conmigo a cambio de mi hijo.

¡Mi hijo no peli teñida!

El regalo que dejé en la alfombra frente a ellos lo recordaran por el resto de sus vidas. Mi vomito salpicó la mesita de café, el blanco sofá de cuero y los zapatos de la princesa.

Juan Ignacio me mira con desconcierto mientras sujeta mi cabello.

—¡Estás bien? —pregunta con preocupación.

Yo parezco salida de una escena del Exorcista, las arcadas no cesan y para peor de males me pongo a llorar. Lo bueno es que ambos creen que se debe a mi malestar.

Lo cierto es que estoy triste, con una sensación de protección enorme al ser que declararé no amar y que hoy siento parte de mí. Tengo un monumental ataque de celos por el hombre que no me pertenece ni quiero que me pertenezca y asco por la peli teñida con carita de mal cogida. Pienso que seguramente Juan Ignacio les dedique más tiempo a sus amantes, que a su propia mujer, y que a esa razón se debe esa cara.

El vacío de mi pecho ahoga y mi cabeza es un gran lío.

Necesito espacio, necesito mi casa, a mis amigos y que me dejen lamer mis heridas en soledad. Sin duda alguna... el peor cumpleaños de mi vida. Obviamente no esperaba que el Diablo se acordara del mismo... pero al menos no encontrarlo abrazado a su mujer sería un buen comienzo.

El me ayuda a tomar asiento en una poltrona que se encuentra frente al ventanal, ella me mira con cara de asco, y se mantiene de pie, con

sus brazos cruzados mientras la tal María limpia el desastre que acabo de generar.

María me mira con empatía y yo sonrío con culpa.

Juan Ignacio saca de su bolsillo un impecable pañuelo «¿Pañuelo de tela?» este hombre es una caja de sorpresas, lo acepto y seco mis lágrimas.

—Mucho gusto señorita —saluda María, tiene acento del interior del país, tendrá unos cuarenta años y es muy bonita. ¡Qué vergüenza! Menuda presentación.

—Hola María... de veras... lo lamento —respondo con culpa —yo ahora limpio.

—No se preocupe joven, ya quedó listo, luego mandamos a limpiar la alfombra y todo pipí cucú.

—¿Pipí cucú? —. Repite burlescamente la rubia tarada... mordiendo la punta de su pulgar izquierdo—¿y eso que quiere decir? ¿Es algún dialecto propio de tu pueblo?

En los cinco minutos que llevo compartiendo con ella, puedo decir que odio su puta tonalidad de nena caprichosa y su carita con nariz fruncida de oler mierda. Y ni hablemos de su bronceado de cama solar.

Me pongo de pie antes de que no contenga por más tiempo mi ira y la arrastre por el piso de su larga y teñida cabellera.

—Me voy a trabajar —declaro —gracias María —camino hasta ella y le doy un beso en la mejilla, luego me dirijo a la rubia — y un gusto conocerte... ¿...? —espero me dé su nombre.

—Pilar —responde mirándome de arriba abajo.

—Un placer conocerte Pilar —suelto alargando la palabra con soberbia y asco.

Últimamente mis hormonas no me dan tregua y no paro de meter

la pata. Mi fuerte carácter se ha intensificado con el embarazo y mi paciencia está en nivel menos diez.

Tomo mi bolso, giro y salgo directo a la puerta, ignorando por completo al padre de mi hijo

«¡Que te den Diablo!» quedate con la rubia ricachona y estirada.

—Espera —grita Juan Ignacio cuando ya estoy fuera del departamento esperando el ascensor.

—¡Yo te llevo! —ordena.

—Tomaré un taxi, pero gracias de todas formas.

—No fue una pregunta Letitia. Dije... que yo te llevo al trabajo.

Y fin de la discusión. Entra conmigo al cubículo y presiona subsuelo, que es donde seguramente se encuentra el garaje.

No hablamos el corto tiempo que duró el viaje.

Tampoco cuando subimos a su coche. Se mostró caballero, mantuvo mi puerta abierta para que yo subiera y hasta que me puse el cinturón de seguridad, no la cerró.

Una vez en el auto, el silencio se hace más incómodo cada minuto que pasa. ¿No sé por qué no pone en marcha el vehículo? Está sujetando el volante con ambas manos mientras con cara de pánico observa a una pequeña mariposa que aletea en el limpia parabrisas.

«¡Tanta cosa por una insignificante mariposa?... ¡qué miedoso!» pienso.

El pequeño animal levanta vuelo, y al parecer Juan Ignacio sale del trance en el que se encontraba, gira su rostro para mirarme y veo que sus ojos se encuentran llenos de lágrimas, tose aclarando su garganta y afloja el nudo de su corbata. Pasan unos segundos más, hasta que finalmente habla...

—¿A qué hora entrás a trabajar? —Mira su caro reloj mientras formula la pregunta —son las 10:45, si estamos bien de tiempo me gustaría que desayunáramos juntos.

«¿Made que cua?»

—A las doce —. Respondo cual autómata.

—Perfecto. ¡Vamos! —pone en marcha el auto y salimos a la claridad del día.

Es un hermoso día de sol, hace calor... ¡y mucho! Por lo que retiro mi chaqueta color gris, y mi pañoleta con el logo de la aerolínea para la que trabajo, quedo usando mi falda tubo y una blusa blanca. Noto que gira su cabeza para observarme en reiteradas oportunidades, pero me hago la linda y me pongo a mirar por la ventanilla.

De camino al aeropuerto nos detenemos en la calle Arocena, en pleno barrio de Carrasco, antes de salir del coche... cuando ya tenía la mano en el picaporte me detiene. Sostiene mi mano izquierda y para mi asombro sostiene una pequeña bolsita de papel de joyería delante de mí.

—Feliz cumpleaños —susurra mirando fijamente mis labios.

Mi sorpresa es tal que no hago nada... ¡nada de nada!

«Vamos estúpida, tomá la bolsita, abrila y agradecé el regalo» grita mi cabeza. Pero la realidad es que estoy hipnotizada por sus ojos y mi corazón va al galope *toc, toc, toc, toc...* «Shhh tranquilo amigo» ... ¡No te vistas, que no vas!

¿Se acordó?

—Es para ti —informa finalmente con una sonrisa de lado.

Tomo la bolsa y lentamente desato la preciosa cinta de raso color marfil que la mantiene cerrada. Me encuentro al borde de un ataque de pánico... dentro vislumbro una pequeña caja de terciopelo azul, la tomo cuidadosamente y al abrirla me quedo sin palabras... una fina y elegante cadena de oro trenzado, con un dije en forma de mariposa descansan en su

interior. La mariposa es grande y sus alas al parecer son de cristal de Murano, en unos elegantes tonos turquesas. Es una hermosa pieza, de un gusto exquisito.

«¿Qué problema tiene este hombre con las mariposas?»

—Gracias —expreso finalmente y lo que sucede a continuación marcará un antes y un después en nuestras vidas, porque por tonto que parezca... me doy cuenta que es el momento en que reconozco estoy enamorándome de él...

Juan Ignacio me saca la caja de terciopelo de las manos, toma mis hombros instándome a que gire y le dé la espalda. Como una autómatas lo hago. Mi piel se eriza al sentir su cálido tacto sobre mi cuello, me coloca la fina joya y mueve mi cabello a un lado para prenderla.

—Hermosa —comenta más para él que para mí.

Y sin más preámbulo, sale del auto, lo rodea, abre mi puerta, tiende su mano y de esa forma «de la mano» marchamos al restaurante para desayunar juntos.



Capítulo 9

—Es fácil la pregunta Letitia... ¿A qué hora salís de trabajar?

—Me iré como todas las noches, en la camioneta que tenemos asignadas los empleados.

—No es la respuesta que quiero escuchar... repito: ¿a qué hora salís?

—¡Ufaaa! ¿Es que ya no soy dueña de mi vida?

—Ya no —. Confiesa para mi sorpresa y horror.

—Salgo a las ocho, pero quiero ir al súper y comprar los ingredientes de lo que voy a cocinar.

—Perfecto, te espero a esa hora, vamos juntos al supermercado y luego a mi casa.

—¡No! —. Y soy categórica en mi respuesta, por ningún motivo volveré a esa casa.

—¿Quedamos de acuerdo que te quedarías conmigo?

—No pienso volver, si tú y tu esposa están tan enfermos como para aceptarme allí, quiero que sepas que yo ¡no!

Abro la puerta del auto furiosa y emprendo marcha dentro del gran y emblemático edificio en el que trabajo. Él me sigue con prisa, porque a pesar de usar tacones de diez centímetros, le puedo sacar ventaja al metro ochenta y pico de hombre que me sigue.

—¿Mi mujer?... —grita —¿lo dices por Pili?

«¿Pili le dice?»

¡El hijo de puta la llama “Pili!”

Contener furia, uñas y lengua. Aunque no puedo evitar pensar en ella como una arpía.

«¡Putá Pili!»

—Sí. Justamente es por “*Pili*” que lo digo —imito su tono burlesco.

Sonríe como nunca. Y con esa encantadora y arranca bragas sonrisa suelta...

—¿Estás celosa? Porque con Pilar hace meses que solo somos amigos.

—¿Y antes?

—Antes fuimos novios un tiempo. Pero ya no.

—Mmm...

—¿Mmm...? —imita, y reafirma... —¡celosa!

—¿Celosa yoooo? —suelto apoyando una mano en el pecho y exagerando a más no poder mi negativa —. Jamás estaría celosa de ti Juan Ignacio, porque poco me importa tu vida o la de *Pili*.

—También será la vida de tu hijo —y ahí clava el puñal que realmente duele.

—Me da igual con quién convives o lo dejas de hacer, de lo otro hablaremos más adelante, lo único cierto en esta charla... ¡es que yo me voy a mi casa! —. Grito caminando rápidamente delante de él. Y apenas giro mi rostro cuando digo... —¡gracias por el aventón y el regalo!... pero vuelvo sola.

Ni bien termino de dar mi sentencia, es cuando el señor Von Der Puten aparece justo delante de mí, casi chocamos y casi muero del susto de ver al número uno de la compañía abrir los brazos al verme.

«¿Me va a abrazar?»

Por suerte no... esos brazos estaban destinados a otra persona. Pasa por mi lado con esa expresión sonriente de cuando ve algo que le alegra el día.

—¡Juancho! ¡Como andás bebochi! —grita mientras se dan un fuerte y cariñoso abrazo con Juan Ignacio.

—¡Maestro! —responde éste, palmeando su espalda.

«¿Se conocen?»

Estoy perpleja y aterrada. Esto definitivamente no es bueno... ¡nada bueno!

Vuelvo a girar sobre mis talones y me dispongo huir a mi puesto de trabajo en el vip, cuando...

—Mi amor, esperá.

Sigo caminando ignorando si ese “*mi amor*” estaba destinado a mí... aunque me temo que sí, cuando Von Der Puten grita...

—Closter... ¡espere mujer!, que la quiero felicitar.

El director del aeropuerto internacional de mi país... el uno, el señor hielo, al que todos tememos, camina hasta mí y me estrecha contra su trabajado y atlético cuerpo.

—Felicidades querida, un niño siempre es una bendición. Y felicidades por la boda. Ojalá algún día pueda encontrar a la mujer indicada, la que me haga un hombre de bien, llenándome de niños.

De todo lo que dijo solo recuerdo una palabra.

«¿Boda?»

Panel de opciones mentales de Letitia Closter.

Opción 1- Salgo corriendo y grito pidiendo ayuda.

Opción 2- Presento la renuncia y le pateo las bolas a Juan Ignacio.

«Mmm... no Letitia, necesitás el empleo, descartemos la opción 2 sobre renunciar.

Opción 3- Agradezco y sonrío como niña buena, sumisa y tonta.

Luego de un incómodo silencio que duró poco más de unos segundos doy mi respuesta.

—Gracias señor Von Der Puten, en verdad estamos muy felices.

—¡No! Señor no, llamame Máximo querida.

—Gracias Máximo —respondo aleteando mis pestañas y cada vez más nerviosa —ahora si me disculpan, tengo que volver al trabajo.

Sonrío y continúo mi camino.

Atrás dejo a los amigos, pero Juan Ignacio le indica a Máximo que lo ve luego, y sale tras de mí.

Llega a mi lado con una sonrisa de oreja a oreja.

«¡Lo mato!»

—¿Nos casamos querido?... me resulta un tanto extraño no estar enterada de semejante acontecimiento —. Soy el sarcasmo personalizado.

—Así parece —responde risueño.

Sigo caminando y mirando al frente, por lo que nuestra charla es un poco tragicómica. El camina a mi lado y sin mirarnos hablamos.

—¿Cómo que... “así parece”? —respondo entre dientes.

—Sí... yo nunca dije nada, pero tampoco lo negué. Max es un poco chapado a la antigua, y cuando lo llamé para pedirle que te saque del aire porque estabas embarazada, me felicitó y dio por seguro que nos casaríamos, yo simplemente guardé silencio.

—Estúpido, ¿acaso no te das cuenta que es mi jefe?

—También es el hermano de Pablo, mi mejor amigo... hoy lo conocerás. Tranquila que no tendrás inconvenientes.

—¿Hoy?

Llegamos al VIP y freno para enfrentarlo... solo que no puedo.

Digo... no puedo enfrentarlo. Para mi sorpresa y la de mis compañeras de trabajo, el Diablo me deja muda con un beso de telenovelas. Sostiene con ambas manos mi cara, y su lengua invade mi boca, siento que deja escapar un pequeño gemido y yo mojo mi tanga automáticamente.

Estoy muda y a punto de derretirme en sus manos. Interrumpe nuestro beso, luego se agacha y besa mi panza.

Desde abajo me regala una sonrisa de lado, guiña un ojo y se marcha.

Quedo estática en mi lugar. Mis piernas se niegan a obedecer.

Este hombre me llevará a la locura.



Capítulo 10

Entro en mi oficina con un extraño y optimista estado de ánimo... cosa que hacía tiempo no tenía. Serena aparece con mi café ni bien ingreso, me gusta negro, bien caliente y con tres cucharadas de azúcar y mi amiga lo sabe de sobra.

—Hola Juani, ¿cómo está mi amigo desaparecido? ¿En que andarás bebochi que estás tan ausente de la empresa?

—Traete un café que te cuento algo de mi vida, ¡y que sea grande nena! porque te resumo solo esto... ¡voy a ser papá! —la boca de Serena cae abierta y yo largo una gran carcajada por su expresión

—¿Pilar está...? —mi amiga no se anima a preguntar, sé que nunca quiso a mi ex, pero ¡joder! Si el niño era de ella, lo tendría que aceptar igual.

Minutos más tarde, termino el relato sobre mi corta y potente relación con Letitia.

Serena aplaude encantada de que va a ser tía. No comparte en nada la idea de que yo críe al niño solo. Dice que es contra natura y que la madre tiene que estar presente.

A lo que expreso mi pensamiento, y lo que me impulsó a llevar a cabo este atípico y complicado acuerdo con la gitana.

La puerta se abre y entra Pablo, mi mejor amigo.

Pablo Von Der Puten, es partícipe de mi historia desde el vamos y que mejor que tener a mi sanguijuela particular, mientras expongo mi testimonio.

Serena lo mira con fastidio y él le regala un guiño seductor.

—Serena... querida amiga, tú que eres de mente tan abierta y liberal, —comienzo — si una pareja se embaraza, y el hombre no quiere tener a bebé, pero la mujer sí, hay leyes que protegen a ésta en su decisión

y obligan al padre a pagar la manutención del futuro bebé. En cambio... si la mujer quiere abortar, pero el padre sí quiere al bebé, no hay leyes que obliguen a esa mujer a continuar el embarazo y entregar el bebé al hombre... ¿no crees que es sumamente injusto? ¿Por qué no hay feministas protestando por la igualdad en estos casos?

Luego de mi pequeño discurso Pablo aplaude y Serena lo fulmina con la mirada. Estos dos o se matan o terminarán enredados en una cama ¡en cualquier momento!

—Estoy totalmente de acuerdo con vos Juani, las leyes no son ecuánimes —alega Pablo.

—Por algo será... —replica Sere.

—¿Querés decir, que un hombre no está capacitado para criar un niño, educar y brindar amor, sin la ayuda de una mujer?

—No... no lo creo, ¡lo aseguro Pablito! —Clava sus hermosos ojos café en él y remata —el hombre se creó solamente con fines reproductivos, y la mujer para dar cobijo y amor.

—No todos somos tan estúpidos como tu marido querida mía... porque es seguro, que un hombre que no respeta a su mujer, tampoco lo hará con sus hijos.

—¿Qué insinúas imbécil?

—No insinúo... ¡yo afirmo! Y ya te lo he dicho en varias oportunidades Serena... o lo denuncias o conduciré a tu casa y lo moleré a golpes.

Me pongo de pie intentando interceder... pero la verdad es que este tema me preocupa... ¡y mucho!

—¡Serena! —Grito mientras golpeo fuerte mi mano contra la madera del escritorio —¿hay algo que quieras decirme?... eres mi amiga, y me dolería mucho ignorar algo tan serio como lo que está dejando entrever Pablo.

—Nada —responde segura, para luego ponerse de pie, girar y salir furiosa de mi oficina.

La verdad espero que no se me esté escapando algo tan nefasto como la violencia de género. Me da escalofríos recordar cuando de pequeño mi abuelo golpeaba a la nona. Miro a mi amigo.

—¿Estás seguro viejo, que el tipo es violento? —pregunto a mi amigo.

—Tan seguro como que me llamo Pablo Von Der Puten.

—Hay que estar muy atentos... no sé qué es lo mejor en estos casos.

—Si ella no quiere colaborar poco podemos hacer —piensa en voz alta Pablo.

—Esta noche haremos una cena en casa por el cumpleaños de la gitana. Te espero... necesito gente que juegue en mi equipo.

—¿Creo yo... o vos te estas ablandando con la tal Letitia? ¿La rubia te trae loco?

Sonrío con pesar. Porque así es... la rubia se me está colando por los poros a pasos agigantados. Tengo miedo, nuestra “no” relación es sumamente atípica y peligrosa.

Hacemos planes y continuamos con nuestra apretada agenda.

—¿Cómo que se fue?

—Si querido, Letitia hoy pidió para salir a las seis, y se fue directo al súper. Ahora debe estar en casa preparando todo para los invitados.

—¡Mierda! con esta mujer... se niega a obedecer.

—Juan Ignacio, a ver... dejame hacerte entender algo... Letitia siempre fue, es y posiblemente será un alma libre —comenta Silvana, mientras yo conduzco mi coche por la avenida Gianattasio. De casualidad la vi salir mientras aguardaba en mi coche a que la gitana terminara de trabajar.

—Alma libre ni ocho cuartos... está embarazada y no quiero que haga esfuerzos. ¿Le tendré que poner una de esas pulseras que se colocan a los presos? Para que me dé una alerta si se aleja demasiado.

Silvana gira su rostro y siento que me fulmina con la mirada cuando acota: —Letitia está embarazada... no enferma. Si el embarazo va normal, puede realizar su vida de siempre. Así que te agradecería no jodas más.

Dicho esto, me deja mudo. Pocas personas logran hablarme así y no sacar al demonio que vive en mí.

—¿Vamos para casa?... en un rato llegaran nuestros amigos y la verdad es que mereces probar lo que Titia preparará hoy de cenar... ¡manjar de dioses!

Y dicho esto, como el perrito faldero en que me estoy convirtiendo hago lo que ella me dice. Conduzco a su dirección no sin antes parar a pedido de su amiga para comprar un gran pastel de cumpleaños que había encargado en una confitería. Y yo cruzo a una tienda de licores a comprar unas cajas de vinos y champagne.

Su cara deja en claro que no me esperaba. Está muy linda. ¡No! Un poco más que linda... está bella... hermosa, ¡exuberante!

Luce un pequeño y ajustado vestido negro, con escote corazón y

pequeñas manguitas. Su vientre ya se deja ver. Pero lo que me encanta y horroriza a la vez son los tacones que usa... ¿acaso no deberían prohibirlos a las embarazadas? Son altos, son de color rojo y extremadamente sexys.

—¿Tú? —susurra entrecerrando los ojos.

—Sí, él. Responde su amiga entrando por al lado, directo a la cocina.

Yo vengo cargando las cajas de licores que compré y hago lo mismo, solo que antes de pasar, me inclino y le robo un pequeño beso.

Se sorprende y da un paso atrás, yo sonrío y entro.

La noche transcurre amena, debo admitir que su grupo de amigos me caen bien... a excepción del comandante Pedro Fraga... ¡ese no me gusta nada!, noto que le mira el culo mientras ella camina y no se ha mostrado muy simpático conmigo. En cambio, el tal Alexis es un fenómeno, a pesar de que no tenemos la misma inclinación sexual, es simpático y ama al igual que yo el futbol.

Incluso los tres sujetos que viven frente por frente a ellas... y entran y salen del departamento como perico por su casa... ese tal German, hermano de Majo... tiene mi edad y está terminando su especialidad de ortodoncia en la facultad de Odontología, luego sus dos compañeros de piso, los que la otra tarde se presentaron, como el Nono, ya que es el mayor de todos y el Cabeza... se imaginarán porqué.

Las chicas Majo y Toté son un torbellino, también usan unos minis vestiditos y corretean, entran y salen como si todos compartiesen esta casa, ellas están preparando unos tragos con frutas y champagne, mi gitana camina entre la gente, con su vaso de agua con gas, se la ve feliz y relajada. Puedo ver que en varias ocasiones acaricia su pancita. Y comienzo a llenarme de dudas acerca de lo que estamos por hacer.

Una hora luego de que comenzara la reunión, suena el timbre y llega Pablo junto a Serena. Al cambiar la dirección de la fiesta, los llamé para que vinieran... la gitana no se molestó, todo lo contrario, enseguida

hizo buenas migas con Sere y junto a Silvana... ellas tres parlotearon de lo lindo.

La cena fue... fue... ¡fue una de las cosas más ricas que comí en la vida! O al menos en los últimos tiempos.

De entrada, unas tostas de pan de campo, con queso camembert y cebollas caramelizadas... así lo presentó Letitia y estaba ¡Delicioso!

Como plato principal, sorrentinos de jamón crudo y mozzarella, con salsa de tomate, ajo y albahaca... al no contar con un gran comedor, cada uno comía de forma informal parado o sentado en el apoya brazos de un sillón.

Pablo y Serena me miran risueños... saben de mi amor por la buena cocina, y ver que este minón hermoso, cocina de maravillas y para colmo de males lleva a mi hijo en su interior, pueden vaticinar que la cosa va a terminar mal.

O bien.

Depende cómo juguemos nuestras cartas y qué tan buena sea la partida.

A la hora del postre sus mejores amigas salieron de la cocina, con un gran pastel de cumpleaños de dos pisos, color rosa chicle, con un gran zapato stiletto de tacón negro sobre ella, un par de bengalas y otro tantos de velas chispeaban sobre ella, y al ritmo del feliz cumpleaños, pidió sus tres deseos y soplo las velitas.

Todos aplaudieron, gritaron y silbaron. Pero mi sorpresa fue, cuando lentamente los amigos del frente comenzaron una especie de cántico que era más o menos así: —Un beso a la torta... ¡un beso a la torta! ¡Un beso a la torta! —y poco a poco todos se sumaron a cantar y a reír. No estaba seguro de que se trataba, pero lo pude sospechar, cuando German, el Cabeza y el Nono se posicionaron detrás de ella, y cuando la gitana aproximó su cara al pastel para darle un beso, estos le dieron un pequeño golpecito en la cabeza y esta se hundió en el pastel.

Ella reía feliz y todos aplaudieron. Abrazó a sus amigos intentando besarles las mejillas y ensuciarlos de crema.

En ese momento sentí... que podía llegar a adaptarme a esta vida. Me sentía cómodo, me sentía parte del festejo y comencé a considerar que quizás algo así es lo que quiero para mí.

Suena el timbre y como soy el que estoy próximo a la puerta, camino hasta ella y la abro.

—¡Bebochi! Grita Max mandándose puertas adentro, sin esperar a que le habilitara la entrada.

Letitia aún tiene la cara embadurnada con la crema del pastel, cuando mi amigo la abraza para saludarla y le entrega una gran bolsa de papel, de una famosa y costosa marca de prendas de vestir.

Ella pestañea horrorizada... y yo no entiendo... ¿Cómo Max se enteró de este festejo? Aunque puedo intuirlo cuando Pablo eleva sus hombros con una clara señal de «“Perdón... fui yo”» Pero bien, es su hermano y quizás nunca se le pasó por la mente que éste se presentara.

La cosa se puso buena, cuando Máximo con su fuerte y autoritaria voz fomentó un beso entre la gitana y yo.

—¡Dale nene! Rompele la boca a tu mujer... y límpiale la crema a besos!

Todos se mantienen en silencio, saben que no soy su novio, e ignoran todo el resto del embrollo. Yo no sé qué hacer... Letitia me mira con pánico... pues, al fin y al cabo, fui yo quien la metió en esto, fui quien habló con Max y le dijo de su embarazo.

Por tal razón, camino lentamente hasta donde se encuentra, ella automáticamente da un largo paso hacia atrás, pero estoy decidido... llego hasta ella y tomándola de la cintura, la atraigo hacia mí y hundo mi boca en la de ella, y sujetándola con fuerza nos matamos con un tierno y salvaje beso, el que es recompensado con un gran aplauso.

La frutilla del pastel, fue cuando en medio del beso Von Der Puten

grita: —¡Que vivan los novios!

«Mierda»

Para que explayarme con algo que es tan sencillo. Fuimos felicitados por todos sus amigos, también se enteraron del embarazo y ahora todo el cotilleo de la noche es saber cuándo será la fecha de la boda.

Sé que me matará. Lo pude oler... y cada vez que nuestras miradas se cruzan en el aire me fulmina y manda rayos laser invisibles para carbonizarme.

En un momento de la noche, cuando el alcohol fluía por nuestro torrente sanguíneo, veo a Silvana caminar hasta mi amigo Max... y soltarle en la cara.

—¿Sabés Máximo Vor Dam Putón?... Tú eres un tanto bocotas — suelta, y me produce mucha gracia el tono de la reina (como todos la llaman) un tanto ebria, ni hablemos que prácticamente insulta a su jefe llamándolo ¡bocotas!

Mi amigo con su impresionante altura y espalda ancha la observa de arriba abajo. Y por los años que hace que nos conocemos, sé que está midiendo la distancia para el ataque... humedece sus labios con la lengua, introduce las manos en sus bolsillos y...

—Máximo Von Der Putten es mi nombre, pero para ti... ¡señor!

Ella deja escapar una gran risa, la que finaliza con hipo —¡Ja!... pero no me haga reír Vor Dam Putón, que el que se presentó en MI casa (recalca el “mi” y con cada palabra hunde su dedo índice en el pecho de mi amigo) y pienso que esto se pone bueno —y fue usted el que armó semejante relax con mi amiga, ¡también fue usted! Hip quien...

Su paciencia comenzaba a resquebrajarse y eso se podía distinguir a leguas. Ya quedábamos pocos en la casa, Pablo y Serena miraban muy risueños el combate que se estaba por formar. En cambio, Letitia se encontraba ajena a todo, hablando por teléfono con una amiga en su dormitorio, mientras miraba los regalos recibidos.

En un rápido movimiento Max atrapa el dedo acusador de Silvana, y esta abre grande sus ojos.

Atrapada como se encuentra, la furia de ella se hace más notable.

—¡Quiero que me sueltes ya! —gritó furiosa.

—No tendrías que haber hecho eso —su voz es hielo y su mirada fuego.

Ella abre grande sus ojos y detiene el movimiento de forcejeo por un momento...

—¿Qué cosa? —pregunta seria.

—Provocarme — Responde con la calma que precede a la tormenta.

Y eso fue lo último que dijo mi amigo, antes de agacharse y levantar a la joven sobre su hombro como bolsa de patatas. Culo para arriba, gritaba furiosa fuera de sí, hasta que se perdieron por el pasillo y tras el sonido de la puerta al cerrarse, el ruido mermó.

Con Pablo nos miramos. Sabemos que Máximo es un buen tío y no hará nada que ella no quiera. También sabemos que es un Don Juan y que donde pone el ojo pone la bala. Posiblemente “la reina” hoy conozca la bala de Max.

En eso llega Letitia con cara de espanto. Las palabras no le salen y solamente atina a señalar el pasillo por el que se acaba de cruzar con el neandertal de mi amigo.

—Sí, ya sé lo que estás pensando. Tranquila que mi hermano es un caballero —defiende Pablo, como buen abogado del Diablo que es, a su hermano.

—Pero, ¿Cómo la va a llevar de esa forma? ¡Ni que ella fuera una prostituta! Ya se las verá conmigo —señala antes de girar sobre sus talones y mandarse puertas adentro de la recámara de su amiga.

La sigo de prisa y...

Bueno... digamos que el panorama fue un tanto... “*explícito*”, vestido arremangado por la cintura, tanga destrozada en el suelo, y la cara de mi amigo en medio de sus piernas. ¡Y eso que no pasaron ni cinco minutos desde que entraron!

¡Ídolo macho! Pienso, este sí que no se anda con rodeos.

Cerramos la puerta, y caminamos a la sala, Letitia tiene una expresión de desconcierto y parece en shock. En la cocina se ve a Pablo como si nada lavando algunas copas, mientras tararea la canción “Crimen” de Gustavo Cerati.

Serena duerme profundamente en un sillón y nosotros nos miramos. Sabemos lo que piensa el otro. Así que propongo...

—¿Te vienes para casa conmigo? ¿O prefieres escuchar los sonidos producidos por nuestros amigos?

—Tu casa... ¡y pronto! —comenta con urgencia.

—Yo llevo a Serena, ustedes vayan tranquilos y descansen —. Pablo camina hasta Letitia, deposita un beso en su mejilla y acaricia su barriga —cuida a mi sobrino por favor.

Luego toma a Sere de la mano, le da un beso en ella y al ver que no despierta, pasa un brazo por debajo de su axila y la levanta. En ese momento ella despierta, y de forma arisca pide que la baje.

Peleándose... ¡como siempre! Los acompañamos abajo, donde se encuentran nuestros coches. Los gemidos de Silvana y Max ayudaron a que nuestra salida fuera de emergencia.

—Creo que tu amigo se quiere ponchar a Serena —susurra Letitia ni bien subimos a mi coche.

—¿Ponchar?

—¡Sí! Ponchar... tirar... coger... —levanto mi mano en alto, para indicarle que no es necesario que continúe nombrándome sinónimos de acto sexual.

—Pienso igual que tú. Aunque la situación es muy complicada. Verás, ella es casada, y tenemos algunas sospechas que... —cuando estoy por contar la historia de Sere, me arrepiento. Ella es mi amiga, y no soy quien para andar hablando sobre su vida.

—¿Sospechas de...?

—De nada. ¿Quieres que paremos a comprar helado? —intento desviar el tema, y funciona, ella aplaude feliz.

«Gitana ¿qué cuernos me estás haciendo?»

Capítulo 11

En casa cada uno se dirige a su habitación, ella quiere sacarse los tacones cuanto antes y colocarse alguna prenda cómoda. Por tal motivo hago lo mismo, camino hasta mi cuarto, tomo una ducha y me coloco un pantalón de chándal y una camiseta blanca, salgo rumbo a la cocina en busca de agua, pero lo que encuentro me termina de secar la garganta por completo, sed... mucha sed.

Letitia se encuentra usando un pequeño short a cuadros fucsia y una camiseta de tirantes blanca, puedo notar que no usa nada debajo de ella, sus pezones erectos me lo confirman. Tiene su cabello atado con una alta y floja cola de caballo y se ha quitado el maquillaje por completo.

Esta distraída. Sumergida en algún pensamiento que, por su expresión, no es del todo feliz. Sentada sobre la mesa francesa de la cocina, y con el pote de helado entre las piernas. «Bella»

—¿Se puede? —me anuncio antes de entrar para no asustarla. Ella me observa y sonrío.

«Me estás matando lentamente gitana»

—Obvio que puedes entrar... ¡es tu casa!

—¿Queda algo de helado para el hombre de la casa? —respondo jocoso, y soy recompensado con otra pequeña sonrisa. Tomo una cuchara del escurridor de platos, y ocupo lugar frente a ella, prácticamente en medio de sus piernas.

—Mmm, delicioso —comento —¿en qué pensabas cuando llegué?

Sonríe con pesar y suspira.

—Estaba pensando en Silvana. Sabes... espero que mañana no se arrepienta de esta noche. Bien sé que lo impulsivo puede llegar a terminar mal —. Eleva sus hombros y toma otra cucharada con helado de chocolate, lame la cuchara y mi pene se contrae.

—Piensas que esto —muevo mi cuchara apuntándonos a ambos —
¿es terminar mal?

—En verdad, no lo sé.

—Porque quizás sea el comienzo de... algo.

Nuestras miradas se encuentran, y el silencio dice todo lo que no nos animamos a decir con palabras...

«Nos estamos enamorando»

Retiro el pote de helado del medio, y con mis manos en su trasero, lentamente comienzo aproximarla hasta pegarla contra mi pecho.

Sus piernas abiertas, una a cada lado de mi cadera, y su boca a milímetros de la mía.

—¿Puedo? —pregunto mirando fijamente sus labios.

Ella no responde, rodea mi cuello con sus brazos y se entrega a mí.

Me regala el más dulce de los besos. Es lento, cálido y sensual. Puedo escuchar el sonido de mi corazón latir con fuerza, busco con mi erección su cuerpo, ella abre grande sus ojos. Nuestras bocas no se separan ni un segundo, pero necesito sentir piel. La quiero desnuda por completo, y no en un baño público o en un hotel... ¡no! La deseo en mi cama, toda la noche y amanecer abrazado a ella.

La levanto unos centímetros del mesón, lo suficiente como para sacarle el short, luego tomo el dobladillo de su camiseta y de un movimiento la quito por sobre su cabeza.

La tengo frente a mí, con esas tetas exuberantes y hermosas, su cuerpo dorado y una minúscula tanga negra. No hay tiempo para pensar mucho, introduzco uno de sus pezones en mi boca y succiono, con mi lengua realizo círculos alrededor de la areola y ella se retuerce en mis brazos.

«Tan mía»

Muevo lentamente su tanga a un lado solo para acariciar su sexo y confirmar que se encuentra lista para recibirme... y sí que lo está, se encuentra empapada y caliente. Doy un paso atrás, y de un movimiento elimino del medio a mi pantalón, no tengo ropa interior, por lo que mi hombría queda al descubierto. Vuelvo a su encuentro, y mientras con una mano sostengo su trasero para que no se mueva, con la otra muevo nuevamente a un lado su tanga e introduzco lenta... muy lentamente mi miembro. Espero no lastimar al bebe. Sé que es chiquito aún, pero intento ser cuidadoso... juro que lo intento hasta que la gitana gime en mi oído... —ahhh, toda... te quiero sentir por completo dentro de mi Juan Ignacio.

Escuchar mi nombre salir de esa boquita, es la campana que despierta al demonio que habita en mí. Sujeto con fuerza su trasero, mientras me muevo adelante y atrás con fuerza, bombeando y deleitándome con esta mujer.

La mañana nos encuentra abrazados. El sonido de mi teléfono interrumpe el placentero momento que estoy viviendo.

Miro mi pecho y veo el hermoso y relajado rostro de Letitia descansar en él. Acaricio su melena y la huelo... este aroma me causa un hormigueo que comienza en el dedo gordo del pie y termina en mi nuca. Tomo mi molesto móvil que no para de sonar, miro la hora y son poco más de las siete, me llama la atención ver el nombre de mi padre en la pantalla tan temprano. ¿Me olvidé de alguna reunión?... ¿hoy es sábado verdad? Pienso.

—Viejo —respondo.

—Juan —no me gusta el tono de voz de mi padre, y mucho menos que me llame “Juan” generalmente para él soy hijo, Juani, Juancho, bebochi o el sin fin de nombres que ama ponerme.

Enseguida me doy cuenta que algo malo pasa.

Me siento rápidamente en la cama, despertando con mi movimiento a Letitia.

—Papá ¿qué pasó?

—Es Serena, está internada. El enfermo de mierda casi la mata —. La voz de mi padre me congela... y la culpa me ahoga.

«Lo mataré»

—Voy para ahí... ¿Dónde está?

—En el Sanatorio Americano, la están operando para intentar controlar la hemorragia —Pablo esta aquí conmigo.

—Ya salgo para ahí, dile a Pablo que no haga ninguna locura. ¿Entendido?

—Conduce con cuidado hijo—se despide.

Quedo congelado, el terror vuelve a esos momentos, en que era un enano que medía un metro, y mi abuelo maltrataba a la nona. *“Pero eres estúpida... ni un perro comería esta mierda que cocinas”*

—Te acompaño —la voz de Letitia me saca de mis amargos pensamientos.

—¿Si no sabes qué es lo que pasó? —susurro contra sus labios, apoyando mi frente en la suya.

—¡No importa! Es suficiente saber que lo que sea que esté pasando te tiene mal... si me permitís, me gustaría acompañarte.

Media hora más tarde entramos de la mano al piso del sanatorio donde están operando a mi amiga, a mi cómplice y confidente desde que me mudé a la capital.

Aún no puedo creer que el hijo de puta la lastimara de esa manera... y que ella tan estúpida se dejara maltratar. ¡Basta Juan!, me digo a mi mismo, hay que estar en su pellejo para saber qué haría uno en semejante situación.

En cuanto salimos del ascensor veo a toda mi familia reunida con

la de Sere.

Victoria y Sofía abrazan a su madre y mi padre habla con Pablo y con mi tío Fede.

Solo dos personas de todo ese grupo saben de mi futura paternidad.

«Sofía y Pablo»

Mi “madrastra” me ve y su cara se ilumina al instante. Mira a Vic y noto cuando cuchichea algo con ella. Puedo intuir que nuestro secreto fue revelado a su mejor amiga.

Camina en nuestra dirección y al llegar a Letitia la estrecha con un cálido y amigable abrazo, ella se mantiene estática y desconoce por completo quién es esta joven mujer. Por tal motivo las presento.

—Titia ella es Sofía... Sofi si bien ya la conoces, te presento a Letitia Closter.

Letitia sonrío tímidamente y Sofía la estudia. De refilón ve que tengo mi mano apoyada en su espalda baja. Y yo puedo saber a la perfección todo lo que ella está craneando en esta fracción de segundos.

«Sí Sof... ¡estoy enamorado de ella!» finalmente toma las riendas de la charla, y hace algo que le sale a la perfección.

«¡Avergonzarme!»

—Mucho gusto Letitia, que bonito nombre... soy Sofía la madrastra de Juani —. Lo dice con tanta naturalidad que parece una broma. La gitana se ahoga por la sorpresa y comienza a toser, “mi madrastra” da suaves golpecitos en su espalda y la guía hasta el dispensador de agua.

Mi padre me ve y camina a mi encuentro. Pasa su brazo por mis hombros y caminamos en silencio hasta donde con cara de pocos amigos se encuentra Fede.

No me animo a preguntar. Parece que las palabras se niegan a salir

de mi boca, la impotencia que me da, pensar que anoche... un rato antes de ser golpeada por el bastardo ¡estuvimos juntos!

¿Cómo no me di cuenta?

Las señales estaban ahí... en mis narices y no las quise ver.

—Bueno —mi tío toma la palabra —el panorama es el siguiente... tiene fracturada tres costillas, millones de laceraciones, hematomas en todo el cuerpo y cortes en el cuero cabelludo... seguramente producto de golpearse contra algún filo. En este momento están suturando las cortaduras y esperando que despierte.

No puedo más. Sujeto mi cabeza con ambas manos. El dolor e impotencia es desesperante y me quiebro. Pocas personas me han visto llorar en la vida, pero en ese instante, el peso del mundo cae sobre mis hombros.

Lloro.

En el hombro de mi padre y a la vista de todos me largo a llorar.

Lloro por el dolor y miedo que debió de haber sentido Serena. Lloro por el terror que me da el solo hecho de pensar en que algo le pase y perder la complicidad de mi amada amiga. Lloro por la pérdida de mi madre, porque no va a ver nunca ese niño que está creciendo. Y lloro por mi hijo... finalmente reconozco que deseo que crezca rodeado por el amor y afecto de ambos padres.

Un médico sale de la puerta vaivén que separa el quirófano de la sala de espera.

Al instante se ve rodeado por todos nosotros.

—Bueno... —comienza —el tema de la hemorragia fue complicado, pero finalmente pudimos controlarla. Y afortunadamente y de milagro no perdió el embarazo.

«¿Qué?»

Un coro de “Ohhh” se escuchó en el silencio.

Pablo se adelanta hasta quedar frente al doctor.

—¿Ya no corre riesgo de perderlo? —pregunta angustiado.

El médico un tanto estupefacto, aclara su garganta y retoma...

—Bueno, es muy apresurado decir que no corre riesgo, pero veamos el lado positivo, la criatura pudo sobrevivir a la golpiza que recibió esa pobre mujer... sin lugar a dudas el pequeño es un luchador.

Mi amigo actúa de lo más extraño... camina de un lado para el otro y con dos dedos presiona sus ojos.

«¿Estará llorando?»

El profesional nos deja, no sin antes pedir que realicemos la denuncia. Camino hasta la esquina donde mi amigo está escribiendo un mensaje de texto.

Apoyo mi mano en su hombro y casi caigo cuando sin girar, y sin anestesia suelta...

—Es mi hijo amigo.



Capítulo 12

Sofía me mira amigablemente.

Ella es... ¡joven y hermosa!

Un sinfín de preguntas sin respuestas cruza mi cabeza. La primera de todas... ¡el padre de Juan Ignacio es un degenerado! Calculo que debe tener unos sesenta años aproximadamente y esta mujer debe tener la mitad.

¡Dios mío en donde me metí!

Dos jóvenes hombres hablan con el Diablo mientras él se frota la cara con ambas manos. Seguramente sean sus hermanos mayores, o familiares de Serena, pienso, mientras tomo agua para desahogarme por el shock de conocer a la “madrastra malvada”

—¿Estás mejor? —pregunta.

—Sí, gracias —respondo.

—Letitia, quiero presentarte a Victoria, ella es mi mejor amiga y esposa de Federico —comenta señalando a uno de los impresionante y altos caballeros que hablan con el padre de mi hijo.

—Mucho gusto Letitia, es un placer conocerte—. Ella también se encuentra embarazada. Su abultado vientre le da una hermosa y dulce presencia. Viste un fino vestido de lino color marfil, con mangas tres cuartos, sandalias de corcho y su cabello castaño forma suaves ondas. «Es hermosa» pienso.

En cambio, Sofía, es más de mi estilo. Usa unos jeans localizados, una blusa de tirantes blanca y por fuera una camisa de jean desprendida, para rematar y acentuar el juvenil look sus zapatillas son All Stars blancas con estrellas azules. ¿Me pregunto qué edad tendrá?

El tal Federico camina hasta nosotras. Me saluda cordialmente y se presenta como el tío de Juan Ignacio.

«¡Pero esta gente me descoloca con las edades!»

Abraza a su esposa y apoya su gran mano sobre el abultado vientre de su esposa.

El corazón se me estruja al ver ese simple acto. Me siento una desalmada al haber intentado arrebatarme la vida a mi bebito.

«¡Mi bebito!»

No hay opción, si Juan Ignacio quiere a su hijo que sepa que detrás siempre me encontrará a mí. Ya lo decidí... no le daré mi niño al Diablo.

Sonrío tímidamente.

Esta situación es de lo más extraña. Parezco la novia que está siendo presentada a la familia de su prometido... pero en cambio solo soy un touch and go con gran premio.

Todos giramos cuando en medio del silencio escuchamos un fuerte... “¡Joder! ¿voy a ser abuelo?”

Mi boca cae abierta ante la sorpresa.

«¿Ese es el padre?» un joven y atlético hombre, gira su rostro y me observa con una sonrisa en su rostro.

El que pensé hermano resultó padre. Juan Ignacio camina junto a su padre en nuestra dirección. Y sin mucho preámbulo me estrecha en un reconfortante abrazo. Ese hombre inspira calidez, protección y empatía. Me alegro al instante que esta joven pareja sean los abuelos de mi bebé. Se presenta como Manuel y su sonrisa me hace sonreír como tonta. Sofía pasa su brazo por mi espalda reconfortándome y hace las presentaciones.

—Él es el papá de Juan Ignacio.

—Es un placer conocerlo señor Cortés.

—Señor Cortés ¡no! decime Manuel... ¡aún no salgo de mi asombro!... ¿de cuántas semanas estamos? —pregunta.

Con Juan Ignacio nos miramos y no sabemos qué responder.

La verdad es que hace unos dos meses que no tengo mi periodo y aún no he concurrido al médico.

«Culpa» Espesa y maldita culpa subiendo por mi columna vertebral.

Por suerte Juan Ignacio responde, sacándome la presión de tener que confesar que... ¡no sé de cuántas semanas estoy!

—Bueno papá... —comienza —resulta que el tema se presentó un tanto precipitado —realiza comillas en el aire cuando pronuncia la palabra “tema” —y aún no hemos tenido consulta con el médico.

—Oh... pero no se demoren mucho —pide Victoria —es importante que tomes vitaminas prenatales Letitia. Toma yo tengo otras en casa.

Busca en su bolso y saca un frasco de suplementos vitamínicos para embarazadas. En la imagen del frasco, se ve el vientre de una madre y dentro el bebé unido por el cordón umbilical. Y es en ese momento... en ese preciso instante que me doy cuenta de todo y me cae la ficha...

¡Voy a ser mamá! ¿Lo pueden creer?

—Gracias —respondo.

Y para sorpresa del Diablo, abro el recipiente, cojo una pastilla y la introduzco en mi boca junto a un trago de agua.

Juan Ignacio sonrío y me guiña un ojo. En ese gesto puedo leer dos posibles pensamientos... podría ser un *“tranquila... todo va a estar bien”* o perfectamente... *“me parece bien que te cuides... para eso te quiero, para gestar a mi hijo”*

Pasan las horas y la situación de Serena se va esclareciendo.

Al parecer, su esposo siempre fue abusivo. Ella no lo denunciaba,

porque luego de cada ataque venía con las promesas de que... *“por favor no me dejes”* ... *“te juro voy a cambiar”* ... o la peor de todas... *“si me pides el divorcio me mato”*.

En fin... de esa forma sobrellevó cinco años de maltratos constantes. Hasta que hace unos meses, luego de una jornada laboral, y tras unos mojitos a la salida del trabajo Pablo le declaró su amor.

Fue esa noche, y en una hora dentro de un motel donde se gestó ese niño. Ella llevaba largo tiempo sin mantener relaciones sexuales con su pareja cuando descubrió el embarazo.

Tenía tanto miedo que no sabía qué hacer y Pablo como loco intentando lograr una denuncia contra el hijo de puta. Al parecer él fue quien noto las marcas en la piel de la chica y su terror constante.



Eran más de las ocho de la noche cuando dejamos el sanatorio, con mayor tranquilidad de la que entramos.

El embarazo seguía en curso, los cortes fueron suturados y ella finalmente despertó. Nos dejaron entrar unos minutos a verla, pero seguía en shock. Su madre lloraba y estaba aterrada de que el hijo de puta de Adrián regresara por ella.

Aun no me lo creo... Pablo y Serena serán padres, al igual que yo con la gitana.

Claramente veo a la legua las sabias palabras de mi padre... *“el amor es un torbellino... se presenta en tu vida cuando menos lo quieres, y luego se mete tan fuerte debajo de la piel que duele”*

Victoria y Federico nos invitan a su casa a cenar, al parecer el tío Mario está cuidando a Serrana, y ha preparado una de sus delicias. El veterano es un repostero jubilado que adora la buena cocina.

Llegamos y Serry camina hasta nosotros me abraza y luego a Letitia, ella nos observa en silencio y suelta un despreocupado y jovial... —¡Me gusta tu novia tío Juani! —la dulce niña es igual al resto de mi familia... no le importan las formalidades ni los títulos. En nuestro clan, el tener la misma sangre y apellido es solo un mero detalle. Aquí el lazo del amor es el más fuerte, nos fuimos encontrando, nos fuimos cobijando y hoy por hoy los que nos une es indestructible.

Luego de saludar, Serry gira y corre hasta donde su madre prepara una salsa para la pasta casera que Mario acaba de preparar.

—En un rato llegará el torbellino de mi hermana —informo a la gitana quien se encuentra mirando todo en silencio.

La casa de mis tíos es enorme, una vez que se enteraron de la llegada de Serrana, decidieron mudarse del departamento frente a la playa que compartían, a una gran casa con parque y piscina.

—¡Llegamos! —Grita una pequeña vocecita desde la entrada —mi

enana del alma llegó.

Sofía llega con mi pequeña hermana Sol de la mano. Ésta aún tiene puesto el uniforme del colegio y dos pequeñas coletas, apenas pisa la cocina, se suelta de su madre y corre a los brazos de Serrana, sin percatarse que me encuentro sentado en un taburete de la mesa francesa.

Letitia se encuentra muy callada. Observa todo y a todos, sumergida en un preocupante silencio. ¿Qué estará pensando?

Mario camina hasta nosotros con una jarra de agua con rodajas de pepino, le sirve un gran vaso... y Letitia lo agradece con una sonrisa. El tío toma asiento a un lado de ella y con su agradable calidez toma su mentón y grita...

—¡Pero esta mujer es una belleza Juani!... ¡qué buen gusto nene! Hijo de tigre saliste —ríe y guiña un ojo en dirección a mi padre, éste aplaude en alto con actitud triunfante. —Decime querida, ¿a qué te dedicas? Porque con esa cara, y esas piernas, ¡seguro que eres una súper modelo!

—Tío por favor —Grita Victoria intentando detener el interrogatorio, pero Letitia deja escapar una dulce risita y parece soltarse un poco.

—Soy azafata —Responde y automáticamente el resto de las personas que se encuentran en la cocina giran para escuchar. La realidad, es que aceptaron la llegada de mi hijo a este mundo sin hacer preguntas de ningún tipo... pero eso no quiere decir que no estén muriendo de ganas de indagar sobre la mujer que me trae a mal traer.

—¡Juani! —grita la pequeña Sol, y llega corriendo hasta mí. Automáticamente me pongo de pie y la levanto en brazos... como es típico en nosotros, con voz de monstruo loco «según ella» le pido su cuello.

—Quiero comer cuello de niña grrrr —gruño en su oído, y la muy desfachatada de mi hermana, levanta en alto su cabecita y me lo entrega entre risas, le besuqueo todo su tierno y perfumado cuellito y ella deja

escapar unas risotadas y agrega...

—¡Ahora a Serrana!

—El monstruo ahora quiere cuello de Serrana... ¡grrrr! — deposito a Sol en el suelo y comienzo a caminar en dirección de ellas, Serrana grita y ambas corren de la mano evitando mis cosquillas, pero de una zancada atrapo a mi prima y tras unos besos las dejo libre.

Mi padre me entrega una copa de vino y levanta la suya convocando un brindis.

Observa a todos, corroborando que tengan sus copas, menos Victoria y Letitia por obvias razones y proclama un fuerte y gran...

—¡Por la familia! — para luego rematar con su clásico —*In vino veritas*.

Todos sonreímos y elevamos nuestras copas a modo de brindis. Mi gitana se ha soltado un poco y me sorprende mucho cuando Victoria la invita a ver el cuarto del futuro bebé.

Ella duda por un momento y luego se pone de pie siguiendo a las mujeres escalera arriba.

Capítulo 13

De un momento para otro me veo rodeado por los hombres que quedan en la cocina a cargo de la cena.

Y sin mucho preámbulo soy inducido a contar que hay detrás de esta reciente paternidad.

A la voz de...

—Suelta el moco hijo, cuenta que ninguno de nosotros nos chupamos el dedo —papá me insta a contar algo de mi historia.

Aflojo mis hombros y tras un largo trago de vino, intento liberar algo de la tensión que vengo acumulando de estos días.

Mi resumen es muy escueto y frontal. Pero sé que estos hombres me han respaldado siempre y sea lo que sea, cuidarán de mí con capa y espada, al igual que yo daría mi vida por ellos.

—Letitia es la azafata que me atendió en mi último viaje a Nueva York, digamos que no fue ni es “amor a primera vista” yo tan solo me dediqué a molestarla todo el vuelo... y ella no fue miss simpatía. Cuando arribamos, me di cuenta que por desgracia compartíamos hotel... la cosa no quedó ahí, porque a la noche y luego de la junta, como si me tratase de un maldito acosador la seguí a una disco a la que concurrió con el resto de la tripulación, y en el baño de ese lugar, la dejé embarazada.

Mi padre y Fede me miran con el ceño fruncido y brazos cruzados a la altura de su pecho, inmersos en un profundo silencio.

Finalmente creo que dar participación a mi familia, sobre todo a los hombres de la misma, me puede ayudar a ganar el respaldo y seguridad que me está faltando.

Retomo la palabra.

—Nunca me dijo nada, pero de casualidad me enteré que fue a una clínica para abortar, —tío Mario se tapa la boca con la mano con la cual

sostiene un paño de cocina —y como un loco me presenté allí y tras mover cielo y tierra la saqué del lugar a la fuerza... De ahí en adelante todo es más complicado... ella no quiere al niño y yo sí. Le hice una especie de “propuesta” ...

—«Fede se ahoga y tose, pero se recupera rápidamente tras un trago de vino»

—¿Qué clase de propuesta? —pregunta.

—Una vez que nazca mi hijo me lo quedaré, firmaremos un acuerdo y ella podrá desvincularse por completo del tema y seguir con su vida de gitana, volando por todo el mundo sin responsabilidades.

—¡Eso parece un acuerdo con el Diablo nene! Tú no puedes comprarle la criatura a esa mujer —comenta el tío Mario.

—¿Qué otra opción puedo tener tío? Ella intentó matar al bebé.

—¿No te pusiste a pensar que quizás se asustó? —Agrega Fede.

—¡No.!... No admito que una persona por miedo pudiera cometer semejante acto de desamor. Mi madre jamás hubiera hecho eso.

—Juan... ella no es tu madre, —alega papá —Anita era una persona amorosa y buena madre. Pero ya no está. No puedes vivir con el pensamiento de que hubiera hecho o no tu mamá. Yo la amé... y mucho, pero me privó de tenerte hasta que fuiste un hombre. ¿Te parece que la tendría que haber lapidado por eso?... ¿crees que no hice bien en darle una segunda oportunidad? Si no se la hubiera dado, ¡hoy por hoy, no te tendría y no sería un futuro abuelo!

—Pero... ¡pa! No la puedo perdonar, no me puedo olvidar.



Capítulo 14

Fuera de la cocina Letitia escuchaba y confirmaba sus pensamientos.

Juan Ignacio jamás la perdonaría. Él seguía con el plan de apropiarse del niño.

Tendría que huir... no tenía otra alternativa.

Giró sobre sus talones y subió nuevamente las escaleras con un nudo en la garganta.

Al llegar al pasillo principal que comunicaba los dormitorios, y sin una idea clara de dónde huir, una pequeña criatura le cortó el paso.

—Hola.

—Hola —respondió Letitia.

—Soy Sol, la hermana de mi hermano.

Le produjo ternura su presentación, de forma tal que tendió la mano y estrecharon palmas, como si fueran dos adultos.

—Mucho gusto Sol, mi nombre es Letitia y soy la... —pensó por unos segundos su respuesta, hasta que finalmente agregó—...una amiga de tu hermano.

—¿Quieres que te invite a ver mi colección de caracoles? —¿Caracoles?... pensó Letitia, ella odiaba los babosos caracoles, pero aceptó de todas formas, y tras recibir la pequeña manita de Sol en la suya, la siguió hasta abajo, donde junto a la mochila del colegio, se encontraba una gran pecera de acrílico con tapa, en ella se podía ver tierra, pequeños troncos y un montón de caracoles de diferentes tamaños.

La pequeña niña con un poco de dificultad destapo el recipiente y tomo a uno de ellos en la mano.

—Este es mi favorito —dijo Sol —es el hijito... su nombre es Benito el Caracol.

—Lindo nombre —respondí con los pelos de la nuca erizados ante el pequeño animal que se deslizaba por la palma de la niña.

Y mi temor se hizo realidad.

—¿Lo quieres tener?

—No es nece... —intenté responder, cuando la pequeña depositó a Benito en mi mano.

—¿Hace cosquillas verdad?

—Si... cosquillas —mi risa nerviosa ayudaba a que Benito no saliera disparado por el aire.

—Bueno Sol... creo que tiene sueño y quiere ir a su casita —. La niña me observa y analizando mi actitud suelta...

—Es normal —eleva sus pequeños hombros y mueve sus coletas rubias —muchas personas le tienen miedo a los caracoles. ¡Se llama blublofobia! Mi mamá me lo dijo.

—Blenofobia Sol... ¿y ya podrías dejar a nuestra invitada amore mío? —intercede Sofía para mi alivio. Al fin puedo dejar escapar el aire que venía reteniendo.

—¡Gracias!

—No es nada Letitia... mi hija en ocasiones puede ser muy... ¡intensa!

Ambas reímos y en verdad siento pena. Una profunda pena de que lo nuestro con el Diablo, no pueda ser normal y que esta familia fuera mía también.

A pedido mío y tras unas cuantas protestas de Juan Ignacio soy dejada en la puerta de mi edificio.

Insiste en que vaya a su casa, que es más cómodo, que puede asistirme en todo lo que necesite... que le es imposible saber si me alimento bien o no, cuando estoy lejos.

—No puedo dormir bien en la cama de tu departamento —. Miento para que me deje tranquila.

—Podríamos compartir mi cama —Suelta a la vez que hace un guiño seductor. Automáticamente mi corazón se comprime y mi entrepierna se empapa.

«No puedo hacerme falsas expectativas o el dolor de la caída será más grande»

Sonrío y salgo del coche sin mirar atrás. Es lo mejor, lo más sano para mi corazón y para el plan que quiero llevar a cabo.

Antes de entrar a la portería de mi edificio escucho...

—¡Letitia!

Doy la vuelta y me sorprende ver al Diablo parado detrás de mí. No escuché que saliera del vehículo, pero ahí está... a pocos metros de mí, con su impresionante altura e intimidante porte, está usando unos jeans con una camiseta blanca y una camisa a cuadros desprendida por fuera del pantalón que me vuelve loca... y mi corazón bombea pidiendo auxilio, el pobre no puede más con tanto disgusto que le estoy dando últimamente.

«Pronto pasará amigo mío... lo prometo»

—¿Sí? —respondo distraídamente intentando no mostrar el cúmulo de emociones que estoy sintiendo desde hace meses.

—El lunes tenemos cita para nuestro primer ultrasonido.

«¿Nuestro?»

Asiento en silencio con un simple movimiento de cabeza y sigo viaje sin mirar atrás. Es lo mejor, me repito una y otra vez, como si fuera un mantra.

El fin de semana decidí recluirme en mi guarida... (Llámesese hogar).

Apago mi celular... hoy estoy un tanto border y me niego a tener, o a no tener noticias de Juan Ignacio.

Es sábado a la noche y me dispongo a comer pizza y ver mi serie favorita en el mundo entero... ¡Friends!

Son las nueve de la noche, y la reina se acaba de ir a una cita enfundada en un ajustadísimo y corto... ¡muy corto! vestido negro. Al parecer tiene una cita, y la muy zorra no me ha querido decir con quién... solo espero que no sea con el insufrible comandante Fraga «Puaj»

Ya ordené la cocina, Luli tiene comida y agua... y yo una enorme caja de pizza y un pote de palomitas de maíz con miel y caramelo. Tomo asiento en el sillón y checo que tenga todo, ¡no me pienso levantar en toda la noche! control remoto... listo, botella de agua... lista, notebook... lista y teléfono de línea... ¡listo! Pienso que en cualquier momento en vez de caminar me dedicaré a rodar. Últimamente mis pantalones se niegan a prender, y la camisa de mi uniforme tira cada vez más a la altura de mi pecho, logrando que se abra entremedio de los botones y muestre mi brasier con mayor frecuencia.

Conecto la compu a la televisión y elijo la temporada ocho completa, ¡hoy no existo! Comienza la cortina musical y me recuesto en el sillón usando mis shorts de dormir y una camiseta hombro caído de Garfield. Elevo mis pies en un par de almohadones, Luli se acomoda junto a mí, nos miramos y sonreímos.

Pasan dos capítulos y ya fui unas cien veces al baño, pero al menos las náuseas matutinas son más esporádicas. Admito que no es nada sencillo estar embarazada. Agendo mentalmente el lunes pasar por alguna tienda de ropa maternal y comprar al menos un pantalón.

Suena el timbre del portero eléctrico. Pongo pausa, me levanto y camino hasta la cocina a contestar, esa es la cabezota de mi amiga que se olvida de todo cada vez que sale.

—¿Dejaste la cabeza esta vez reinita? Venga mujer... ¡suba! — oprimo el interruptor que abre la entrada principal y camino a la puerta de entrada. Escucho el sonido del ascensor abrirse y en cuanto la puerta de este se abre mi corazón se detiene.

—¿Qué pasó? —Grito antes de que Juan Ignacio entrara con su ceja cortada y sangre en sus nudillos.

—Me dijo que vendría por ti y por el niño... ¿Estás bien Letitia?

—¿De qué me hablas?... ¿Quién vendrá por mí?

—Tiene fotos, ¡fotos de toda mi familia! El hijo de puta me estuvo siguiendo. ¡Cree que yo soy el padre del niño que espera ella!

Cierro la puerta una vez que Juan Ignacio entra en mi casa y sujeto sus hombros, observo sus ojos... ¿me pregunto si estará borracho o... drogado?

Descarto esa hipótesis... no lo veo del tipo de hombre con esas costumbres.

—Juan Ignacio... ¡mirame a los ojos ahora! —parece salir por un momento del trance que se encuentra y me mira. —¡Tenés que decirme...! ¿Quién es que tiene fotos nuestras?

—Lo mataré si algo les sucede —suelta con un tono de voz tan gélido que eriza hasta el último vello de mi nuca. Seguido a eso me abraza con fuerza y hunde su cara en mi cuello. Lo escucho inhalar profundamente y su cuerpo se relaja.

Estoy estupefacta, no entiendo nada de lo que está pasando, ¡necesito una explicación! Pero sé que ahora no es el momento indicado.

—Vení... vamos a limpiarte —. Pido tendiendo mi mano para que

me siga a mi habitación.

Solicito que tome asiento en mi cama, mientras apronto un baño de inmersión. Su ceja pierde un fino hilo de sangre, el cual confluye en el cuello de su camisa blanca.

Una vez que la bañera se encontró llena y la espuma con olor a vainilla la cubre hasta el borde, camino en su dirección y me inclino frente a él.

Suavemente busco su mirada con la mía. Cuando finalmente ellas se encuentran, suavemente le pido...

—¿Me dejarías cuidarte?

Una pequeña... mínima, casi imperceptible mueca de lado denota una ínfima sonrisa, seguida de un gesto de dolor.

Nos ponemos de pie y de la mano caminamos al baño. Tiene una expresión triste en su mirada. Me pongo de pie frente a él y lentamente desprendo su camisa, y la retiro con cuidado de no tocar la piel rota de sus manos. El Diablo me observa en silencio.

Desprendo su cinturón y los botones de su pantalón. El me ayuda quitando sus zapatos y el pantalón de vestir cae al suelo, dejando al padre de mi hijo en ropa interior. La boca se me hace agua al ver el perfecto six pack frente a mis narices.

«¡Controlate Letitia!»

Oooooommmmm...

No quitaré su ropa interior, o en vez de un acto de protección se transformaría en una carnicería... la tensión subiría tanto que el agua de la bañera entraría a punto de ebullición.

Me observa en silencio. Quisiera saber en qué piensa, y sobre todo... ¿Qué fue lo que hizo?

—Al agua pato —comento amigablemente y para mi sorpresa la

comisura de sus labios se eleva unos milímetros.

Para mi sorpresa y horror, introduce ambos pulgares en el borde de la tela de su apretado bóxer y lo desliza hasta abajo, hasta quitárselo por completo y llevándome al precipicio de mi propio autocontrol.

Tiende una mano hacia mí.

—¿Me acompañás?

—Ehhh... no, bueno este... creo que mejor yo...

No puedo terminar de tartamudear mi respuesta. Me sorprende dando un paso hasta mí y tomando el dobladillo de mi camiseta, de un limpio movimiento la elimina por sobre mi cabeza.

Quedo desnuda. Bueno... semi desnuda. Mis pechos que cada día están más grandes asoman exultantes ante el adonis que tengo frente por frente.

Dando otro paso... otro peligroso paso, queda a unos veinte centímetros de mí, claro que hay zonas donde lentamente la distancia comienza a acortarse, su erección me deja estupefacta.

Nuevamente aproxima sus manos hasta llegar a mi short, tomando el fino cordón que lo sujeta, lo desata y éste cae al piso del baño.

—Hermosa —susurra para sí mismo.

El momento es tan mágico y sensual que no siento vergüenza.

Todo lo contrario... me siento más mujer que nunca, sensual y femenina. Por tal motivo yo misma voy deslizando mi tanga hasta eliminarla por completo.

Nos miramos... hoy no somos Juan Ignacio y Letitia.

Ni el Diablo ni la gitana.

Solo un hombre y una mujer, con sentimientos encontrados y tantos miedos que nos impiden amar o dejar amarnos.

Juan Ignacio me entrega su mano, entra en la gran bañera y me invita a hacer lo mismo. Solo que para mi sorpresa cuando toma asiento, me pide que yo haga lo mismo, pero de espaldas a él. Me abraza y besa mi nuca, lentamente me recuesta hasta que mi espalda queda en su pecho.

Coloca sus dos grandes manos sobre mi abdomen y dejamos que el silencio nos acompañe.

—Somos tres los que estamos tomando este baño, gitana —susurra antes de besar mi sien.

No puedo aguantar mi curiosidad y salgo lentamente al ataque.

—Me gustó mucho tu familia... tu papá es muy joven.

Siento su cuerpo tensarse debajo de mí, pero casi al instante afloja sus músculos.

Deja caer su cabeza atrás, recostándola contra los azulejos.

—Mi padre tenía 15 años cuando dejó embarazada a mi madre. Eran dos mocosos que se amaban con locura... pero a los que la injusta vida separó... mis abuelos no querían que yo naciera, éramos una familia muy humilde, mi madre estaba por terminar el secundario cuando yo “entré en acción”, y con seguridad eso lo cambiaría todo. Una tarde su padre la arrastró prácticamente a la fuerza a una clínica para que terminara con el embarazo... y fue mi bisabuelo... (Padre de mi abuela) quien lo impidió.

Mi corazón se estruja.

Estoy escuchando la historia que en un futuro podría contar mi propio hijo. El dique se rompe y mis lágrimas comienzan a caer por mis mejillas. Por suerte estoy de espaldas y al Juan Ignacio ignorarlas sigue su relato.

—Mi vieja era una santa... aceptó la condición de tenerme en silencio, sin participar a mi padre de nada. Años más tardes, creí que ya era suficientemente grande como para tomar el toro por las astas.

Vinimos a la capital a conocer a mi padre... ¡mi viejo es un caso! Tras gritar a los cuatro vientos en su oficina un par de veces “¿Cómo es posible que tenga un hijo y nunca antes me lo dijeras Anita?” ... fui aceptado desde el vamos, bueno... en realidad fuimos aceptados. Tanto mi madre como yo pasamos a formar parte de esa familia que tuviste el privilegio de conocer ayer. En la cual compartir ADN y apellidos son tan solo daños colaterales como nos gusta llamarlo. Mamá partió hace ya algunos meses, pero creo que lo debe de haber hecho en paz, sabiendo que yo estaría bien cuidado y protegido con ellos.

—Parece una novela de amor —respondo aún acongojada por el relato.

Piensa en silencio por un momento, hasta que finalmente suelta.

—Sí... Una historia de amor. ¿Y qué me dices de ti gitana? Poco sé de tu vida... podría hacer un llamado y averiguarlo, pero se me hace más interesante que me lo cuentes vos.

Respiro hondo y él se da cuenta al instante de mi cambio... me incomoda hablar de mi vida.

—Si querés claro está... no te obligaré a que me cuentes lo que no quieras.

Es mi oportunidad. ¡No puedo vivir metida en la crisálida para siempre! En algún momento la mariposa tendrá que salir, y comenzar a vivir su nueva etapa.

—Mi vida no es tan “*historia de amor*” como la tuya —comento con una sonrisa triste, mientras comienzo mi relato —soy hija única y salvo una tía que vive en Argentina, recorro esta vida sola, bueno... mejor dicho la recorría sola —acaricio mi vientre —. Mi padre era piloto y mi madre maestra de primaria, éramos una familia normal... cariñosa, unida y feliz. Nos encantaba viajar por el mundo y conocer diferentes culturas. Papá tenía 45 años y mamá 40 cuando fallecieron —. Siento su cuerpo tensarse tras mi espalda y como si fuera un escudo su abrazo se afirma con más fuerza sobre mí.

—¿Un accidente? —pregunta finalmente.

—Aham. Un puto accidente —Respondo.

—Lo lamento mucho.

—No te preocupes... no puedo decir que las heridas sanaron por completo, pero cada día que pasa... duele menos. Con 16 años quedé prácticamente sola, una tarde intenté terminar con mi vida... y si no fuera por mi tía que me vino a buscar y me llevó con ella, no sé dónde hubiera terminado. Completé mis estudios en Buenos Aires y luego comencé a trabajar en Ezeiza, tiempo más tarde cuando tenía 21 años conocí a Sil y todo cuadró perfecto, me mudé nuevamente a Uruguay y conseguí trabajo de azafata... mi sueño. Siempre sentí que volando estaba más cerca de mis padres.

El silencio que nos rodea me aturde, tan solo escuchamos el constante sonido de la única gota que cae por la canilla mal cerrada de la bañera.

—¿Cuál es tu comida favorita? — Le pregunto, intentando romper el hielo que se formó con nuestros relatos.

—¿La pizza cuenta cómo comida? —Pregunta con una dulce sonrisa en la boca.

—¿Bromeas?... ¡la pizza lidera la lista de las mejores comidas del mundo mundial! Y en la sala hay una XXL esperándonos, solo tendríamos que calentarla —guiño mi ojo.

—Mmm, no me tientes mujer, o correrás peligro de que mude mi cepillo de dientes para tu casa.

Sonrío y apoyo mis manos a cada lado de la tina para ponerme de pie, pero unos fuertes brazos me lo impiden.

—Espera... ¿miedos? —pregunta con una chispeante mirada.

—¿Tú cuentas?... —río —quiero decir el temor que me produce

tenerte de esta forma ¿cuenta?

—Nop... yo no cuento, ya que detrás de este “Diablo” como te gusta llamarme... se encuentra un tierno osito de felpa.

—¡Odio los ositos de felpa!

—A este osito juro que lo amarás gitana —suelta antes de hacerme cosquillas en ambos lados de mi cintura.

—No, nooo, ¡basta...! ¡Por favor, cosquillas no!

Cuando se detiene, nuevamente descanso mi peso en su cuerpo.

—Siempre le tuve miedo a los payasos.

—¿Payasos?... ¿es broma?

—Nooo, nada de bromas. Ellos con esas risas siniestras pintadas. Creo que traman algo para conquistar el mundo.

Puedo escuchar contra su pecho el hermoso sonido que produce su risa. Me envuelve en un cálido abrazo y me gira. Con el agua, nuestros cuerpos son resbaladizos. Quedamos cara a cara, mirándonos, conociéndonos por primera vez. En silencio, hasta que finalmente suelta...

—Creo que deberíamos intentarlo Letitia.



Hacemos el amor. Creo que por segunda vez desde que nos conocemos. En el agua... envueltos en ese halo de intimidad que ambos creamos, hacemos el amor. Devoro esa hermosa boca que tiene, muerdo su cuello como un poseso y le hago el amor con fuerza y dulzura.

La giro. La quiero de espaldas... adoro su espalda, y sobre todo su culo. Mi pene no aguanta más, necesito penetrarla, quiero estar dentro de ella ¡ya!

Con cuidado la levanto unos centímetros y ella queda de rodillas mirando a mis pies. Juego con mi miembro sobre su culito, lo deslizo por

sus nalgas y sin mucho aviso la hago descender sobre mi gran y duro falo.

Gime y deja caer su cabeza para atrás.

Estoy más que pronto, y ella también. Comienza a moverse subiendo y bajando lentamente mientras levanta su cabello. Ver su nuca y ese movimiento solo me calienta más... y más.

Aceleramos nuestros movimientos, pero cuando estamos a punto de alcanzar el orgasmo la detengo y la giro. De forma tal que ahora nos encontramos de frente nuevamente, porque es así como quiero tenerla. Cara a cara.

Tomo sus labios con desesperación mientras la hago subir y bajar, mi pene fricciona dentro de ella ayudado por el agua, y cuando ya no podemos controlar la pasión por más tiempo... eyaculo. Un torrente río de semen sale de mi cuerpo inundándola por completo y dejando rastro en el agua de la bañera. Descansa su cabeza en mi cuello mientras yo acaricio su espalda.

De esa forma pasamos unos minutos reponiéndonos del orgasmo que acabamos de tener. Pero el agua comienza a enfriarse, por lo que me pongo de pie y busco un par de toallas de un canasto que hay a un lado de la pileta.

Envuelvo una en mi cintura y mantengo otra abierta para envolverla a ella en cuanto salga.

Salimos abrazados del baño cuando escucho...

Capítulo 15

—¡Así te quería ver hijo de puta!

—¿Qué haces acá?

Frente a nosotros Adrián el marido de Serena nos apunta con un arma.

Aún tenía la cara ensangrentada debido a la paliza que le propiné hace unas horas y sujetaba su hombro como si este se encontrara dislocado.

—Bajá el arma imbécil, no sigas jodiendo tu situación.

—¿Esta es tu amiguita?... es linda la azafata y por lo que pude ver mientras se “bañaban” bastante putita también —deja escapar una gran risa que en verdad me hace temer por la vida de Letitia y la de mi hijo.

Instintivamente doy un paso hasta quedar delante de ella, soy consciente que si dispara mi cuerpo no detendrá por completo la bala, pero estoy dispuesto a intentarlo.

—Adrián... hablemos de hombre a hombre, dejá a la chica tranquila.

—¿Temés que lastime al bastardito que engendraste? ¿Por qué no le contamos a esta pequeña que aún continuás revolcándote con la ricachona de tu novia también?... ¿Pilar verdad?

Escucho el llanto de Letitia detrás de mí y eso me enloquece.

«No llores mi amor»

Está asustada. Quiero abrazarla, decirle que todo va a estar bien, ¡pero no puedo! Este imbécil no solo está poniendo en riesgo nuestras vidas, sino que está destrozando mis ilusiones de poder tener algo más con ella.

—Adrián, intentá recapacitar... las cosas no se arreglan de esta forma —Intento decir, pero soy interrumpido con un grito.

—¡Cállate imbécil!... ¿a mí me pedís que sea civilizado? Cuando me estuviste acechando como un cazador y cuando menos lo esperé te encontré dentro de mi coche y me golpeaste como un animal.

—Te merecías eso y mucho más hijo de puta —mis palabras salen de mi boca antes que pueda pensarlo.

—Sí. Me lo merecía... pensar que asistí al velorio de tu madre hijo de puta... el velorio más aburrido y patético al que fui en toda mi vida. Recuerdo que dos veces fui al baño a darme un toque con coca para aguantar un rato más. Y te vi llorar... —«ríe» —lloraste como un bebé, como ese que lleva en el vientre la puta que está parada detrás de ti, llorabas como lo haría ese bebito si llegara a tener la posibilidad de nacer... pero no la tendrá.

Intento con todas mis fuerzas controlarme, pero no lo logro. Doy dos pasos hasta que lo tengo en mi alcance y le propino un golpe en su ya magullada mandíbula, pero cuando intento tomar la mano que sujeta el arma, ésta se dispara.

Escucho el grito de Letitia y veo cuando la puerta se abre y entran Silvana con Máximo Von Der Puten, quien al instante corre hasta donde forcejamos y remata de un golpe a mi agresor.

No siento dolor, pero puedo ver que me encuentro bañado en sangre. Mi amigo me obliga a sentarme en un sillón mientras saca el teléfono del bolsillo de su saco y llama al 911, pidiendo una ambulancia y un patrullero.

Letitia llega temblando y bañada en lágrimas hasta mi lado, empalidece cuando ve tanta sangre, la miro a los ojos y acaricio su carita, pero noto que aún continúa usando solamente una toalla... ¿se encuentra desnuda?

«Mierda»

—Titia ve a vestirte —ordeno.

Ella observa la pequeña toalla anudada sobre sus pechos y luego la sangre que brota de mi hombro.

—¿Es una broma verdad? Luego de lo que nos pasó... ¿y a ti solo te preocupa que esté desnuda?

Máximo gira para observar el cuerpo de la gitana.

«A mi gitana no»

—¡Máximo! —grito.

—Tranquilo bebochi —responde sonriente elevando sus manos en claro gesto de inocencia.

Silvana poniendo paños fríos a la situación, acompaña a Letitia a su dormitorio para vestirse.

Máximo no entiende nada, ve al hombre inconsciente al que acaba de golpear, mira mi herida y me siento obligado a darle una explicación.

—Ese... —señalo a la escoria humana que está tirado en el suelo —mejor dicho, ese era el marido de Serena... había huido, pero lo encontré y me las cobré... le cobré cada puñetazo... cada insulto, cada uno de los dolores que le causó a mi amiga.

—Joder —comenta Máximo con asombro — ¿quién hubiera pensado que era golpeador?

Camina unos pasos hasta el inconsciente hombre y me sorprende cuando lo remata con una fuerte patada en los huevos.

—Un testículo más, o uno menos —suelta elevando sus hombros —es indudable que en la cárcel no los necesitará. Seguramente se vuelva “pasivo” —comenta haciendo comillas con los dedos y ambos reímos.

Fui llevado al sanatorio donde me dejaron en observación por unas horas. Por suerte la bala solo rozó mi cuerpo, por tal motivo, con unos

puntos y algunos antibióticos, fui dado de alta.

Esa noche la pasé en la casa de mi padre. Tanto Sofía como papá se negaron a dejarme dormir en mi departamento, y yo viendo que la gitana, no tenía intenciones de pernoctar conmigo acepté gustoso la invitación.

Era tarde cuando llegamos a casa de mi viejo, Letitia ya había recuperado el color, y tras un pequeño chequeo donde le tomaron la presión fue dada de alta también.

Adrián fue detenido y Pablo aseguró que no se detendrá hasta verlo pudrirse en una cárcel.

—Sofía nos deleita con una sabrosa carne al horno con el clásico puré de zapallo.

Letitia y Sofí ponen la mesa, mientras mi padre me invita a su oficina.

Tomo asiento y la cara de mi viejo no me gusta para nada.

—Juan... al parecer Adrián ya había estado preso por porte de armas y tráfico de estupefacientes. Tenemos que estar alertas.

—¡Zángano de mierda!... pero mi pregunta es: ¿Serena sabría todo esto?

—No tengo idea, no lo creo... tanto ella como su familia son personas encantadoras y no los veo en negocios turbios.

Mi viejo camina hasta la biblioteca, donde a un lado se encuentra un mini bar y toma dos botellas de agua mineral. Camina hasta mí y me entrega una.

—¿Agua?

—Y sí... agua, hasta que no termines los antibióticos nada de alcohol.

Refunfuño algunas palabras para adentro... sobre que ya soy un

hombre, que es mentira que el alcohol disminuye el efecto de las medicinas y otras sartas de estupideces. Pero lo cierto es que respeto a mi padre y nunca le llevaría la contra cuando bien sé, que todo lo hace por mi bien. Y con ese respeto y admiración que tengo por él, es que sé que me trajo a este lugar para darme lata sobre algo.

Un algo con nombre y apellido.

«Letitia Closter... la gitana»

Tomo asiento en el sillón de cuero negro que hay debajo del ventanal. Doy un trago a mi botella de agua y espero... no puedo hacer otra cosa que esperar lo que me tiene que decir.

Lo que seguramente será en 3... 2...

—Hijo... quiero que hablemos sobre Letitia y el futuro bebé. Entiendo que la situación de ustedes fue y es un tanto atípica —comenta mientras se apoya en el escritorio y cruza los brazos —pero con Sofía hablamos y coincidimos en que se ve amor entre ustedes, y sería un daño irreparable el separar a la criatura de su madre... ¿no creés?

—Supongo.

—Suponés bien. Generalmente intento tener la mente abierta, pero en este caso creo que lo mejor es que se casen y prueben algo juntos.

De un salto me pongo de pie.

—¿Casarnos papá?... pero te has vuelto loco viejo.

—Bueno... un poco tal vez, pero razonemos juntos. ¿Cuál es la forma más fácil de tener controlada a una mujer?... porque seamos sinceros... ¿esos animalitos no son fáciles de tratar? Y un día tu abuelo me dijo... que lo mejor que pudo hacer fue casarse con tu abuela, y centralizar ambas vidas en una, de esa forma se sentía más tranquilo y maximizaba la logística.

Largo una carcajada ante las locuras de mi abuelo... puede ser que tenga razón, porque tener a esta mujer suelta ¡me está volviendo loco!

Pienso que si pudiera la raptaría y la llevaría a vivir en medio del campo... donde no se me pueda escapar y yo pudiera controlar lo que come, las horas que duerme... o con quién lo hace.

En contra de mi voluntad Letitia se marcha apenas terminamos de cenar, y no hay forma de que logremos convencerla de que desista.

“Gracias... de veras, pero no hay como la casa de uno”

Y son esas palabras, sumadas a las de mi padre las que me dejan pensando en la posibilidad de armar algo juntos.... Un plan de vida... los tres. ¿No sé lo que quiere o siente esta mujer? salvo por lo que hablamos en la bañera nada sé de ella.

Esa noche duermo en el cuarto de invitados con Sol y Benito caracol.

Convengamos que lo pasamos bien, pero entre la babosa mascota de mi hermana y el dorado cuerpo de la gitana hay un abismo.

Sol me cuenta tres cuentos para hacerme dormir, Caperucita roja, Los tres cerditos y La Sirenita... todos tienen la misma trama y son contados de igual forma, tan solo cambia el o los protagonistas...

“Caperucita, estaba perdida en el bosque y no encontraba a su mamai y a su papai”

«Adoro que diga “mamai y papai”»

Cuando llego el turno del cuento de los cerditos, el argumento fue el mismo...

“Los tres cerditos, estaban perdidos en el bosque, y no encontraban a su mamai y a su papai”

—Te amo enana —susurro con su cabecita apoyada en mi pecho. Y siento el deseo de poder tener a mi hijo y a su madre de esta forma algún día, en mi cama, en mis brazos, protegidos con mi amor.

Miro mi celular y pienso en llamar a Letitia a ver si llegó bien a

casa, pero éste se enciende y recibo un mensaje en el momento.

****Llegué bien a casa y ya estoy acostada. Espero puedas descansar y no duela mucho. XOXO****

¿Me mandó besos y abrazos?

****Estoy bien gitana, que descansen. También te mando besos... uno a ti en el cuello y otro para él o ella en la panza****



Capítulo 16

El lunes a la mañana me despierta el molesto sonido de mi celular. Miro la hora en el reloj de mi mesita de luz y son poco más de las ocho de la mañana.

Tomo mi teléfono y veo que es un mensaje de texto de Juan Ignacio.

****Hermosa, no olvides que a las nueve tenemos médico y el primer ultrasonido de nuestro bebé. Debes tomar dos litros de agua. ¡Sí! Dos litros... calladita y sin chistar.****

«Tenemos médico» ... «nuestro bebé» esas palabras hacen eco en mi cabeza.

Respondo:

****Obvio que lo recordaba... creo que lo de los dos litros es una leyenda urbana, intentaré tomar al menos uno.****

La respuesta no se hace esperar...

****¡Nada de leyendas urbanas mujer! Si hoy no logramos ver al niño por la falta de agua en tu vejiga, ¡me lo cobraré con tu cuerpo!... ¡Sí, es una amenaza!****

Sonrío con ternura al ver el mensaje de texto y automáticamente siento mis partes nobles humedecerse y aumentar de temperatura.

Salgo de la cama con una notable energía. Entro a la ducha y me doy un rápido baño, sé que hoy tendré mi primer análisis de sangre, por lo que tengo que mantenerme en ayunas. Me froto con la toalla mientras rebusco en mi guardarropa algo que me quede bien.

Que me quede bien ¡no! en realidad ¡necesito algo que me entre!

Es pleno verano y el día de hoy amenaza con ser muy caluroso. Encuentro una pequeña solera blanca, que es bien floja y unas chatitas al

tono.

Busco mi bolso, guardo mi celular en él, unas gomas de mascar, y el libro que estoy leyendo sobre “Cómo eliminar la culpa de los embarazos no deseados”

En cuanto estoy por salir, el sonido del timbre del portero eléctrico me detiene.

¿Quién será?

—Diga.

—No demores que estoy mal estacionado.

«¿Vino por mí?»

Un cosquilleo en la panza, seguido por mi sonrisa tonta, me indica que estoy perdida.

«Muy perdida»

Lo veo de pie, fuera de su coche esperándome. Su sonrisa se ensancha al verme y no puedo hacer otra cosa que devolverle con otra igual.

Abre la puerta del coche y espera a que me acomode.

Se lo ve feliz y no queda ni rastro del hombre preocupado que recibió un disparo del ex de su amiga.

Rodea el coche y ocupa su lugar tras el volante. Me mira risueño y noto cómo observa mi atuendo.

«¿Estaré mal vestida?»

A él se lo ve fresco e impecable ¡como siempre! Su cabello con la cantidad justa de humedad y desorden dando ese look de polvo reciente. Me gustaría enredar mis manos en él y acercar su boca a la mía... «Basta Titia o harás un papelón mojando el asiento de cuero del auto»

Viste un pantalón sport color beige, una camisa Polo color rosa claro sin corbata, lentes de aviador Ray Ban y ese perfume arrancador de bragas que no sé qué cuernos de marca tendrá.

Está comestible. Tengo que contener las ganas de quitarme el cinturón de seguridad y lanzarme a lamer ese cuello.

¡Para colmo de males, se encuentra en modo seductor!

—Estás hermosa —Suelta con una sonrisa en los labios y un furioso calor sube a mi cara.

¿Me sonrojé?

—Gracias, tú tampoco estás mal —respondo con humor.

Pone en marcha el auto y por suerte enciende el aire acondicionado, antes que yo entre en combustión espontánea.



—¿Quieren saber el sexo del bebé? —Pregunta la obstetra.

Con Letitia nos miramos... ¿pero de cuántos meses estamos hablando?

Ella sonrío feliz y sus ojos se llenan de lágrimas.

—Me encantaría —Susurra bajito al tiempo que beso la mano que sujeto.

—Nos encantaría saber el sexo doctora —Confirmo.

—Bueno, me alegro que así sea —responde jocosa —porque esto que ven aquí —señala la pantalla, no es un brazo ni una pierna...

—¿Un niño? —Grito y saco el teléfono de mi bolsillo para contar la noticia.

—Exactamente, tendrán un varoncito, y según lo que me contaron, este es el primer control que tienen.

—Así es —confirma Letitia con pesar —pero hace unos días que comencé a tomar vitaminas prenatales.

—Eso es muy bueno, pero descuiden... no van a ser ni la primera ni la última pareja en enterarse tarde que están esperando un bebé.

Ambos dejamos escapar el aire con alivio, la verdad es que me generaba mucha culpa no haber tenido los controles a tiempo, exponiendo a la criatura a nuestra negligencia.

—Según la medida del fémur y el diámetro de la cabecita, el feto tiene 14 semanas aproximadamente y estimo que la fecha probable de parto será para fines de abril o principios de mayo.

Era una cosa de locos... en tan solo seis meses tendré a mi niño en brazos. Pienso.

Antes de abandonar el sanatorio vamos a ver a Serena.

Le pedí a Pablo que no le dijera nada sobre el ataque que sufrimos en el departamento de Letitia y sobre las amenazas que me hizo.

—¿Se puede...? —Pregunto antes de entrar.

—¡Juani! Claro nene, adelante —Responde sonriente.

Entramos tomados de la mano y encuentro a Serena acostada y a mi amigo Pablo recostado a un lado de ella.

—¿Cómo está mi amiga favorita? —Pregunto.

—¡Tu única amiga! Querrás decir.

—Veo que estás mala como de costumbre, ¿eso quiere decir que estás mejor?

—¡Qué bobito sos! —suelta, tendiendo los brazos en mi dirección, lista para darme un abrazo.

—Silencio lagarta —respondo abrazando con cuidado a mi amiga y a mi futuro sobrino.

—Epa che... ¡basta de tantos abrazos!

—No seas celoso sanguijuela, vení que para vos también hay “azuca” —comento jocosamente, rodeando el cuello de mi amigo y hablando con acento cubano.

Charlamos un rato, sobre que esa tarde recibirá el alta, también nos enteramos que su bebé nacerá un mes después que el nuestro y que tienen planes de vivir juntos.

¡Que viva el amor! Grita un angelito de pañales que baila en mi hombro.

Cuando estamos por marcharnos, golpean la puerta y una cara familiar... «Muy familiar» asoma tras ella.

¿Pilar?

¿Qué mierda hace Pilar acá?

—Buenaas... ¿se puede? —Pregunta arrastrando las palabras como siempre.

—Sí. Adelante Pilar, puedes pasar —Responde mi amiga con educación.

Entra meneando su cuerpo y mira de arriba abajo a mi gitana.

«¡Con ella no te metas!» Pienso.

—Pero divinaaaa, ¿Qué fue lo que pasó? Casi infarto cuando Juani me llamó para contarme.

«¡La mato!»

—Justo hace un par de días, cuando estábamos acostados ya para dormir hablábamos de vos y Adrián. Juani quería salir a cenar los cuatro, a un nuevo restó que se encuentra de moda.

—¡Basta Pilar! —Ordeno con furia. Pero ya es tarde... Letitia abandona la habitación, pidiéndole disculpas a Serena y fulminando con la mirada a mi ex.

Apunto con mi dedo a Pilar y suelto...

—Esto no va a quedar así, no lograrás separarnos.

Beso la frente de mi amiga y antes de salir es Serena misma quien da la estocada final a su para nada grata visita...

—Pilar, no te ofendas con lo que te voy a decir... pero nunca... ¡nunca! me caíste bien. Y te voy a agradecer mucho que saques a tú plástico, fofo, gordo y auto bronceado culo de aquí. Mi amigo está felizmente enamorado, así que niña... haceme el favor de comprarte un buen consolador extra grande y de color negro, para que se te vaya la cara de mal amada que tenés.

Pablo larga la risa y besa a su mujer con autentico amor.

Yo mantengo la puerta abierta permitiendo la huida de Pili con mayor facilidad. Ésta sale furiosa dando grandes zancadas y yo salgo en busca de Letitia. Espero que esto no arruine lo que comenzó a formarse entre nosotros.

—Adiós chicos, luego los llamo —saludo.

—Ve tras ella amigo... ¡rápido! —gritan ambos a coro.

Bajo la escalera corriendo, con tanta velocidad que quienes me ven pasar se hacen a un lado.

Cinco pisos sin pausa, hasta que, al llegar a la recepción, me falta el aire, pero finalmente la veo a ella, caminando rumbo a la salida.

«Es ahora o nunca» Pienso.

—¡Letitia! —Grito.

Ella, y todas las personas que se encuentran en la recepción en ese momento giran ante mi alarido.

—Sé que fui egoísta... —tomo aire, apoyo mis manos por sobre mis rodillas, estoy agitado y lo que voy a decir me oprime el pecho más que la carrera que acabo de dar. —Sé que soy un poco cabrón... y sé que quizás te arrepientas de esto por el resto de tu vida. Pero también sé... que nadie te va a querer y cuidar tanto como yo.

Ella mira en todas las direcciones con cara de pánico, cuando remato mi discurso y suelto...

—Letitia Closter... ¿quieres casarte conmigo?

«Silencio»

Un ruidoso silencio se forma en torno a nosotros.

—Juan... yo, eh... este no es momento para hablar de estas cosas.

—¡Sí mujer! Es ahora o nunca —mi voz sube unos decibeles — convengamos que yo no soy un príncipe azul, ni tú la Cenicienta... más bien somos el Diablo como te has empeinado en llamarme, y tú la gitana que me trató de envenenar con laxante en un avión, pero también eres la mujer más bella que he visto en mi vida, por la que mataría y juro por Dios que dedicaré el resto de mi vida a cuidarte y amarte como te lo mereces, si aceptas te aseguro mi corazón, mi cuerpo y buen sexo a diario.

“¡A diario!” repite una señora mayor, codeando al esposo que se encontraba a su lado.

«Risas de fondo y algún flash de una fotografía que nos toman, rematan la propuesta»

—¿Qué dices Letitia?... ¿le entregás tu alma a este Diablo?

—Sí Diablo... te la entrego.

Fue la respuesta que salió por su boca antes de que caminara hasta mí, para colgarse de mis hombros y regalarme un beso.

—¡Acepto!, te amo con locura —susurra contra mis labios — intenté que no sucediera, pero pasó y ahora me he hecho adicta a ti.

Beso sus tiernos labios con desesperación. Amo a esta mujer, a pesar de las alertas que me dio mi corazón, me enamoré de la loca gitana del avión.



Capítulo 17

Esa misma tarde mudaron las cosas de Letitia para el departamento de Juan Ignacio.

Y de esa forma, las semanas fueron pasando y la navidad y fin de año los halló juntos.

Armaron un bello árbol de navidad en la sala del departamento, y

éste se encontró repleto de regalos para Sol y el futuro nuevo integrante de la casa. Juan Ignacio le regaló una mecedora para amamantar al bebé cuando nazca, y ella a él una X-box nueva donde prometían varias competencias.

Febrero halló a Letitia a punto de rodar «según ella» y el gran día llegó.

—Lista mi amor.

—¡Síííí! —dijo ella con un pequeño grito.

—¿Y tú enana hermosa?

—¡Shi hermano! —saltaba Sol feliz de la vida con el vestidito blanco y largo hasta el piso. Gritaba... “soy una novia y me voy a cashar”

La puerta del salón se abrió y Sol camino esparciendo pétalos de rosas en la alfombra, tal cual lo habían ensayado en el departamento un sinfín de veces con papel picado.

La pareja entró de la mano tras la pequeña niña, hasta donde se encontraba el juez que sellaría el “acuerdo”

Al ritmo de I Love You Baby de Gloria Gaynor abrieron la pista de baile, abrazados y a los besos.

You're just too good to be true,

Can't take my eyes off of you.

You'd be like heaven to touch

I wanna hold you so much,

At long last love has arrived,

And I thank God I'm alive.

You're just too good to be true,

Can't take my eyes off of you.

Pardon the way that I stare,

There's nothing else to compare,

The sight of you leaves me weak;

There are no words left to speak.

But if you feel like I feel,

Please let me know that it's real.

You're just too good to be true,

Can't take my eyes off of you.

I love you baby, and if it's quite all right, ...



La luna de miel tuvo que esperar. Titia ya se encontraba con el embarazo muy avanzado y no podía viajar por seguridad. Estábamos a menos de un mes de que naciera nuestro pequeño Teo, cuando terminamos de decorar la habitación de él. Tres paredes blancas y una azul, donde el pintor dejó la decoración de pequeñas estrellas blancas, entre tantas estrellas y por pedido mío se pintó una mariposa blanca, de esa forma siento que su abuela cuidará de sus sueños también.

La pequeña cuna blanca la colocamos debajo del manto de estrellas y la mecedora de Letitia permanecía a un lado de la cómoda.

Finalmente estaba todo listo para recibir a nuestro pequeño machito.

Mi gitana ya no concurre al aeropuerto desde hace quince días. Y yo la llamo a casa unas veinte veces y debo reconocer que me he puesto un poco sobreprotector.

“La vida es bella” es el cartel que se encuentra en casa ni bien abrimos la puerta, y admito que lo es. Jamás esperé que luego de lo más doloroso que me podía haber ocurrido en la vida, en ese mismo año me sintiera pleno y dichoso.

Capítulo 18

Hace una hora que intento llamar a mi mujer y no atiende.

—Sere —llamo a mi amiga, pasan unos segundos y ella entra en el despacho con su panzota hermosa.

Otra que está a punto de salir de licencia maternal.

—Bebochi... ¿tú dirás?

—Nena, ¿hablaste con Titia últimamente? Hace una hora que no me atiende y estoy preocupado.

—La verdad es que no —responde con preocupación mi amiga — le mandé una foto de mi café con leche con medias lunas hace más de una hora, pero aún no lo ha leído.

Tengo un mal presentimiento.

¿Por qué mierda siento una dolorosa angustia oprimirme el pecho, impidiendo que respire con normalidad?

—Algo está mal —informo a Sere.

—Amigo... quizás solo está durmiendo —ella observa la hora e informa —son apenas las diez de la mañana.

—No... hace tiempo que no puede dormir hasta tarde, Teo patalea temprano y la despierta.

Me pongo de pie, tomo mi celular, las llaves de mi coche y me dispongo a salir para casa.

Beso la frente de mi amiga y acaricio su panza.

Entro en el departamento rezando encontrar a mi mujer mirando Friends y con el celular sin carga... aunque tampoco ha respondido el teléfono de línea.

No hay rastro de ella.

Me desespero... ¿Dónde está?

Recorro el piso con desesperación, con la seguridad que algo anda mal, lo que encuentro en el cuarto de Teo me hace palidecer... falta toda la ropa del bebé del placar.

Esto no está bien, algo anda mal.

Corro a mi dormitorio y veo nuestro vestidor con las puertas abiertas y ropa desordenada y tirada por el piso.

¿Se fue?

¿Me dejó?

Camino por el departamento con la mente en blanco. No sé qué hacer o pensar.

En la mesa de la sala veo una nota. Me lanzo sobre ella y lo que leo confirma mis sospechas de que algo andaba mal.

Corro hasta el circuito cerrado de las cámaras de vigilancia de la recepción.

9 y 15 de la mañana veo a Letitia salir por el hall de entrada arrastrando una gran valija con ruedas y el bolso maternal de Teo.

Doy un puñetazo a la pared, fracturando el yeso del revestimiento.

¿Qué cuernos le pasó por la cabeza a esta mujer?

Pero lo que veo a continuación en la cámara me hace entender y desesperarme al punto de entrar en pánico.

9 y 30 de la mañana, tan solo quince minutos después que Letitia saliera, veo al ex esposo de Serena entrar por la recepción... habla unas palabras con el portero y sale del edificio.

Tomo el celular con las manos empapadas de sudor y llamo a mi

padre, en pocas palabras cuento lo sucedido y en un minuto llama a la policía, a mi tío Fede, a Pablo y se monta un operativo de búsqueda.

Por suerte soy un obseso del control y tengo un programa de localización conectado al teléfono de Letitia. Veo que va en movimiento por la ruta uno.

Mi mujer se encuentra de ocho meses y medio de embarazo y está conduciendo como loca, escapando de un enfermo de la cabeza.

Salgo corriendo a mi auto y pongo en marcha el vehículo.

Intento llamar reiteradamente a su móvil, pero una y otra vez soy mandado al buzón de voz.

¿Dónde estás yendo mi amor?

La angustia me carcome, suena mi teléfono y es mi padre quien me llama. Pongo manos libres y respondo.

—Papá, está manejando por la ruta 1, ¡es Adrián viejo! Vino al departamento, quizás la estuvo amenazando y nosotros lo ignorábamos.

—El hijo de puta se escapó de la cárcel, el tipo es un enfermo, la gente de informática me informó que Titia recibió varios mensajes de texto de un número desconocido, algunos solamente decían “*Hola gitana*”, otros “*Muy linda tu pancita*” y el último lo recibió hoy poco antes de las 9 decía... “*Me gustan las estrellas que pintaron en el cuarto del bastardito*”

—¡Nos vigila! —comento estupefacto.

—Así es... ya informé a la policía para que lo busquen.

—Lo voy a matar papá... si toca a mi hijo o a Titia juro lo mataré.



Llevo manejando dos horas y no tengo idea de adonde ir.

Estoy aterrada y Teo no deja de moverse.

—Tranquilo hijito... mamá te cuida —digo en voz alta mientras acaricio mi vientre.

Cada auto que viene detrás de mi hace que mi corazón se detenga. Pienso llegar al puerto de Colonia, intentar comprar un pasaje de barco y cruzar el Río de la Plata rumbo a Buenos Aires. La única familia que tengo se encuentra allí.

Mi Chevrolet Corsa Classic no es lo más veloz que pueda conducir... pero fui terca y me negué cuando Juani me quiso comprar uno mejor para navidad.

Una camioneta se aproxima a lo lejos a gran velocidad.

¿Será él?

Una fuerte puntada en los riñones me paraliza, solo espero poder seguir hasta llegar a destino.

Otra puntada más y mi barriga se pone sumamente dura. Me largo a llorar.

«Ahora no bebochi... debes esperar por favor»

Giro en una pequeña calle de tierra para poder frenar y descansar.

Seguramente las contracciones se deban al miedo y stress que estoy sufriendo.

Con alivio veo a la camioneta seguir de largo cuando yo salgo de la ruta.

Voy medio kilómetro adentro escapando de la visual lo más que puedo. Estaciono debajo de unos frondosos árboles de eucaliptos y bajo del coche.

El calor es sofocante y los dolores no cesan. Intento hacer memoria sobre las respiraciones que me enseñaron en clases de parto,

pero la realidad es que con el dolor que estoy sintiendo... ¡una mierda las respiraciones! No logro concentrarme en ellas.

Camino debajo del árbol más bajo, su sombra es más tupida y me inspira mayor seguridad. Lo que temía ocurre en ese minuto. Mi fuente se rompe, empapando mis piernas y pies... esa parte si la recuerdo... se perfectamente que una vez que la fuente se rompe debo ir al sanatorio urgentemente porque el bebé nacerá.

Una contracción más dolorosa aún que las anteriores me deja sin aire, y tengo que apoyar ambas manos en el árbol para no caer de rodillas en el pasto.

Digamos que mi umbral del dolor nunca fue alto, y si me preguntasen en este momento del 1 al 10 ¿Cuánto dolor tengo?... ¡Mi respuesta sería 100!

Mi frente esta sudorosa y lentamente comienzo a marearme. Tomo asiento sobre el pasto y recuesto mi espalda contra el tronco.

Necesito controlar el tiempo entre contracción y contracción, pero el dolor me impide poder ponerme de pie y llegar a mi coche en busca de mi teléfono.

La angustia y el miedo me sobrepasan, me largo a llorar, lo que solo provoca que descontrole aún más mi respiración, se me tapa la nariz y solo me queda rezar... pedir fuerzas al universo para poder dar a luz a mi hijo sola en medio de la nada, y con temor a que un lunático me encuentre.

Rezo... pido que mis padres y la madre de Juan Ignacio me protejan.

Mami, papi... Anita y a todos mis ángeles guardianes, les pido fuerzas... solo quiero que mi pequeño tenga la posibilidad de vivir... una vez intenté arrebatarle su pequeña vida, por lo que ahora ofrezco la mía a cambio de la suya... Dios... que nazca sano, si hay que llevar a alguien... que esa sea yo, no mi bebe por favor.

No estoy segura si comienzo alucinar, pero en ese momento me siento acompañada. Una suave presión en mi cabello me indica que mi pedido fue oído y estamos bajo la protección de mis muertos.

Escucho el sonido de un motor de auto.

No Dios mío, no Dios por favor... que no sea él, pido en medio del llanto.

Una gran frenada suena en medio de otra contracción.

—Mierda... ¡Titia! —se escucha y el alivio me inunda.

«Papá está acá bebochi»

—Titia, Titia ¿estás bien? ¡Respóndeme por favor!

Asiento moviendo mi cabeza, la verdad es que el dolor me nubla la razón y me encuentro al borde de perder el conocimiento.

Lo escucho hablar por teléfono, mientras camina de un lado al otro sujetando su cabeza, luego corre al coche y sale con una toalla, que llevaba en mi bolso para la huida. La abre y estira debajo de mis piernas.

—¡No voy a tener al bebé acá! —exclamo sacando fuerzas de no sé dónde.

—Lo harás si es necesario. La ambulancia ya viene en camino. ¡Y tú no tendrías que haber salido huyendo mujer! En vez de eso, deberías haber ido a buscar mi protección, en vez de conducir poniendo en riesgo la vida de ambos.

La contracción que siguió fue sin duda desgarradora. Teo quería nacer... y lo quería hacer ahora.

Juan Ignacio se coloca en medio de mis piernas, me arremanga la solera hasta mi cintura, elimina mi ropa interior y suelta un sonoro...

«Jo-der»

—Está coronando amor... tranquila que en un rato seremos padres.

—No puedo, no aguanto más el dolor.

—¡Si aguantarás!... cuando sientas ganas de pujar hacelo por favor, ya casi sale la cabecita.

—No pue... ¡ahhh!

Un llanto sonó en medio del campo.

Juan Ignacio sostenía en sus brazos a Teo, que aun permanecía conectado a mí por su cordón umbilical.

Una sirena y sonidos de frenadas de autos se escucharon en el instante.

Un grupo de paramédicos corrían en nuestra dirección con una camilla y maletín en mano.

Teo lloraba con fuerza y me fue colocado en el pecho, el llanto automáticamente se detuvo y unos pequeños ojitos intentaron abrirse. Beso su frente y Juan Ignacio la mía.

Nos subieron a una camilla y fuimos abrigados con mantas.

—Bienvenido hijito... somos tu mamá y tu papá, te estábamos esperando con mucha ilusión —. Narraba el emocionado y orgulloso padre.

Manuel y Sofía nos observaban con lágrimas en los ojos, mientras uno tomaba asiento en su auto y Manuel en el de Juan Ignacio, para seguir a la ambulancia en la que fuimos trasladados a Montevideo.



El final...

Finalmente, Teo... nuestro pequeño bebochi pesó 3900 kilogramos y midió 50 centímetros.

Con un par de cabellos rubios, llanto fuerte y saludable, y una pequeña marca rojiza en forma de mariposa en la espalda, nuestro pequeño hijo llegó a este mundo... en la localidad de Ecilda Paullier de la ruta 1 entre Montevideo y Colonia, llenando de alegría, amor y esperanza nuestra vida, y confirmando lo que siempre alegamos... que en esta familia el amor todo lo puede.

Silvana y Máximo se mudaron juntos, cuando él amenazó con despedirla si ella no aceptaba... increíblemente ella encontró ese gesto irresistible. Actualmente planean una gran boda en el Caribe digna de una reina.

Adrián fue detenido a punto de cruzar la frontera que une Uruguay con Brasil. Como Pablo lo había prometido, fue llevado a juicio y por el fallo del juez de turno doctora María Hernández de Von Der Puten, enviado a prisión.

Actualmente comparte celda en agradable compañía... Marcelo alias "El trípode" comparte sus días junto a Adrián, y tras el clásico saludo de "Hola, soy Marcelo... agachate y conocelo" le enseñó tanto en teoría como en práctica el porqué de su sobrenombre.

Epílogo.

Dos años más tarde...

—Teo... ¡debes salir del baño! La prima Cata necesita hacer pipí solita.

Serena sonrío mientras invita al pequeño terremoto a salir del baño. Catalina Von Der Puten hija de Serena y Pablo, un mes menor que nuestro niño, se encuentra sentada en el retrete, mientras Teo se empecina en entrar tras ella y empujar la puerta para cerrarla.

—No... ¡yo! —responde con cara de enojado a su madre, cuando ésta le pide salir de allí.

Catalina sonrío y mueve las piernitas, feliz de la vida de aprender a ir al baño solita, “como niña grande” exclama.

—¿Pero por qué te gusta tanto encerrarte en el baño con mi hija?, bandido de la tía —gruñe Serena tomando al pequeño en brazos, dándoles sonoros besos en la panza.

—¿Qué hace ese diablillo? —pregunta Juan Ignacio asomándose al baño.

—Sucede amor mío... que tu hijo tiene cierto fetiche con ver a la prima en el baño.

—Mmm... ¿me pregunto que tendrán los baños? —guiña un ojo a su esposa y sonrío.

—Me pregunto lo mismo.

—Silencio gitana... no provoques a este hombre o reclamaré tu cuerpo y tu alma.

—Mi alma la tienes desde hace rato Diablo.

—¿Y tu cuerpo?

—Mi cuerpo cuando gustes cielo.

Fin.

Agradecimientos.

Gracias a las lectoras por pedir esta historia y dar aliento y vida a mis musas. ¡Todo por ustedes chicas!

Gracias a María Angélica Sasías por continuar voluntariamente con la ingrata tarea de corregir estas novelas... ¡Gracias amiga tqm!

A mis amigas de los aquelarres, ellas saben quiénes son... gracias chicas las quiero.

A mis peques y mi esposo por inspirarme y permitirme soñar.

La vida es bella...

Mia del Valle

Nació un 13 de marzo de 1981 en Montevideo-Uruguay.

Actualmente vive en Ciudad de la Costa, en el departamento de Canelones, junto a sus dos hijos, esposo y perra.

Estudió Odontología y Laboratorio Odontológico en UDELAR, carreras que jamás termino. De carácter un tanto bipolar según ella, se define como una soñadora, que ríe fuerte y habla mucho. Ama escuchar música, cocinar, restaurar muebles, mirar Friends y jugar al Candy Crush.

Amante de la lectura romántica desde siempre, un día se preguntó... ¿por qué no? De ese instante de locura y gracias a KDP nació su primera novela: Una Propuesta casi Indecente, la cual vendió más de 1800 ejemplares en digital, gracias a ella y al pedido de las lectoras, se creó PROHIBIDO ENTRAR... y como dice el dicho “no hay dos sin tres” he aquí Un acuerdo con el Diablo.

